



**UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL
FACULTAD DE PSICOLOGÍA, COMUNICACIÓN Y EDUCACIÓN
CARRERA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA**

TEMA:

El sentido de pertenencia a las bandas criminales y su relación con el Ideal del Yo en adolescentes.

AUTORAS:

**Álvarez Venegas, Lizbeth Alejandra
Piedra Maldonado, Krusckaya Daniela**

**Trabajo de titulación previo a la obtención del título de
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA CLÍNICA**

TUTORA:

Psic. Cl. Torres Gallardo, Tatiana Aracely, Mgs.

**Guayaquil, Ecuador
24 de agosto del 2026**



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

FACULTAD DE PSICOLOGÍA, COMUNICACIÓN Y EDUCACIÓN
CARRERA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA

CERTIFICACIÓN

Certificamos que el presente trabajo de titulación fue realizado en su totalidad por **Álvarez Venegas, Lizbeth Alejandra; Piedra Maldonado, Krusckaya Daniela**, como requerimiento para la obtención del título de **Licenciada en Psicología Clínica**.

TUTORA

f. 

Psic. Cl. Torres Gallardo, Tatiana Aracely, Mgs.

DIRECTORA DE LA CARRERA

f. _____

Estacio Campoverde María de Lourdes

Guayaquil, a los 24 días del mes de agosto del año 2026



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

FACULTAD DE PSICOLOGÍA, COMUNICACIÓN Y EDUCACIÓN
CARRERA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA

DECLARACIÓN DE RESPONSABILIDAD

Nosotras, **Álvarez Venegas, Lizbeth Alejandra**
Piedra Maldonado, Krusckaya Daniela

DECLARAMOS QUE:

El Trabajo de Titulación, **El sentido de pertenencia a las bandas criminales y su relación con el Ideal del Yo en adolescentes**, previo a la obtención del título de Licenciadas en Psicología Clínica, ha sido desarrollado respetando derechos intelectuales de terceros conforme las citas que constan en el documento, cuyas fuentes se incorporan en las referencias o bibliografías. Consecuentemente este trabajo es de total autoría.

En virtud de esta declaración, me responsabilizo del contenido, veracidad y alcance del Trabajo de Titulación referido.

Guayaquil, a los 24 del mes de agosto del año 2026

LAS AUTORAS

f. _____
Álvarez Venegas, Lizbeth Alejandra

f. _____
Piedra Maldonado, Krusckaya Daniela



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL
FACULTAD DE PSICOLOGÍA, COMUNICACIÓN Y EDUCACIÓN
PSICOLOGÍA CLÍNICA

AUTORIZACIÓN

Nosotras, **Álvarez Venegas, Lizbeth Alejandra**
Piedra Maldonado, Krusckaya Daniela

Autorizamos a la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil a la **publicación** en la biblioteca de la institución del Trabajo de Titulación, **El sentido de pertenencia a las bandas criminales y su relación con el Ideal del Yo en adolescentes**, cuyo contenido, ideas y criterios son de nuestra exclusiva responsabilidad y total autoría.

Guayaquil, a los 24 del mes de agosto del año 2026

LAS AUTORAS

f. _____
Álvarez Venegas, Lizbeth Alejandra

f. _____
Piedra Maldonado, Krusckaya Daniela



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

FACULTAD DE PSICOLOGIA, EDUCACION, COMUNICACIÓN
CARRERA DE PSICOLOGIA CLINICA
INFORME DE ANÁLISIS COMPILATIO



Certificado de análisis

Compilatio Magister+ | UCSG-EC- Universidad Católica de Santiago de Guayaquil

TESIS LIZ Y KRUS

ID : 3203e713e74a8152e852b1c19c8f91a5aec36d7d



0%

Textos sospechosos

Nombre del fichero : TESIS LIZ Y KRUS.txt
Tamaño del archivo original : 18,57 MB
Número de palabras : 37.243

Depositante : Tatiana Aracely Torres Gallardo
Fecha de depósito : 26 de agosto de 2026
Tipo de carga : interface
fecha de fin de análisis : 26 de agosto de 2026

TÍTULO DEL TRABAJO DE TITULACIÓN:

El sentido de pertenencia a las bandas criminales y su relación con el Ideal del Yo en adolescentes

LAS AUTORAS:

Venegas Lizbeth Alejandra; Piedra Maldonado Krusckya Daniela

INFORME ELABORADO POR:

f. 

Psic. Cl. Torres Gallardo, Tatiana Aracely, Mgs.

TUTORA

Guayaquil, a los 24 días de agosto del año 2026



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

FACULTAD DE PSICOLOGÍA, COMUNICACIÓN Y EDUCACIÓN
CARRERA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA

AGRADECIMIENTO

Agradezco en primer lugar a mis padres, por apoyarme durante el trayecto de mi carrera, hasta su culminación, tanto emocional como económicamente y el haberme permitido desarrollarme profesionalmente en la carrera de mi elección. A la universidad y sus profesores por brindarme una buena formación teórica y ética, por permitirme constantes prácticas profesionales y facilitarme herramientas que son de gran utilidad para el comienzo de esta nueva etapa. Agradezco a Blanca Nájera quien con su conocimiento y pasión logró encauzar el rumbo de mi investigación. A mi tutora por su disposición y acompañamiento para la culminación de la tesis. Finalmente agradezco a mis amigos, mi hermana y mi novio que han formado parte del proceso.

Álvarez Venegas, Lizbeth Alejandra

A mis padres, Gonzalo Piedra y Verónica Maldonado, por ser el lugar al que siempre puedo volver y los pilares que me sostuvieron durante todo este recorrido. Por cada sacrificio, por cada esfuerzo que hicieron en silencio y por haber puesto tantas veces mis sueños por delante de los propios. Gracias por confiar en mí, por impulsarme cuando lo necesitaba y por hacer posible, con su amor y entrega, que hoy pueda mirar atrás y sentirme orgullosa de todo lo que hemos construido juntos. Este logro lleva una parte de ustedes en cada paso. A mis abuelitas, Mafalda Agreda y Wilma León, por acompañarme con su cariño y estar presentes de tantas maneras durante este camino. Gracias por ser ese apoyo que, incluso en los momentos más sencillos, hizo que el recorrido se sintiera un poco más cálido. A mi pareja, Gustavo Alvarado, por acompañarme en este proceso con un amor que nunca me dejó sentir que estaba sola. Por cada palabra de ánimo cuando las fuerzas me faltaban, por levantarme cada vez que caía y por creer en mí incluso cuando yo dejaba de hacerlo. Gracias por celebrar mis avances, por abrazar mis días difíciles y por recordarme, una y otra vez, que podía llegar hasta el final.

A ustedes, por haber sido parte de este camino de una u otra forma, les dedico este logro, que hoy entiendo no habría sido el mismo sin su amor, sus sacrificios y su compañía.

Piedra Maldonado, Kruskaya Daniela



UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

FACULTAD DE PSICOLOGÍA, COMUNICACIÓN Y EDUCACIÓN
CARRERA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA

DEDICATORIA

Dedico este trabajo a mis padres, Eugenia y Eulogio, por ofrecerme las herramientas para comenzar a construir un lugar desde el cual pueda trazar mi propio camino; a mi hermana Stephanie, al ser mucho más que una compañera de vida, y por brindarme un lazo fraterno en momentos importantes. A mis amigos, en especial David Guerrero, con quien compartí tanto clases como risas, hizo este proceso más tolerable por su paciencia y humor. Finalmente, a mi novio, Nick Bucheli, por celebrar mis avances como propios y especialmente por ofrecerme sus abrazos que se sienten como llegar a casa después de haber pasado una odisea.

Álvarez Venegas, Lizbeth Alejandra

Dedico este trabajo a mis padres, Gonzalo Piedra y Verónica Maldonado, quienes me enseñaron a creer que siempre podía llegar un poco más lejos. Por ser mis raíces, mi ejemplo y la certeza de que, detrás de cada meta alcanzada, siempre habrá un hogar al cual volver. Este logro también lleva sus nombres.

Piedra Maldonado, Krusckaya Daniela



**UNIVERSIDAD CATÓLICA
DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL
FACULTAD DE PSICOLOGÍA, COMUNICACIÓN Y EDUCACIÓN
CARREA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA**

TRIBUNAL DE SUSTENTACIÓN

f. _____

(NOMBRES Y APELLIDOS)

DECANA O DIRECTORA DE CARRERA

f. _____

(NOMBRES Y APELLIDOS)

COORDINADOR DEL ÁREA O DOCENTE DE LA CARRERA

f. _____

(NOMBRES Y APELLIDOS)

OPONENTE

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	2
Planteamiento del problema	3
Justificación.....	4
CAPÍTULO 1.....	9
La banda criminal como forma de agrupación y pertenencia	9
Conceptualización de la banda criminal	9
Estructura y organización de la banda criminal.....	14
El líder y el ideal del Yo en las bandas criminales	20
La función del líder en las bandas criminales.....	21
Los atributos idealizados del líder	24
<i>El líder y la construcción de ideales en las bandas criminales.....</i>	<i>26</i>
Sentimiento de pertenencia a la banda criminal	29
CAPITULO 2.....	33
El Ideal del Yo.....	33
Origen del Ideal del yo	33
La constitución del Ideal del Yo.	35
Funciones del ideal del yo en la vida psíquica	39
CAPÍTULO 3.....	43
Identificaciones, lazo social y banda criminal en la cultura contemporánea.	43
El despertar adolescente y la búsqueda de referentes	43
El Ideal del Yo en la adolescencia.....	46
La función de los grupos en la adolescencia.....	49

Adolescencia y vinculación a bandas criminales	53
El líder como figura de autoridad en el grupo.....	57
El líder como sustituto del Ideal del yo	65
El Ideal del Yo y las transformaciones contemporáneas de la autoridad	68
CAPÍTULO 4.....	71
Metodología	71
CAPÍTULO 5.....	79
Presentación y análisis de resultados	79
Presentación de Resultados	79
Análisis de Resultados.....	80
CONCLUSIONES	105
REFERENCIAS	109

RESUMEN

Esta investigación tuvo como objetivo analizar el sentido de pertenencia a las bandas criminales y la relación de estas con el Ideal del Yo en los adolescentes mediante la perspectiva psicoanalítica. La investigación se desarrolló con un enfoque cualitativo y un alcance descriptivo-exploratorio y orientación interpretativa. Además, se utilizó la revisión bibliográfica y el análisis del contenido de la película *Ciudad de Dios* (2002). El presente estudio abordó el sentido de pertenencia en adolescentes tomando en cuenta varios conceptos como la conceptualización, estructura y organización de las bandas criminales, la función del líder, el sentimiento de pertenencia y la función de los grupos durante esta etapa. Asimismo, se analizó la constitución del Ideal del Yo y los procesos de identificación que se pueden establecer con figuras representadas como significativas durante esta etapa. El análisis permitió comprender que la pertenencia a una banda criminal no se reduce solo a la participación en actividades delictivas, sino que puede constituirse como un espacio de reconocimiento, protección, vínculos y de posicionamiento subjetivo. De igual forma, se identificó que la figura del líder puede adquirir una función organizadora dentro del grupo a su vez de convertirse en un referente susceptible a ser idealizado por los adolescentes. En este sentido, el líder puede articular el sentido de pertenencia con el Ideal del Yo al representar atributos y posiciones que los integrantes de la banda buscan alcanzar mediante procesos de identificación.

Palabras Clave: Sentido de pertenencia; Ideal del Yo; Adolescencia; Bandas criminales; Psicoanálisis, Identificación.

ABSTRACT

The objective of this study was to analyze adolescents' sense of belonging to criminal gangs and the relationship between this sense of belonging and the Ego Ideal from a psychoanalytic perspective. The study employed a qualitative approach with a descriptive-exploratory scope and an interpretive orientation. In addition, the study utilized a literature review and content analysis of the film *Ciudad de Dios* (2002). This study addressed the sense of belonging among adolescents by considering various concepts, such as the conceptualization, structure, and organization of criminal gangs; the role of the leader; the feeling of belonging; and the function of groups during this stage. Likewise, the study analyzed the formation of the Ideal Self and the processes of identification that can be established with figures portrayed as significant during this stage. The analysis revealed that belonging to a criminal gang is not limited solely to participation in criminal activities but can also serve as a space for recognition, protection, bonding, and subjective positioning. Similarly, it was found that the figure of the leader can assume an organizational role within the group while also becoming a role model who is likely to be idealized by adolescents. In this regard, the leader can link the sense of belonging to the ego ideal by embodying attributes and positions that gang members seek to attain through processes of identification.

Keywords: Sense Of Belonging; Ego Ideal; Adolescence; Criminal Gangs; Psychoanalysis; Identification.

INTRODUCCIÓN

El vínculo que tienen los adolescentes con las bandas criminales constituye un fenómeno social y subjetivo que involucra varios factores relacionados con las condiciones familiares, sociales y comunitarias en las que se desarrolla el sujeto. Sin embargo, entender este fenómeno únicamente desde sus dimensiones económicas, sociales o delictivas es hacerlo de una manera muy superficial para explicar las razones por las cuales determinados adolescentes que se encuentran en estos grupos hallan un espacio significativo y de pertenencia. Las bandas criminales no se constituyen exclusivamente como estructuras orientadas a la ejecución de actividades ilícitas, sino además como espacios organizados mediante claras jerarquías, normas, códigos, relaciones de identificación y formas particulares de reconocimiento. Considerando esto, la pertenencia puede adquirir para el adolescente un valor que va más allá de los beneficios materiales, ya que al ingresar a estos grupos se le puede proporcionar un lugar dentro de un colectivo además de reconocimiento por parte de sus pares y referentes que pueden participar en la construcción de su identidad.

La adolescencia como tal constituye un momento importante para abordar esta problemática debido a las transformaciones subjetivas que atraviesa el sujeto durante este período. En esta etapa se produce una reorganización de las identificaciones y de las referencias que anteriormente se encontraban más ligadas a las figuras parentales, lo que da lugar a la búsqueda de nuevos referentes y espacios de reconocimiento fuera del ámbito familiar. Entonces, los grupos de pares adquieren una función muy importante al posibilitar una suma de experiencias de pertenencia, identificación y reconocimiento social. Desde una perspectiva psicoanalítica, estas transformaciones hacen posible considerar la relación entre la búsqueda de nuevos referentes y la constitución del Ideal del Yo, entendido esto como una instancia desde la cual el sujeto se evalúa y establece aquello hacia lo cual aspira.

A partir de esta perspectiva, la presente investigación aborda el sentido de pertenencia a las bandas criminales y su relación con el Ideal del Yo en adolescentes. El interés no se centra exclusivamente en describir las condiciones que favorecen la incorporación de un adolescente a una banda delictiva, sino más bien en comprender la función subjetiva que puede adquirir dicho vínculo. En particular, se busca analizar cómo la pertenencia, las identificaciones grupales y la figura del líder se pueden articular con la construcción de los ideales y con las formas mediante las cuales el adolescente busca reconocimiento y valoración del Otro. Desde esta aproximación, el líder puede adquirir una posición sumamente privilegiada dentro de la estructura grupal al representar atributos que el adolescente considera valiosos y que pueden funcionar como referentes identificatorios.

Por consiguiente, la investigación se articula con el dominio institucional de la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil denominado Educación, comunicación, arte y

subjetividad, particularmente por su interés en los procesos de subjetivación, identificación y construcción de referentes que intervienen en la experiencia del sujeto. La UCSG reconoce este dominio dentro de sus dominios institucionales de investigación y contempla a la Psicología dentro de sus campos académicos relacionados. Asimismo, el estudio guarda correspondencia con el Eje de Seguridad Integral del Plan de Creación de Oportunidades 2021-2025, más específicamente con el Objetivo 9, guiado para garantizar la seguridad ciudadana, el orden público y la gestión de riesgos, y con la política 9.1, la cual plantea fortalecer la protección interna y prevenir y erradicar delitos y violencia. Esta relación permite situar el fenómeno estudiado dentro de una problemática social mucho más amplia, sin reducir su comprensión a una perspectiva legal o criminológica solamente.

Planteamiento del problema

La problemática que orienta esta investigación surge a partir de la necesidad de comprender qué función puede adquirir la pertenencia a una banda criminal para un adolescente, siendo que va más allá de las explicaciones centradas en la coerción, los beneficios económicos o las condiciones de vulnerabilidad social. Las bandas pueden constituirse como espacios capaces de proporcionar protección, reconocimiento, identidad y un sentido de pertenencia, particularmente cuando el adolescente experimenta dificultades para encontrar estos elementos en otros espacios sociales como la familia o dentro del ámbito educativo. La literatura revisada en la investigación permite conocer que, en contextos de vulnerabilidad, los grupos de pares pueden asumir una función de contención y restituir experiencias de pertenencia además de legitimidad que el sujeto no encuentra en otras instituciones. En este sentido, Krauskopf (2006) señala que “el grupo de pares en situaciones de alta vulnerabilidad asume el papel de un andamiaje psicosocial que restituye el sentido de pertenencia y legitimidad que el sujeto ha perdido en otros espacios institucionales” (p. 102).

Esta problemática se vuelve muy importante cuando se considera que durante la adolescencia el sujeto se encuentra en un proceso de reorganización de sus identificaciones y de búsqueda de nuevos referentes. La necesidad de reconocimiento puede favorecer que determinadas figuras o grupos adquieran un valor particular para el adolescente, algo que de hecho puede llegar a encontrar dentro de estas bandas criminales.

De este modo, el problema de investigación se sitúa en la relación entre dos dimensiones que pueden encontrarse vinculadas. Por una parte, el sentido de pertenencia que el adolescente encuentra dentro de la banda criminal y, por otra, la función que los ideales, las identificaciones y la figura del líder pueden tener en la constitución de su propio Ideal del Yo. La cuestión central trata, por tanto, en comprender cómo puede relacionarse el sentido de pertenencia a una banda criminal con la construcción del Ideal del Yo en los adolescentes. De ahí surgen las siguientes preguntas de investigación:

Pregunta principal:

¿Cómo se relaciona el sentido de pertenencia a las bandas criminales con el Ideal del Yo en la adolescencia?

Preguntas secundarias:

1. ¿Cómo se configura el sentido de pertenencia dentro de las bandas criminales desde una perspectiva psicoanalítica?
2. ¿Cómo se constituye el Ideal del Yo durante la adolescencia desde la perspectiva psicoanalítica?
3. ¿Qué lugar ocupa la figura del líder en la articulación entre el sentido de pertenencia y el Ideal del Yo en adolescentes vinculados a bandas criminales?

Objetivos de investigación**Objetivo General**

Analizar la relación entre el sentido de pertenencia a las bandas criminales y el Ideal del Yo en la adolescencia desde una perspectiva psicoanalítica.

Objetivos Específicos

- A. Caracterizar la configuración del sentido de pertenencia dentro de las bandas criminales desde una perspectiva psicoanalítica.
- B. Explicar la constitución del Ideal del Yo durante la adolescencia desde la perspectiva psicoanalítica.
- C. Comprender el lugar que ocupa la figura del líder en la articulación entre el sentido de pertenencia y el Ideal del Yo en adolescentes vinculados a bandas criminales.

Justificación

La pertinencia de esta investigación se basa en comprender la relación entre el sentido de pertenencia a las bandas criminales y el ideal del Yo en la

adolescencia desde una perspectiva psicoanalítica. Comúnmente las bandas criminales adolescentes son abordadas desde enfoques criminológicos, sociológicos y jurídicos; sin embargo, desde el psicoanálisis se puede observar cómo la adolescencia representa un momento de reorganización de las identificaciones y de los ideales que orientan la posición subjetiva del sujeto. Existen pocos estudios destinados a comprender los procesos subjetivos que aparecen en la vinculación de los jóvenes a estos grupos criminales; resulta adecuado explorar qué referencias y formas de reconocimiento adquieren valor para los adolescentes en el contexto contemporáneo.

La problemática adquiere gran importancia debido a transformaciones que han sufrido los ideales y las figuras tradicionales de autoridad en la sociedad contemporánea. De esta forma, Bernal (2004) señala que "sin la garantía de una figura del Otro privilegiada, la identificación se encuentra sometida a una pluralización, a una fragmentación (párr. 22). La investigación, por ende, quiere entender cómo determinados agrupamientos y figuras de referencia pueden adquirir un lugar significativo para los adolescentes en la construcción de sus ideales y modos de pertenencia. Permite, también, pensar las formas en que los jóvenes construyen actualmente sus referencias simbólicas.

A nivel social, la investigación resulta esencial debido al aumento de la participación de los adolescentes en dinámicas vinculadas a bandas criminales ecuatorianas. El comprender estos procesos subjetivos permite plantear el fenómeno desde otro enfoque, a diferencia de la mayoría de las investigaciones centradas exclusivamente en factores económicos o delictivos; surge una lectura que considera las necesidades de reconocimiento, identificación y pertenencia que se originan en la adolescencia. También aporta elementos reflexivos sobre la forma en que los jóvenes construyen sus referencias simbólicas en el mundo actual.

En el ámbito académico esta investigación aporta al área de psicología clínica, incorporando conceptos de sentido de pertenencia e el Ideal del Yo freudiano dentro del fenómeno actual de las bandas criminales; incluso, en el

contexto local aporta a un área de investigación poco desarrollada. Como justificación final a nivel disciplinar, esta investigación busca ampliar la comprensión de los procesos subjetivos que influyen en la vinculación de adolescentes a bandas criminales. Los resultados del estudio podrán construir un valioso aporte para futuras investigaciones y profesionales interesados en el trabajo clínico, institucional o comunitario con adolescentes, logrando como punto clave considerar el papel de los ideales, las identificaciones y las figuras de referencia en la construcción de la subjetividad.

ANTECEDENTES

Ramírez (1993), en su estudio *Elementos para una psicología de las bandas de sicarios*, analiza las dinámicas grupales de los sicarios desde los axiomas freudianos de la psicología de masas. El autor concluye que la cohesión de estos grupos se sostiene en la sustitución del ideal del yo por la figura del líder, lo que genera un fuerte sentido de pertenencia y obediencia ciega. Este planteamiento permite comprender como la identificación inconsciente con el jefe criminal estructura la subjetividad de los miembros y legitima sus actos violentos.

Paez (2023), en *La delincuencia juvenil, una mirada desde el discurso psicoanalítico*, aborda el fenómeno delictivo en adolescentes desde las coordenadas freudianas y lacanianas. El autor sostiene que el acto delictivo no puede reducirse a un síntoma social, sino que responde a la articulación entre deseo, culpa y estructura psíquica. En este sentido, la delincuencia juvenil se entiende como pasaje al acto que expresa la tensión entre el superyó y el ideal del yo, mostrando cómo la pertenencia a grupos criminales ofrece un espacio de reconocimiento simbólico frente a la falta de inscripción subjetiva.

Barba (2024), en su tesis *Jóvenes y delincuencia organizada en Ecuador: Un análisis a través de la teoría de las subculturas delictivas*, examina el reclutamiento de jóvenes en bandas criminales desde una perspectiva sociológica. El autor concluye que las subculturas delictivas proveen un marco de pertenencia y cohesión que sustituye los ideales sociales tradicionales, generando identificación con valores antisociales. Este hallazgo resulta clave para comprender cómo la exclusión social y la precariedad económica favorecen la internalización de un ideal del yo ligado a la figura del delincuente exitoso.

Carpio y Salamea (2024), en *Psicoanálisis y criminalidad: El reverso de la psicología forense*, plantean que el crimen debe ser leído como un síntoma psíquico más que como una mera transgresión legal. Los autores destacan que la pertenencia grupal en organizaciones criminales responde a la necesidad de sostener un ideal compartido, donde el acto delictivo se

convierte en un modo de inscripción subjetiva. Desde esta perspectiva, la criminalidad se entiende como una forma de goce que articula el deseo inconsciente con la identificación al grupo, ofreciendo un marco teórico para analizar la subjetividad criminal en Ecuador.

Santillán y Varea (2018), en la investigación *Juventud y violencia urbana: dinámicas de pertenencia en organizaciones criminales de Guayaquil*, analiza los procesos de identificación y cohesión grupal en jóvenes vinculados a bandas delictivas. El estudio concluye que la pertenencia a estos colectivos se articula con la necesidad de reconocimiento simbólico y la búsqueda de un ideal compartido, donde el líder encarna el ideal del yo y legitima la conducta violenta. Desde una perspectiva psicoanalítica y sociológica, se plantea que la adhesión a la banda no responde únicamente a factores económicos, sino también a la inscripción subjetiva del joven en un orden simbólico alternativo, lo que permite comprender la criminalidad como una forma de organización del deseo y de construcción de identidad.

CAPÍTULO 1

La banda criminal como forma de agrupación y pertenencia

Conceptualización de la banda criminal

La banda criminal puede comprenderse como una agrupación conformada por personas que mantienen cierta continuidad en el tiempo, comparten actividades vinculadas con la delincuencia y desarrollan formas internas de organización que permiten distribuir responsabilidades entre sus integrantes, aunque no todas las bandas poseen el mismo nivel de complejidad, suelen establecer posiciones diferenciadas, códigos de comportamiento y relaciones de autoridad que orientan la participación de quienes forman parte de ellas, por esta razón, hablar de una banda criminal supone considerar no solamente los delitos que realiza, sino también la manera en que se encuentra organizada y aquello que mantiene unidos a sus miembros. Esto coincide con lo que menciona Cerbino (2004) “las pandillas deben comprenderse como espacios donde el protagonismo de la palabra permite dar cuenta de las subjetividades juveniles, más allá de las cifras de delitos y arrestos” (p. 5).

Dicho esto, es importante tomar como punto de partida a la Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional, la cual define al grupo delictivo organizado como un “grupo estructurado de tres o más personas que exista durante cierto tiempo y que actúe concertadamente” (Naciones Unidas, 2004, p. 5).

En el caso ecuatoriano, Crespo-Berti (2024) señala que estas agrupaciones “están organizadas para llevar a cabo actos delictivos y el tráfico de drogas” (p. 21). Dentro de estas estructuras pueden participar tanto jóvenes como adultos y existe una distribución de funciones que permite incorporar a adolescentes en diferentes tareas, como informar sobre movimientos dentro de un territorio, trasladar sustancias o cumplir otras actividades requeridas por la agrupación.

Esta definición permite reconocer que la banda no se forma únicamente por la reunión circunstancial de varias personas que participan en un delito, para que pueda hablarse de una agrupación de este tipo debe existir cierta organización que permita sostener sus actividades y establecer relaciones

entre sus miembros, de esta manera, la participación de cada integrante puede responder a una función determinada, mientras algunos poseen mayor capacidad para decidir o dirigir, otros cumplen actividades asignadas desde posiciones inferiores dentro de la organización.

Las bandas criminales tampoco deben entenderse como estructuras completamente homogéneas, su funcionamiento puede cambiar según el territorio, la cantidad de integrantes, las actividades desarrolladas y el nivel de expansión alcanzado, algunas mantienen una presencia principalmente barrial, mientras otras consiguen extender sus relaciones hacia diferentes sectores de una ciudad o incluso hacia otras regiones, esta capacidad de expansión también modifica la manera en que distribuyen sus funciones y establecen relaciones entre quienes forman parte de ellas.

En este sentido, la organización interna constituye una característica importante, Crespo-Berti (2024) señala que estos grupos “obedecen a una cadena de mando, según la antigüedad y méritos obtenidos” (p. 22) además, señala que pueden encontrarse divididas en células y organizarse a partir de una estructura jerárquica ascendente, dentro de la cual también existen sistemas de castigos y retribuciones, estos elementos muestran que la permanencia dentro de la agrupación se encuentra acompañada por reglas que determinan aquello que cada miembro puede hacer y las consecuencias asociadas al cumplimiento o incumplimiento de estas disposiciones.

La jerarquía permite establecer diferencias entre quienes integran la banda, por lo tanto, pertenecer a una misma agrupación no significa que todos sus miembros posean la misma autoridad ni que desarrollen las mismas actividades, existen posiciones desde las cuales se imparten instrucciones y otras desde las que se ejecutan determinadas tareas, la antigüedad, la confianza recibida por parte de otros integrantes y las acciones realizadas dentro del grupo pueden influir en el lugar que cada persona llegue a ocupar.

Esta distribución de posiciones también permite que la banda mantenga sus actividades aun cuando algunos de sus integrantes sean reemplazados o abandonen el grupo, las funciones pueden ser asumidas por otras personas y la organización continúa funcionando más allá de la participación individual de un miembro, en este punto aparece una característica importante de estas agrupaciones, la banda adquiere una

continuidad propia y quienes ingresan se incorporan a una estructura que ya posee ciertas normas, actividades y formas de relación previamente establecidas.

En Ecuador, la transformación de estas agrupaciones se ha vuelto especialmente visible durante los últimos años, el Observatorio Ecuatoriano de Crimen Organizado y la Fundación Panamericana para el Desarrollo (2025) señalan que “diferentes bandas criminales han incrementado progresivamente su presencia mediante el control territorial y su participación en actividades relacionadas con la extorsión, el tráfico de drogas, el secuestro y otras prácticas violentas, esta expansión también ha favorecido la incorporación de niños y adolescentes dentro de sus estructuras” (p. 22)

La incorporación de adolescentes puede producirse de diferentes maneras, no todos llegan a una banda debido a las mismas circunstancias ni mantienen posteriormente la misma relación con ella, algunos son acercados mediante personas conocidas dentro de su barrio o comunidad, otros pueden recibir incentivos económicos, protección o propuestas relacionadas con la posibilidad de obtener una posición dentro del grupo, también existen situaciones atravesadas por amenazas, coerción o manipulación, por lo tanto, la vinculación debe entenderse como un proceso que puede adquirir distintas características dependiendo del adolescente y del contexto en el que se produzca.

León (2024), al estudiar el reclutamiento de adolescentes por grupos de delincuencia organizada en Ecuador, señala que las dinámicas criminales comenzaron a experimentar una reconfiguración importante a partir de 2020, especialmente en sectores donde estas organizaciones consolidaron una mayor presencia territorial, la autora muestra que adolescentes desde edades tempranas pueden ser incorporados a procesos en los que reciben preparación para desarrollar determinadas funciones dentro de las estructuras criminales, lo que evidencia que su ingreso puede implicar un aprendizaje progresivo de prácticas y normas propias de la organización. Este aprendizaje progresivo coincide con lo planteado por Reguillo (2012), quien explica que la incorporación de los jóvenes a estos grupos “opera como un proceso de adiestramiento y aprendizaje social donde se asimilan códigos, hábitos y

saberes específicos que reconfiguran la identidad del sujeto dentro del colectivo” (p. 88).

El territorio ocupa un lugar importante dentro de este funcionamiento, no se limita únicamente al espacio físico en el que los integrantes se reúnen, también puede convertirse en un lugar sobre el cual la banda construye presencia y establece formas de control, esto permite que quienes habitan determinados sectores reconozcan qué agrupación se encuentra presente, quiénes forman parte de ella y qué límites existen entre un territorio y otro, para los adolescentes que crecen en estos espacios, la presencia de las bandas puede formar parte de su vida cotidiana incluso antes de que exista una vinculación directa con ellas.

Esta proximidad ayuda a comprender por qué el primer contacto con la agrupación no necesariamente ocurre mediante una persona completamente desconocida, en algunos casos pueden existir amigos, familiares, vecinos o conocidos que ya forman parte del grupo, lo que hace que la banda sea reconocida previamente dentro del entorno inmediato del adolescente, esto también permite que las formas de relacionarse con la organización se construyan antes del ingreso formal, a partir de aquello que se escucha, se observa o se conoce acerca de sus miembros.

Junto con la distribución de funciones y el control territorial aparecen normas que regulan la conducta interna, aunque una banda criminal desarrolle actividades contrarias a la ley, esto no implica que dentro de la agrupación exista una ausencia total de reglas, por el contrario, pueden establecerse códigos propios relacionados con la lealtad, el respeto hacia determinados integrantes, el cumplimiento de las tareas asignadas y la reserva sobre aquello que ocurre dentro del grupo, estas normas permiten establecer aquello que es esperado de sus miembros y también aquello que puede ser sancionado. Esta regulación interna es central para la cohesión del grupo; pues como indica Krauskopf (2006) “las normas y códigos compartidos en las agrupaciones juveniles no representan un mero orden disciplinario, sino la base sobre la cual se erige la lealtad grupal y la protección mutua ante un entorno percibido como hostil” (p. 34).

Crespo-Berti (2024) señala además que las bandas “practican una serie de rituales que constituyen procesos con resolución de continuidad, en

los que deben superar algunas pruebas tendientes a demostrar la lealtad y respeto [...] hacia sus líderes y hacia la nación" (p. 22). Estos procedimientos pueden funcionar como formas de ingreso o como mecanismos mediante los cuales un integrante demuestra que se encuentra dispuesto a cumplir aquello que el grupo espera de él, a partir de estas acciones también puede obtener reconocimiento y avanzar dentro de la jerarquía establecida.

Los rituales adquieren importancia porque permiten marcar diferencias entre quien todavía se encuentra fuera de la agrupación y quien ya es reconocido como parte de ella, superar determinadas pruebas, cumplir una tarea o demostrar fidelidad puede adquirir un significado particular dentro del grupo, no únicamente porque confirma la participación en una actividad, sino porque permite que los demás integrantes reconozcan al nuevo miembro como alguien capaz de responder a las exigencias establecidas por la banda.

De esta manera, la pertenencia comienza a relacionarse con acciones concretas mediante las cuales cada miembro demuestra su compromiso, no basta necesariamente con afirmar que se forma parte del grupo, la posición ocupada debe ser reconocida por quienes ya pertenecen a él, este reconocimiento puede construirse mediante el cumplimiento de normas, la realización de determinadas tareas, la permanencia dentro de la agrupación y la confianza alcanzada con otros integrantes.

También intervienen elementos que permiten diferenciar a la banda de otras agrupaciones y distinguir a sus miembros de quienes se encuentran fuera de ella, los nombres, símbolos, formas de comunicación, referencias territoriales y códigos compartidos pueden convertirse en recursos mediante los cuales los integrantes se reconocen como parte de un mismo colectivo, estos elementos no necesariamente se presentan de la misma manera en todas las organizaciones, sin embargo, contribuyen a construir una separación entre aquellos considerados miembros y aquellos que permanecen fuera del grupo.

La banda criminal puede entenderse entonces como una forma de agrupación que combina actividades delictivas con una organización interna capaz de establecer posiciones, normas, funciones y formas de reconocimiento, su funcionamiento no depende únicamente de la comisión de delitos, también requiere relaciones que permitan mantener la cohesión entre

sus integrantes y sostener la continuidad del grupo, dentro de estas relaciones se construyen lugares diferenciados y formas particulares de pertenecer, aspectos que adquieren especial relevancia cuando quienes se incorporan son adolescentes.

Estructura y organización de la banda criminal

Comprender la estructura de una banda criminal implica observar la manera en que sus integrantes se distribuyen dentro del grupo, las funciones que realizan, las normas que regulan su comportamiento y las relaciones de autoridad que se establecen entre ellos, aunque no todas las bandas presentan el mismo nivel de organización, su permanencia requiere cierto orden interno que permita coordinar las actividades realizadas y diferenciar las posiciones que ocupan sus miembros, de esta manera, la banda no funciona únicamente a partir de encuentros espontáneos entre sus integrantes, sino mediante relaciones que van adquiriendo continuidad y que establecen determinadas formas de participación.

Alvarado (2019) señala que las organizaciones criminales pueden presentar estructuras internas distintas: “La división de tareas y jerarquías tiene principios burocráticos; Puede ser centralizada, una federación, o sistema de redes. Tiene una estructura laboral extensa con gerentes, empleados, contadores, abogados, trabajadores; tiene mecanismos de reclutamiento y membresía” (p. 26). Esta característica resulta importante porque muestra que dentro de una misma agrupación pueden existir diferentes responsabilidades, niveles de participación y grados de autoridad.

La división de funciones permite que cada integrante ocupe un lugar particular dentro del funcionamiento colectivo, algunos miembros pueden encontrarse encargados de dirigir determinadas actividades, transmitir órdenes o controlar recursos, mientras otros desarrollan tareas de menor responsabilidad, esta distribución no necesariamente permanece fija durante toda la trayectoria de una persona dentro de la banda, ya que la posición puede modificarse de acuerdo con su permanencia, las relaciones construidas con otros integrantes y el reconocimiento obtenido dentro de la organización.

En las bandas juveniles también pueden encontrarse formas de liderazgo que organizan las relaciones internas, Cerbino (2004) señala que “el líder [...] se constituye como tal a partir del reconocimiento que los demás miembros de la pandilla le otorgan” (p. 50). Esto permite comprender que la autoridad no depende únicamente de un nombramiento formal, también puede construirse a partir de la posición que una persona logra ocupar frente a los demás integrantes, de su trayectoria y de la manera en que es valorada dentro de la agrupación. Por ello, para fundamentar cómo se sostiene esta autoridad, Kaës (1996) explica desde la perspectiva psicoanalítica de los grupos que “la figura de liderazgo se constituye como un eje organizador de la economía libidinal del grupo, en el cual los integrantes depositan sus ideales a cambio de amparo y cohesión estructurante” (p. 112).

El liderazgo adquiere importancia porque permite mantener determinadas formas de organización, resolver situaciones internas y orientar las actividades del grupo, sin embargo, la existencia de un líder no significa que todas las bandas posean una estructura idéntica, algunas pueden desarrollar jerarquías claramente delimitadas, mientras otras mantienen formas de autoridad menos rígidas, por ello, resulta más adecuado hablar de diferentes niveles de organización que asumir que todas funcionan bajo una misma estructura.

Rodgers y Baird (2016), al revisar investigaciones desarrolladas sobre pandillas en distintos países de América Latina, muestran precisamente esta diversidad. Al referirse al contexto ecuatoriano, describen el caso de los Latin Kings como una agrupación “bastante organizada, con una estructura jerárquica y con jóvenes que pagan por su membresía; además, establecen celdas de presencia en diferentes barrios” (p. 29). Este ejemplo permite observar cómo determinadas agrupaciones pueden alcanzar niveles de organización en los que la pertenencia se encuentra acompañada por obligaciones, posiciones diferenciadas y formas establecidas de funcionamiento.

La organización interna también se encuentra relacionada con la existencia de normas propias, las bandas pueden establecer reglas que determinan aquello que se espera de sus integrantes, la forma en que deben relacionarse entre sí y las conductas que pueden considerarse una falta hacia

el grupo, estas regulaciones pueden abarcar aspectos relacionados con la lealtad, el cumplimiento de determinadas responsabilidades, el respeto hacia otros miembros o la manera en que debe manejarse la información relacionada con las actividades de la agrupación.

La existencia de códigos internos puede parecer contradictoria cuando se trata de organizaciones vinculadas con actividades ilegales, sin embargo, transgredir las normas establecidas por la sociedad no significa que dentro del grupo exista una ausencia completa de regulación, por el contrario, la banda puede construir sus propias reglas y exigir su cumplimiento, de esta manera, se establece una diferencia entre las normas externas, que pueden ser rechazadas o transgredidas, y aquellas que adquieren valor dentro de la organización.

Cerbino (2004) muestra que los códigos adquieren un lugar importante dentro de las relaciones construidas entre jóvenes vinculados a pandillas. En este sentido, el autor señala que existe un “lenguaje ‘secreto’, una jerga o coba incomprensible para el mundo adulto; un ‘idiolecto’ que se separa del lenguaje ‘normal’” (p. 27). El lenguaje utilizado, las expresiones compartidas y determinadas formas de nombrarse pueden adquirir significados particulares que son comprendidos por quienes pertenecen a la agrupación.

El lenguaje constituye, en este sentido, una forma de diferenciación, determinadas palabras, expresiones o nombres pueden funcionar como referencias compartidas entre los miembros y permitir que reconozcan elementos propios de la agrupación, esto contribuye a construir cierta separación entre quienes conocen y participan de esos códigos y quienes permanecen fuera de ellos, por lo tanto, la organización de una banda no se expresa únicamente mediante una jerarquía visible, también aparece en formas cotidianas de comunicación y relación.

Los nombres y apodos pueden adquirir un valor semejante, debido a que no solamente permiten identificar a una persona, sino que pueden señalar la posición que ocupa o la manera en que es reconocida dentro del grupo, Vergara Figueroa (2010), en su estudio *En los túneles de sentido: Violencia, imaginarios, organización social, rituales y lenguaje en las pandillas juveniles de Ayacucho*, analiza la importancia de los nombres y otras expresiones compartidas como parte de la vida interna de estas agrupaciones. En este

sentido, señala que “un nombre lo distingue, correlaciona y jerarquiza” además, de que “se asocian a un campo semántico y simbólico que los articula, y establece los componentes de la identidad de la comunidad que la crea y/o apropia” (p. 45). Estos elementos hacen posible observar cómo la organización también se sostiene mediante significados que circulan entre sus integrantes. En esta misma línea, Ramírez (2012) subraya el valor simbólico de estos elementos al afirmar que “el apodo, el argot y la jerga dentro del grupo criminal operan como bautismos simbólicos que otorgan una nueva filiación y una posición subjetiva diferenciada frente al resto de la sociedad” (p. 67).

Otro componente relevante corresponde a los rituales, las bandas pueden desarrollar prácticas destinadas a marcar el ingreso, confirmar la permanencia o demostrar el compromiso de sus miembros, estos rituales no necesariamente poseen la misma forma en todas las agrupaciones, sin embargo, pueden establecer una diferencia clara entre quien todavía se encuentra fuera y quien ha logrado ser reconocido como miembro.

Vergara (2007) señala que “sus fronteras son más estructuradas (por ejemplo por sus ritos de entrada) y demarcan su identidad y a sus enemigos. Exigen pruebas de lealtad a sus miembros, que a veces son muy duras y que se pueden observar en sus ritos de paso y ritos de confirmación” (p. 16). Esta idea resulta especialmente importante porque permite comprender que pertenecer no siempre constituye un estado adquirido de una vez y para siempre, el integrante puede encontrarse continuamente frente a situaciones en las que debe demostrar que mantiene su compromiso con aquello que la agrupación establece. Sobre esta necesidad ininterrumpida de validación, Krauskopf (2006) explica que “los ritos de paso e integración no constituyen un acto único, sino una prueba continuada donde el joven refrenda su lealtad frente al grupo para asegurar la protección y el estatus alcanzado” (p. 52)

Los rituales de ingreso pueden funcionar entonces como una primera demostración de disposición hacia el grupo, mientras que otras acciones posteriores permiten mantener el reconocimiento obtenido, esto significa que la pertenencia no se sostiene únicamente mediante una declaración individual, sino que requiere ser reconocida por otros integrantes, por ello,

cumplir determinadas expectativas puede convertirse en una forma de confirmar que se continúa ocupando un lugar dentro de la agrupación.

Las acciones valoradas dentro de la banda pueden producir diferentes niveles de reconocimiento, un integrante que responde a aquello que se espera de él puede comenzar a ser considerado una persona confiable, adquirir mayores responsabilidades o alcanzar una posición distinta dentro de la organización, de esta manera, el reconocimiento se vincula con la estructura porque contribuye a establecer diferencias entre los miembros y a definir el lugar que cada uno ocupa.

La relación entre reconocimiento y liderazgo también aparece en el trabajo de Cerbino (2004), quien analiza el honor, el respeto y el reconocimiento como elementos presentes en la dinámica de las pandillas juveniles. En este sentido, señala que “algunos sujetos juveniles, en particular pandilleros, adquieren el reconocimiento y la aceptación del grupo en la reivindicación de su hombría y respeto” (p. 44). De esta manera, la posición dentro del grupo puede encontrarse relacionada con aquello que la persona logra demostrar frente a sus compañeros.

Este reconocimiento no necesariamente se limita al interior de la agrupación, también puede proyectarse hacia el barrio o hacia otros grupos con los que existe algún tipo de relación o rivalidad, ser conocido como integrante de determinada banda puede modificar la manera en que una persona es percibida dentro de su entorno, de esta forma, la pertenencia puede adquirir una visibilidad que supera los límites internos del grupo.

El territorio constituye otro elemento relacionado con la organización, algunas bandas construyen una presencia estable dentro de determinados barrios, calles o sectores, estos espacios pueden convertirse en puntos de reunión, circulación y reconocimiento, pero también pueden adquirir valor como lugares sobre los cuales la agrupación busca mantener influencia, por esta razón, el territorio no debe entenderse únicamente como el escenario físico donde se desarrollan las actividades, también interviene en la manera en que la banda se reconoce y se diferencia de otras.

Rodgers y Baird (2016) señalan que el carácter territorial forma parte de un elemento presente en las dinámicas de las pandillas latinoamericanas. Siguiendo con esta idea, los autores sostienen que “las pandillas pueden

construir su reputación y extender su dominio por medio de formas de control territorial” (p. 34). Este elemento hace posible comprender cómo el territorio puede adquirir importancia dentro de las dinámicas de estos grupos, más que nada en aquellos contextos donde existen disputas frente a otras agrupaciones rivales.

Estas diferencias permiten construir límites entre quienes forman parte de la agrupación y quienes se encuentran fuera de ella, los códigos, nombres, símbolos y referencias territoriales contribuyen a marcar esa separación, no obstante, estos elementos no deben entenderse de manera aislada, adquieren sentido dentro de las relaciones que los integrantes mantienen entre sí y de las prácticas mediante las cuales reconocen su pertenencia.

Alvarado (2019) sostiene que las organizaciones criminales poseen mecanismos de reclutamiento y membresía que pueden variar considerablemente según el tipo de estructura. En este sentido, señala que “la membresía es muy variable y existen formas de selección complejas (hasta por esquemas de subcontratación)” (p. 26). Este enunciado permite comprender que el ingreso de alguien a estos grupos no ocurre de una única manera ya que algunas organizaciones pueden establecer procedimientos más definidos, mientras otras incorporan personas a partir de vínculos previos, relaciones territoriales o necesidades específicas de la misma agrupación.

En el caso de los adolescentes, estos mecanismos adquieren especial importancia, debido a que su entrada puede producirse en un contexto donde la organización ya forma parte de su entorno cotidiano, un joven puede conocer previamente a integrantes, reconocer el nombre de la banda o encontrarse familiarizado con algunos de sus códigos antes de incorporarse directamente, de esta manera, el ingreso puede estar precedido por un acercamiento progresivo y por relaciones que facilitan posteriormente su participación.

A medida que el adolescente comienza a integrarse, también aprende las formas de funcionamiento que existen dentro del grupo, reconoce quiénes poseen mayor autoridad, cuáles son las normas que debe respetar, qué acciones son valoradas y qué consecuencias puede enfrentar cuando incumple aquello que se espera de él, este aprendizaje permite que la

estructura deje de ser algo externo y comience a formar parte de su experiencia cotidiana dentro de la agrupación.

La banda puede convertirse así en un espacio claramente delimitado, donde existen maneras específicas de ingresar, permanecer, ser reconocido y ocupar una posición, las jerarquías establecen diferencias entre los integrantes, los códigos regulan las relaciones, los rituales pueden marcar el ingreso o confirmar la pertenencia y el territorio proporciona un espacio donde esa organización adquiere presencia, estos elementos permiten comprender que una banda criminal no se sostiene solamente a partir de la actividad delictiva, también necesita una estructura de relaciones que mantenga cierta continuidad y permita a sus miembros reconocerse como parte de un mismo grupo.

La organización interna tampoco debe entenderse como algo completamente estable, las posiciones pueden modificarse, los liderazgos pueden cambiar y las relaciones de confianza pueden fortalecerse o romperse, aun así, la existencia de normas, códigos y formas de reconocimiento permite conservar cierta continuidad, incluso cuando algunos de sus integrantes dejan de formar parte de la agrupación o nuevos miembros son incorporados.

En este sentido, la estructura de la banda se construye tanto a partir de la distribución de funciones como de las relaciones que se establecen entre quienes la integran, no basta con identificar quién dirige y quién obedece, también es necesario considerar qué acciones permiten obtener reconocimiento, cómo se marca la pertenencia, cuáles son los códigos compartidos y qué elementos diferencian al grupo de quienes se encuentran fuera de él, estas dimensiones permiten comprender por qué la organización puede adquirir un significado que excede la realización de actividades criminales.

El líder y el ideal del Yo en las bandas criminales

La comprensión de la dinámica subjetiva que vincula a un adolescente con una banda criminal exige ir más allá de la perspectiva sociológica, criminológica o punitiva del asunto. Si bien estas aproximaciones ofrecen

elementos valiosos respecto a las condiciones de vulnerabilidad de los sujetos, la marginalidad urbana o la falta de oportunidades, no es posible obtener una respuesta clara en su totalidad de aquello que hace que un sujeto en constitución como lo sería un adolescente opte por inscribir su vida, su cuerpo y sus lealtades dentro de una estructura criminal. La figura del líder en estas organizaciones no opera únicamente como un administrador de la violencia o un gestor de actividades ilícitas como ya se ha visto en subcapítulos anteriores, sino que se erige como un pilar fundamental sobre el cual se reordenan el afecto, la ley y el sentido de existencia del mismo adolescente.

La cultura actual es caracterizada por la caducidad de las instituciones tradicionales de encuadre, como por ejemplo la escuela, la familia o el trabajo formal, y por una marcada fragilidad en el lazo social. Ante esto, el adolescente se enfrenta a un desamparo que potencia las turbulencias propias que trae la adolescencia de por sí. Es en este choque entre el desamparo de época y la pubertad donde la banda criminal deja de ser un mero grupo de pares transgresores para convertirse en un dispositivo que acoge, ordena y produce ideales. Sobre esta encrucijada subjetiva, Ramírez (2012) explica que “ante la declinación de las instituciones tradicionales que ordenaban la experiencia, los colectivos de pares y las bandas urbanas surgen como un intento de tramitar la desvalidez y rearticular una imagen de sí para el sujeto” (p. 88). Para entender de mejor forma este proceso, es importante separar estas dos dimensiones que comúnmente se solapan una a la otra. Por un lado, se encuentra a la función de autoridad y ordenamiento que el líder ejerce en el plano de la estructura del vínculo grupal (la dimensión operativa y organizativa del mando). Mientras que, por otro lado, el hecho mediante el cual esa figura de mando es revestida de un valor ideal, capaz de operar sobre el Ideal del Yo de sus integrantes.

La función del líder en las bandas criminales

Para entender la función del líder en una banda criminal, primero es importante reconocer cómo se construye y se sostiene la autoridad de este. Dentro del grupo, el líder no se define al principio por el cariño o la admiración

que despierta, sino por el lugar que ocupa en la organización. Su posición es, más que nada, una función de orden. Es decir, el grupo necesita de alguien que marque el rumbo, pueda poner reglas a los integrantes y a su vez dirigir las acciones del colectivo hacia el exterior.

Por ello, a diferencia de lo que se suele pensar, las bandas criminales no viven en una especie de caos absoluto. Aunque operan fuera de la ley del estado, en sus propios adentros construyen sus propias normas. De ahí que en lugares donde las leyes del país o las instituciones locales no funcionan bien o no generan confianza total para su población, la banda crea su propio sistema de reglas. Y es ahí donde el líder se vuelve aquel que se encarga de definir y hacer cumplir este orden interno. Por eso, su palabra es la que decide varias cosas dentro de aquel grupo, como por ejemplo quién hace qué, cuáles son los límites del territorio, cómo se reparten las ganancias, qué castigos se aplican a quien falla y qué tan importante es la lealtad. Esta capacidad de organizar es lo que permite que un conjunto de personas aisladas se transforme en un grupo firme y con objetivos claros.

Cabe considerar de igual forma que es muy importante no confundir la autoridad con la violencia en su estado puro. En efecto, la fuerza física y la amenaza son comunes en el mundo delictivo, sin embargo, un líder no puede sostener su mando por mucho tiempo usando únicamente el miedo. La violencia logra que los demás obedezcan momentáneamente, pero no crea la estabilidad ni la confianza que la banda necesita para poder permanecer en el tiempo o hacerse de un nombre. Para que la autoridad sea real, los miembros del grupo deben reconocer implícitamente que esa persona tiene derecho a mandar, por eso no basta solamente con imponer. Por ende, hay un acuerdo dentro de la estructura, pues los integrantes aceptan que el líder ocupa un lugar superior, y que sus órdenes sirven para dar dirección al grupo y evitar peleas internas. Esto muestra una función que va más allá solamente de ser alguien que manda, siendo además aquel que organiza. Esta función organizadora de la autoridad es analizada por Kaës (1996), quien sostiene que “el lugar de la función del líder en la estructura grupal es, antes que nada, la de garantizar un principio de consistencia y ley interna que evite el estallido pulsional entre sus miembros” (p. 112).

Esta posición de mando cumple una función tranquilizadora para los miembros de la banda. Pues al existir una persona que toma las decisiones principales, se evitan entonces los conflictos constantes entre los mismos integrantes por ver quién tiene más derecho al control del grupo. Toda la agresividad que podría destruir al grupo se orienta hacia afuera, es decir, contra las bandas rivales o hacia el cumplimiento de sus propias metas. El líder entonces tiene como función ser un punto de apoyo que mantiene la disciplina y la unidad del colectivo. En términos freudianos, esta orientación defensiva ya había sido advertida cuando Freud (1992) señala que “el conductor actúa como el garante de que la agresión no destruya los vínculos internos del conjunto, canalizándola hacia los objetos exteriores a la masa” (p. 104).

Esta organización resulta atractiva para muchos adolescentes que vienen de entornos familiares o sociales con mucha inestabilidad, donde no han tenido límites claros ni figuras donde apoyarse. Por eso, frente a la confusión y la falta de rumbo en su vida cotidiana, el marco estricto de la banda, con sus jerarquías, sus códigos de conducta y sus castigos, les ofrece algo novedoso. Esto es justamente el sentimiento de orden y seguridad. Las órdenes del líder les dicen exactamente qué hacer y cómo comportarse, quitándoles de encima la angustia que genera la pregunta de no saber qué camino tomar.

Además, el líder es quien maneja el reconocimiento dentro del grupo. Él es quien acepta a un nuevo miembro y le puede dar una tarea, siendo que además puede decidir si merece un ascenso o un castigo. Al ser nombrado o tomado en cuenta por el líder, el adolescente entonces deja de sentirse invisible para el mundo. Pasa de no ser nadie a tener un rol además de una posición concreta dentro de una organización que él considera importante para sí mismo al brindarle un lugar.

Considerando esto, en este primer nivel de análisis, la figura del líder responde a una necesidad práctica y de estructura. Esta figura se trata de algo sumamente indispensable para que la banda exista y se pueda mantener unida además de poseer la disciplina necesaria para que funcione en el día a día. Sin embargo, en la vida real de los jóvenes, esta posición de poder difícilmente se queda en algo puramente organizativo. Pues la forma en que

el líder manda y el poder que demuestra van a despertar en el adolescente emociones mucho más profundas que solamente ser la autoridad, convirtiendo a esta figura en un modelo a seguir.

Los atributos idealizados del líder

Una vez que se comprende cómo el líder establece su posición de mando y a su vez logra estructurar la vida interna de la banda, surge una pregunta fundamental: *¿por qué los adolescentes no solo obedecen sus órdenes, sino que comienzan a fascinarse con su persona?* La sola existencia de una jerarquía y un conjunto de reglas no pueden explicar por sí mismas el por qué el adolescente estaría dispuesto a arriesgar su vida o cambiar de manera radical su forma de ser por el grupo. Pues para que la autoridad deje de ser un simple mecanismo de control y se transforme en una referencia personal, debe de ocurrir un cambio fundamental, siendo que la figura del líder tenga que empezar a revestirse de una serie de cualidades y características que el adolescente interprete de manera simbólica como valiosas, deseables y superiores.

En la adolescencia, el sujeto se encuentra en una constante búsqueda de referentes externos. Como consecuencia, al alejarse de las figuras de autoridad de la infancia, como los padres, busca en su entorno social nuevos modelos que le indiquen cómo ser un adulto respetado, fuerte y exitoso. De ahí que en los contextos donde operan estas bandas criminales, el líder encarna este ideal al reunir los atributos que responden de forma directa a las necesidades de protección, reconocimiento y afirmación que los adolescentes experimentan. Así, la fascinación no nace de la nada, sino se construye a partir de los rasgos reales o percibidos que el líder proyecta en la vida cotidiana de la comunidad y del grupo que representa.

En primer lugar, uno de los atributos más atractivos que proyecta la figura del líder es la posesión de poder y respeto. En entornos donde la vulnerabilidad y el desamparo son la regla, el líder se presenta como alguien que no es víctima de las circunstancias, todo lo contrario, se vuelve aquel que domina su entorno. Por eso, no se trata solo de la capacidad de infundir temor en los rivales, sino de la capacidad de hacerse escuchar y de poder imponerse

frente a los demás. Para un adolescente que ha crecido experimentando la invisibilidad o el rechazo social, el hecho de ver a un sujeto que despierta reverencia y cuidado a su alrededor genera una fuerte atracción más que nada debido a la figura misma que representa. El respeto que posee el líder es visto entonces como un escudo protector y como un signo de auténtica valía.

En segundo lugar, se encuentra el atributo del éxito material y la capacidad para consumir. En la cultura contemporánea, el valor de las personas suele estar medido por su acceso a bienes materiales o de prestigio como vestimenta de marca, vehículos, tecnología, dinero en efectivo y acceso a espacios de ocio. Las vías tradicionales para alcanzar estas metas, como el estudio o el trabajo formal, suelen percibirse como caminos largos y difíciles. En este caso, el líder de la banda muestra un atajo visible y efectivo hacia ese ideal que el joven desea conseguir de manera más accesible a comparación de otros métodos. La capacidad económica del líder y su ostentación de sus logros no son interpretadas por el adolescente como simples lujos, sino como la prueba concreta de haber vencido las limitaciones del entorno. Los bienes materiales del líder se transforman entonces en símbolos de triunfo y soberanía personal. Al respecto, Reguillo (2012) remarca que en los entornos juveniles “el acceso a los bienes de consumo y la visibilidad de la riqueza no constituyen un mero lujo, sino un dispositivo de afirmación simbólica e identitaria frente a la exclusión sistemática” (p. 76).

Un tercer atributo clave que el líder posee es la capacidad de protección y respaldo. El líder no solo exige lealtad, sino que también ofrece a cambio una cobertura frente a las amenazas externas como las del barrio o de otros grupos. Para el adolescente, verse respaldado por una figura poderosa de protección reduce la sensación de desamparo y vulnerabilidad. El líder es visto de esta forma como alguien audaz y capaz de enfrentar el peligro además de sostener a los suyos en los momentos de crisis. Aquella imagen de fortaleza invulnerable genera un fuerte y estable sentimiento de seguridad en el adolescente, quien empieza a ver en el líder a una figura protectora con la capacidad de otorgarle el cobijo que no encuentra en otros espacios a los que pertenece.

Finalmente, el líder es quien encarna la autonomía y la soberanía frente a la norma social. Es decir, en lugar de someterse a las reglas de una sociedad

que muchas veces excluye a los jóvenes de sectores marginados, el líder impone su propia ley. Esta postura de desafiar al orden establecido y salir victorioso es percibida como un acto de valentía y afirmación personal por el adolescente. Esto hace como consecuencia que la osadía y el atrevimiento del líder se convierta en rasgos admirables dentro de una etapa vital donde la rebeldía y el cuestionamiento a la autoridad se vuelven un estilo de vida.

Igualmente, es importante destacar que estos atributos no funcionan de forma aislada. Ya que al percibir a la imagen del líder se combinan todos para construir una imagen pública del líder como una figura completa, resuelta y sin las debilidades o la falta fundamental que el adolescente nota en otros adultos de su entorno. El joven no admira al líder por aspectos cualquiera, sino por estas manifestaciones concretas de valor y estatus que observa día a día, pasando entonces de un simple liderazgo o un escalón de autoridad para él a ser alguien que merece respeto y admiración.

De esta forma, la relación con la autoridad da un paso hacia adelante. El adolescente ya no cumple una tarea simplemente porque se lo ordenaron o para no recibir un castigo, sino que la cumple porque proviene de alguien a quien considera superior y digno de ser imitado y brindarle sus servicios. Debido a esto, la figura de mando pasa de ser un organizador del grupo o a alguien a quien respetar o admirar para convertirse además en una vitrina de atributos deseables, en ser como lo es él. Este proceso de fascinación y atribución de valor es el paso previo y necesario para que el líder pueda asentarse definitivamente en el mundo interno del sujeto, haciendo que en él se formen nuevos ideales.

El líder y la construcción de ideales en las bandas criminales

La fascinación exterior se transforma en un cambio dentro del propio mundo interno del adolescente. Este es entonces el momento en que la figura del líder deja de ser solo una persona a la cual admirar desde afuera y se convierte en el pilar sobre el cual el adolescente construye su *Ideal del Yo*.

Para entender este proceso en la vida del adolescente, hay que recordar que la transición hacia la vida adulta implica dejar atrás las certezas que caracterizan a la infancia. El joven ya no se apoya de la misma manera en la familia ni en los discursos escolares tradicionales, los cuales suelen

parecer lejanos o incapaces de comprender y por ende de responder a sus necesidades reales de vida. Aquella pérdida de puntos de apoyo genera un vacío, el cual hace que el sujeto se pregunta constantemente quién es, cuánto vale y hacia dónde debe dirigir su vida. Por ello, si el entorno no ofrece respuestas claras ni espacios de inclusión, ese vacío puede vivirse con una intensa sensación de desamparo e inseguridad que el adolescente las va a experimentar de una manera bastante fuerte para él.

Este es exactamente en este hueco subjetivo donde se instala la figura del líder y la cultura completa de la banda criminal. El adolescente no adopta los ideales del grupo de forma ciega o arbitraria, sino que los adopta porque le ofrecen una respuesta bastante directa a su búsqueda de identidad. Al colocar al líder en el lugar de su *Ideal del Yo*, el joven encuentra una forma de evaluar su propio valor. A partir de ese momento, la pregunta de *¿quién soy?* o *¿qué debo hacer para ser respetado?* recibe como respuesta *ser como el líder*. Esta sustitución subjetiva es definida con precisión por Freud (1992), quien plantea que “la fórmula de la constitución de la masa implica que varios individuos han puesto un mismo objeto en el lugar de su Ideal del yo y, en consecuencia, se han identificado entre sí en su Yo” (p. 110). Es decir, actuar como él, adoptar sus gestos, su forma de vestir, su lenguaje y su postura frente al mundo, porque para ese entonces, el adolescente percibe al líder como un ejemplo a seguir.

Este mecanismo modifica por completo la manera en que el joven experimenta las exigencias del grupo. La obediencia a las reglas de la banda o el cumplimiento de las órdenes peligrosas impuestas por el mando ya no se viven entonces como un algo molesto o un deber que debe de hacer obligatoriamente ya que caso contrario habría un castigo. Por el contrario, cumplir con las tareas asignadas se convierte en el medio principal para acercarse a aquella imagen idealizada del líder. De ahí que cada encargo completado, cada acto de valentía y cada prueba de lealtad al grupo le otorgan al joven la sensación de estar escalando hacia el modelo que admira. Por eso, la aprobación del líder se transforma en el premio más valioso, pues funciona como la prueba de que el adolescente está dejando de ser un sujeto invisible y que nadie tomaba en cuenta en su propio entorno para convertirse en

alguien digno de respeto y que puede ser admirado y reconocido en base a las acciones que realiza.

De este modo, el *Ideal del Yo* construido alrededor de la banda le devuelve al sujeto una autoestima renovada. Ya que, en lugar de medirse bajo los parámetros de la sociedad formal, el adolescente pasa a medirse bajo la escala de los propios valores de la organización delictiva a la cual pertenece. En este nuevo marco normativo, el coraje, la capacidad de sostener la palabra, el uso de la fuerza y la fidelidad hacia los compañeros se vuelven las verdaderas virtudes que son dignas de respetarse. Eso hace que el líder encarna la cima de esa escala de valores siga funcionando como la brújula ética y existencial que guía los pasos de cada integrante.

Además de esto, la figura del líder no actúa de forma aislada en su totalidad, pues está respaldada por la comunidad emocional que constituye la banda. El adolescente no solo desea parecerse al líder de manera individual, sino que comparte este mismo modelo con sus compañeros de grupo. Esto crea un lazo de hermandad muy fuerte entre todos los integrantes, ya que todos se sienten identificados entre sí porque todos comparten la misma admiración por el mando y los mismos ideales de vida que representa la imagen del líder. La banda se transforma así en una familia sustituta que no solo ofrece protección física o recursos económicos, sino algo mucho más valioso para el joven, lo cual es un sentido de pertenencia y una identidad compartida. Krauskopf (2006) corrobora esta función contenedora al afirmar que “el grupo de pares en situaciones de alta vulnerabilidad asume el papel de un andamiaje psicosocial que restituye el sentido de pertenencia y legitimidad que el sujeto ha perdido en otros espacios institucionales” (p. 102)

En conclusión, la articulación entre la función de mando del líder, sus atributos idealizados y la formación del *Ideal del Yo* nos permite comprender por qué el vínculo con las bandas criminales es tan resistente y profundo en la adolescencia para los jóvenes de tiempos actuales. La banda no captura a los jóvenes únicamente por medio de ofertas materiales o coerción, sino porque responde de manera directa a la exigencia de la inscripción, el reconocimiento y la orientación que todo adolescente está en busca de. La figura del líder se mira entonces como la encarnación de una promesa de valía y soberanía que, en ausencia de otras alternativas sociales firmes, se

convierte en el referente principal para la construcción de la identidad propia del adolescente. En palabras de Cerbino y Crespo-Berti (2009), “la banda y sus liderazgos no representan la ausencia de valores, sino la creación de un orden alternativo donde el respeto y el honor se vuelven la última trinchera de reconocimiento para el sujeto” (p. 54).

Sentimiento de pertenencia a la banda criminal

La función que cumple una banda criminal no puede reducirse únicamente a la realización de actividades delictivas, aunque éstas formen parte de su funcionamiento, para quienes se integran a estas agrupaciones también pueden aparecer otros elementos relacionados con la protección, el reconocimiento, la convivencia con otros miembros y la posibilidad de ocupar un lugar dentro del grupo, esto permite comprender que una misma organización puede cumplir diferentes funciones dependiendo de la posición que cada integrante mantenga dentro de ella y de aquello que encuentre en ese espacio.

En el caso de los adolescentes, esta dimensión adquiere una importancia particular, debido a que la incorporación a una banda puede producirse en contextos donde existen dificultades familiares, económicas, educativas o comunitarias, sin embargo, estas condiciones no deben entenderse como causas automáticas de la vinculación, ya que no todos los jóvenes que atraviesan situaciones similares terminan formando parte de organizaciones criminales, más bien, permiten reconocer determinados escenarios en los que una agrupación puede comenzar a ser percibida como una alternativa para obtener aquello que el adolescente considera difícil de encontrar en otros espacios.

La pertenencia a una agrupación juvenil puede ofrecer varias cosas, entre ellas, se encuentran los vínculos de solidaridad, reconocimiento y protección entre sus integrantes, especialmente cuando estos construyen experiencias compartidas dentro de un mismo territorio. Bajo este sentido, Cerbino (2004) plantea que “la pandilla es una comunidad emocional donde se comparten afectos, sentimientos, vivencias y experiencias” (p. 55). Estas experiencias compartidas permiten desarrollar formas particulares de relación

mediante las cuales sus miembros se reconocen entre sí y adquieren un valor específico al momento de formar parte del grupo.

La búsqueda de protección puede adquirir una importancia particular en territorios atravesados por conflictos entre diferentes agrupaciones o por situaciones frecuentes de violencia, dentro de estos escenarios, formar parte de una banda puede ser percibido por algunos adolescentes como una manera de contar con personas capaces de respaldarlos frente a determinadas amenazas, aunque esta protección se encuentre acompañada por nuevos riesgos, obligaciones y posibles confrontaciones.

Esta situación presenta una contradicción, debido a que el mismo grupo que puede ofrecer una sensación de seguridad también expone a sus integrantes a situaciones de violencia, rivalidades territoriales y participación en actividades delictivas, sin embargo, ambas experiencias pueden coexistir, el adolescente puede reconocer los riesgos relacionados con la agrupación y, al mismo tiempo, considerar que encontrarse dentro de ella le proporciona un respaldo que no percibe en otros espacios.

Otro elemento importante corresponde al reconocimiento que circula entre los integrantes, ser tomado en cuenta, recibir responsabilidades o ser conocido por los demás puede favorecer que una persona perciba que ocupa una posición dentro del grupo, esta experiencia puede adquirir mayor relevancia cuando el adolescente considera que en otros espacios de su vida no obtiene el mismo nivel de atención o valoración.

El respeto y el reconocimiento ocupan un lugar importante dentro de las relaciones construidas en las pandillas juveniles. En este sentido, Cerbino (2004) señala que “entre los miembros de los grupos pandilleros, se exige reconocimiento por medio de lo que designan como respeto” (p. 56). De esta manera, la posición dentro del grupo no depende solamente de la presencia física o del tiempo transcurrido desde el ingreso, sino que también puede encontrarse relacionada con aquello que la persona logra demostrar frente a sus compañeros.

Dentro de esta dinámica, acciones asociadas con la valentía, la lealtad o la disposición para responder ante determinadas situaciones pueden adquirir un significado particular, estas conductas pueden convertirse en formas de obtener respeto o fortalecer la posición ocupada dentro de la

agrupación, por esta razón, aquello que desde el exterior es observado únicamente como una conducta peligrosa puede recibir una valoración diferente dentro del sistema de normas y relaciones construido por la banda.

Esto no significa justificar la violencia ni las actividades delictivas desarrolladas por estas organizaciones, sino reconocer que las acciones adquieren significados particulares dentro de cada grupo, cuando una determinada conducta recibe aprobación por parte de los demás integrantes puede convertirse en una manera de demostrar compromiso, obtener reconocimiento o conservar el lugar alcanzado dentro de la agrupación.

La banda también puede cumplir una función relacionada con los vínculos que se construyen entre quienes forman parte de ella, compartir espacios, conflictos, riesgos y experiencias cotidianas puede producir relaciones que superan la colaboración necesaria para realizar determinadas actividades, en algunos casos, los integrantes utilizan expresiones relacionadas con la amistad, la hermandad o la familia para nombrar los vínculos construidos dentro del grupo.

Cerbino (2004) analiza esta dimensión mediante la idea de una comunidad emocional, en la cual los jóvenes encuentran formas de cercanía y solidaridad construidas a partir de experiencias compartidas. En este sentido, señala que “la pandilla, como comunidad emocional que ampara, apoya y da protección, al mismo tiempo brinda la posibilidad de ‘tener un norte’, un sentido de la vida” (p. 56). Esta característica permite considerar que la estancia permanente dentro de una agrupación puede encontrarse vinculada también con las relaciones afectivas desarrolladas entre sus integrantes y no únicamente con los beneficios materiales que puedan obtener. En esta misma línea, Ramírez (2012) analiza la dimensión afectiva de estas agrupaciones al señalar que “ante la quiebra o fragilidad de los lazos primarios, la banda opera como un refugio de contención afectiva donde los códigos de hermandad suplen las carencias del amparo familiar” (p. 94).

La convivencia dentro de la banda permite además compartir determinados códigos, formas de hablar, maneras de relacionarse y referencias que adquieren sentido principalmente para quienes pertenecen al grupo, a medida que estas experiencias se repiten, el adolescente puede

familiarizarse con una manera particular de comprender aquello que ocurre dentro de la agrupación y de relacionarse con los demás integrantes.

La función del grupo puede observarse también en la posibilidad de otorgar un lugar determinado a cada uno de sus miembros, dentro de la banda existen posiciones, responsabilidades y formas de reconocimiento que permiten diferenciar a unos integrantes de otros, asumir una tarea o ser considerado confiable por determinados miembros puede hacer que el adolescente deje de percibirse únicamente como alguien que acompaña al grupo y comience a reconocerse como parte activa de él.

De esta manera, la función de la banda no se limita al desarrollo de actividades criminales, también puede ofrecer protección, vínculos, reconocimiento y una posición dentro de un colectivo, estos elementos no aparecen de la misma manera en todos los adolescentes ni poseen necesariamente el mismo valor para cada uno, su importancia dependerá de la historia del joven, de sus relaciones previas y de aquello que encuentre dentro de la agrupación.

CAPITULO 2

El Ideal del Yo

Origen del Ideal del yo

Para empezar con el análisis del Ideal del yo como parte del aparato psíquico, es indispensable delimitar la conceptualización del término, en el libro *Diccionario de Psicoanálisis* de Laplanche et al. (2004) lo definen como un “término utilizado por Freud en su segunda teoría del aparato psíquico: instancia de la personalidad que resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las Identificaciones con los padres, con sus substitutos y con los ideales colectivos.” (p. 204). El Ideal del yo responde a una vertiente narcisista cercana a la conservación de una imagen de perfección; por el otro lado, una vertiente identificatoria y social liderada por las leyes y las demandas del entorno. No obstante, antes de estudiar la manera en que las identificaciones, la función edípica y los ideales colectivos se relacionan con el Ideal del yo, se vuelve fundamental indagar su origen, el pasaje desde el narcisismo primario hasta el surgimiento de la necesidad de crear un ideal.

El infante llega al mundo en una situación de completa dependencia hacia aquellas figuras encargadas de sus cuidados, a través de la relación con estas figuras la construcción de los ideales en el niño ocurre progresivamente. Por eso el ideal del yo no es una instancia que ocurre de manera innata, sino es una formación psíquica como resultado de una serie de identificaciones y por la internalización de modelos reconocidos por el sujeto. Debido a esto, para comprender la noción de Ideal del yo en su totalidad, es necesario retroceder a la conceptualización del narcisismo primario, siendo esta la posición inicial en la que se encuentra el niño.

Durante este primer momento el sujeto se constituye como su propio ideal, se reconoce a sí mismo como el centro de las miradas y cuidados; además, no reconoce límites ni distancia entre su cuerpo y su entorno. La libido se encuentra investida sobre el propio sujeto, dado que los padres lo ubican en el lugar de alguien sobresaliente. Sin embargo, con el tiempo se desvela que la perfección del niño es ficticia, puesto que no puede llevar a cabo todo, ni satisface siempre a los otros. Es así como esta completud

libidinal del infante se ve confrontada con el desarrollo que atraviesa las demandas del entorno y la relación con los otros.

En esta coyuntura, el infante en lugar de renunciar definitivamente a este primer momento donde el sujeto experimentaba la excelencia como una cualidad propia se desplaza hacia el Ideal del yo. Así es planteado por Freud (1914/1979) en su obra *Introducción al narcisismo* donde sostiene que el sujeto "no quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia [...] procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido" (p. 91). Esta formulación permite comprender cómo el Ideal del yo se produce como respuesta frente a esta pérdida inevitable. De este modo, la perfección que el niño se atribuía a sí mismo en la primera infancia, libido narcisista, será desplazada a la condición de un deber ser, dirigiendo este amor hacia un nuevo referente idealizado. Esta especie de modelo se ubica en una instancia de ideal que proyecta hacia el futuro y por medio de la cual el sujeto orienta sus aspiraciones. El Ideal del yo le indica al sujeto como debe actuar, funciona como una guía de los propósitos que el sujeto debe alcanzar y establece lineamientos de valoración personal.

La transformación que ocurre de la imagen idealizada del yo al Ideal del yo, es retomada por Lacan que permite profundizar el planteamiento freudiano sin abandonar el comienzo, establece una diferenciación entre el Yo ideal e Ideal del yo, a través de la formulación del estadio del espejo. El primero se constituye dentro del registro imaginario, dado que la identificación del infante está relacionada con la imagen unificada de sí mismo, generando así una ilusión de completud frente al cuerpo fragmentado que se experimentó en un inicio, es aquella imagen perfecta que el sujeto quiere ser. A diferencia del Ideal del yo que se articula desde el registro simbólico, ya no es la imagen que el sujeto visualiza en el espejo, sino, la posición en la que se ubica dentro del campo del Otro –lenguaje, leyes y mandatos- desde la cual el sujeto será mirado, evaluado y reconocido.

En el *Seminario 1: Los escritos técnicos de Freud*, Lacan (1953-1954/1981) se plantea que "el ideal del yo dirige el juego de relaciones de las que depende toda relación con el otro. Y de esta relación con el otro depende el carácter más o menos satisfactorio de la estructuración imaginaria" (p. 214).

La lectura lacaniana precisa que el Ideal del yo no es una construcción individual, sino, es una instancia que sostiene la valoración narcisista del sujeto, pero se encuentra atravesado por significantes y expectativas del Otro. Por lo tanto, la organización de los vínculos del sujeto y la búsqueda de reconocimiento dependen del lugar que el sujeto supone ocupar en el Otro. Esta forma de inscripción muestra como la formación del Ideal del yo implica una vinculación a las primeras relaciones del sujeto, dentro de las cuales se encuentra el complejo de Edipo donde los primeros significantes parentales desempeñan el lugar de ley y se relacionan con las identificaciones constitutivas del sujeto. Esta concepción resulta congruente con el trabajo realizado por Freud, por ello, es necesario profundizar en estos conceptos.

La constitución del Ideal del Yo.

La construcción del Ideal del yo, no puede comprenderse únicamente a través del narcisismo primario, como se mencionó con anterioridad se encuentra relacionada con los procesos de identificación, pues es un mecanismo que posibilita que determinados rasgos o referencias provenientes de los otros adquieran un lugar en la propia organización del sujeto. Desde esta perspectiva, la identificación es un proceso que ocurre de manera inconsciente, mediante el cual asimila un aspecto de otra persona y comienza desde la infancia del sujeto. Bajo esta misma línea, de acuerdo con Freud (1921/1979) “La identificación es conocida al psicoanálisis como la manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona, y desempeña un importante papel en la prehistoria del complejo de Edipo.” (p. 41). Esta conceptualización permite comprender cómo la identificación del sujeto se encuentra en el origen de los vínculos humanos. Antes de que pueda reconocerse como un yo diferenciado e incluso construir relaciones complejas con los otros, propios del complejo de Edipo, el sujeto logra establecer lazos afectivos en los que incorpora rasgos significativos. Por esta razón, es considerado como un mecanismo fundamental que conforma la subjetividad y como organizador de los vínculos sociales.

A partir de esta definición, la conceptualización freudiana en la *obra Psicología de las masas y análisis del yo* desarrolla dimensiones

fundamentales para explicar la identificación. Al respecto, de manera condensada, Freud (1921/1979) sostiene que:

En primer lugar, la identificación es la forma más originaria de ligazón afectiva con un objeto; en segundo lugar, pasa a sustituir a una ligazón libidinosa de objeto [...] mediante introyección del objeto en el yo [...]; y, en tercer lugar, puede nacer a raíz de cualquier comunidad que llegue a percibirse en una persona que no es objeto de las pulsiones sexuales. Mientras más significativa sea esa comunidad, tanto más exitosa podrá ser la identificación parcial y, así, corresponder al comienzo de una nueva ligazón. (p. 101)

En otras palabras, la primera modalidad que se presenta corresponde a la identificación primaria; durante este momento se establece que el bebé asimila rasgos de figuras significativas, como los de la madre y el padre, para consolidar su propio yo. Debido a esta incorporación, se establecen los primeros lazos afectivos que funcionan como la base de futuras identificaciones. Es la forma más primitiva del vínculo afectivo y ocurre dentro de la primera infancia, el sujeto se encuentra inmerso en un campo de relaciones donde recibe palabras, expectativas y prohibiciones que permiten construir referencias para su propia posición, incluso, aunque no exista aún una diferenciación marcada entre el sujeto y objeto. Esta identificación precede a las elecciones de objeto y es uno de los elementos iniciales que intervienen en la constitución psíquica del sujeto.

Más tarde, este proceso evoluciona a una dimensión sustitutiva, que se define como la identificación secundaria. Aparece cuando el sujeto logra renunciar al objeto amoroso con investidura libidinal y dirigirlo al propio interior, esta sustitución se da por medio de la introyección de determinados rasgos del objeto en el yo. Sin embargo, no desaparece por completo el vínculo con el objeto, puede dejar una marca en el sujeto y encuentra una nueva vía de conservación a través de la identificación. En esta modalidad, la identificación funciona como sustituto de la elección de objeto, por ende, transforma un vínculo dirigido hacia el exterior en una modificación del propio yo.

Resulta necesario diferenciar la identificación del ideal del yo, la formación del primer concepto no es un proceso aislado, a medida que el

infante se inserta en los vínculos familiares y sociales incorpora rasgos de figuras significativas, resultando estos en identificaciones. Sin embargo, cumplen con funciones diferentes, para distinguir estas nociones, se debe tener en cuenta que la identificación es un proceso donde el sujeto asimila un rasgo del semejante para modificar la estructura del yo. El ideal del yo se sostiene bajo la lógica del anhelar, entonces, la identificación moldea al yo. Mientras, que el ideal del yo establece los criterios de modelo con los que ese Yo se evalúa de manera constante, pues las prohibiciones y las exigencias transmitidas por los padres junto con la cultura son incorporados por el sujeto, convirtiéndose en referencias internas.

Esta diferenciación adquiere importancia para comprender cómo el sujeto transcurre el complejo de Edipo. En este momento, se introduce una organización de los vínculos afectivos con las figuras parentales, pues adquieren simultáneamente una dimensión amorosa y rivalizante. Para la resolución de esta forma de vínculo, ocurre una transformación de las relaciones que mantenía el niño con esos objetos, pero, no supone una desaparición de los vínculos; por el contrario, aquello que se abandona en la elección de objeto puede conservarse mediante identificaciones. De esta forma, los rasgos parentales pueden permanecer inscritos en la economía psíquica del sujeto de forma diferente.

En la obra *El ello y el yo* de Freud (1923/1979) señala que “el ideal del yo es, por lo tanto, la herencia del complejo de Edipo [...] Mientras que el yo es esencialmente representante del mundo exterior, de la realidad, el superyó se le enfrenta como abogado del mundo interior” (p. 37). Esta afirmación permite comprender cómo la constitución del Ideal del yo se relaciona con las identificaciones producidas durante la resolución del complejo de Edipo. Durante esta etapa el niño dirige sus deseos amorosos hacia uno de los progenitores y entra en conflicto con el otro colocándolo en el lugar de rival; este deseo infantil le genera temor a la castración y encuentra límite en la prohibición del incesto. Así, el infante descubre que no puede ser el único objeto de amor de uno de sus figuras parentales.

La resolución de este complejo exige que el sujeto abandone estas posiciones primarias junto con las investiduras libidinales hacia los padres, pero las figuras significativas de la infancia no desaparecen con la renuncia

de los deseos edípicos. El sujeto por medio del mecanismo de introyección internaliza los ideales, valores y figuras de autoridad, transformándose en un referente que guiará sus aspiraciones futuras. Pues la energía libidinal colocada sobre el objeto externo es reorientada hacia el yo, produciendo la transformación en identificaciones permanentes.

Por tal motivo, se habla de herencia edípica a aquello que al inicio aparece como una autoridad externa y culmina siendo incorporado por el sujeto bajo la forma de una instancia interna transformada en criterios de valoración de sí mismo. Mientras tanto, el Yo intenta responder a las exigencias del exterior; el Ideal del yo guarda rastro de los deseos, las prohibiciones y las identificaciones que atravesó el sujeto en la etapa infantil. Es así como los ideales se entienden como estructuras psíquicas investidas afectivamente y ligadas al destino de la libido.

Por otra parte, es importante diferenciar la noción del Ideal del yo con el Superyó, ambas nociones quedan vinculadas al compartir el mismo origen edípico. El superyó encarna las funciones de prohibición, exigencia y moralidad parentales que han sido interiorizadas, mientras que el Ideal del Yo es el modelo de perfección al que el sujeto aspira llegar. Sin embargo, Mejia (1999) en su artículo *El ideal del yo bajo la tutela del superyó* destaca que “el superyó siempre tendrá razones para castigar al sujeto ya que éste nunca podrá estar a la altura de los ideales” (p. 4). En este sentido, el castigo superyoico surge de la distancia entre el yo y el ideal al que aspira, pues la función del Superyó introduce una exigencia constante respecto de los ideales que orientan al sujeto.

El Ideal del Yo es el resultado de un proceso en el que el otro significativo, las identificaciones, la renuncia edípica y los ideales transmitidos por el entorno participan en la organización de una referencia interna. Con la constitución de esta instancia podrá cumplir funciones de orientación, valoración y reconocimiento, aspectos que serán desarrollados en el siguiente apartado.

Funciones del ideal del yo en la vida psíquica

Una vez constituido el Ideal del yo, a partir de las identificaciones infantiles y de la resolución del complejo de Edipo, este concepto adquiere una serie de funciones que participan activamente en la organización psíquica. Entonces, esta instancia no solo conserva los ideales y referencias incorporadas por el sujeto, también, funciona como un punto referencial desde el cual el sujeto evalúa sus acciones, organiza sus aspiraciones y busca reconocimiento en el ámbito social.

Una de las principales funciones es operar como una instancia de autoevaluación, consiste en servir como un patrón de medida con el cual el Yo actual se compara de manera continua. Como previamente se revisó en otros apartados, el Ideal del yo opera como el sustituto del narcisismo infantil perdido convirtiéndose en una referencia frente a la cual el sujeto puede compararse (Freud, 1914/1979 p. 91). En este sentido, el yo se confronta con aquello que considera ideal, esta medición influye directamente con la manera en que el sujeto se percibe y se valora a sí mismo.

La relación del Ideal del yo con la autoevaluación es desarrollada por Freud (1914/1979) “Una parte del sentido del yo es primaria, el resto del narcisismo infantil; otra parte proviene del sentimiento de omnipotencia confirmado por la experiencia (el cumplimiento del ideal del yo) ...” (p. 97). Cuando el sujeto se aproxima a este ideal le generan sentimientos de satisfacción y valoración personal, puesto que la libido es devuelta al Yo; mientras que la percepción de una distancia significativa puede generar en el sujeto sentimientos de insuficiencia. Sin embargo, en el texto de Mejía (1999) menciona que la comparación entre el Yo y el Ideal del Yo deja siempre un cierto saldo de insatisfacción, porque ningún sujeto puede coincidir completamente con la representación ideal que ha construido de sí mismo. De este modo, los ideales funcionan como estándares mediante los cuales el sujeto evalúa su posición frente a los otros y construye una imagen de sí mismo, participando así activamente en la construcción de la autoestima.

Si bien, esta noción de Ideal del yo resulta importante en relación con la valoración de sí mismo, sus efectos también se vinculan a la búsqueda de reconocimiento por parte de los otros. Debido a que, el sujeto no busca aproximarse a sus ideales únicamente para sentir satisfacción personal, sino

para sostener una posición frente a los demás, en vista de que se relaciona con el lugar desde el cual el sujeto busca ser visto y valorado por los otros, empujando al sujeto a salir de su propio narcisismo e inscribirse en el lazo social. Entonces, los ideales operan como metas personales, pero simultáneamente se encuentran registrados en el campo de los vínculos significativos que atraviesa el sujeto y su relación con los otros.

La necesidad de encontrar un lugar en el afuera es el resultado de la ley inaugurada en el sujeto, que provoca un límite a la imagen construida inicialmente, de ser objeto que completa al otro, el sujeto elabora una referencia con la cual pueda guiarse en relación con ese Otro. Desde esta lógica, Mejía (1999) señala que “el sujeto al no ser todo para el otro construye una representación de sí mismo a la que anhela parecerse con el fin de recuperar una satisfacción narcisista, como también con el fin de merecer el amor del otro” (p. 3). Esto conlleva a que el amor no es asegurado únicamente por la sola existencia del sujeto, más bien se articula con aquello a lo que busca parecerse, y esta representación le puede permitir responder a lo que supone que el Otro valora. Así, el sujeto reconoce que la mirada del Otro tiene un valor simbólico, porque debe alinearse con las insignias y valores que el Otro valida, por lo tanto, procura aproximarse para garantizar el ser alojado y sostener su lugar frente de los demás.

Desde la perspectiva de Lacan (1957-1958/1999) en el seminario 5 “...toda identificación del tipo Ideal del yo se debía a la puesta en relación del sujeto con ciertos significantes del Otro que llamé insignias...” (p. 312). El surgimiento de los ideales se sostiene en una red de significaciones investidas de valor por el Otro, por lo tanto, el impacto de los ideales en el sujeto radica en su inscripción dentro del orden simbólico compartido. El reconocimiento del Otro se busca mediante la encarnación de estas insignias validadas colectivamente. De esta manera, el sujeto busca alcanzar estos referentes comunes para situarse como digno de amor y de reconocimiento por el Otro.

La demanda de reconocimiento se articula con la función de pertenencia y lazo social, puesto que los ideales también participan en la construcción de los vínculos colectivos, ya que pueden ser compartidos por distintos sujetos y funcionar como elementos de unión grupal. A partir de este enfoque, la orientación común a un mismo ideal favorece la producción de

lazos entre los sujetos y posibilita formas de pertenencia grupal. En este sentido, Bazzano (2009) "El ideal es la vía real de socialización del inconsciente [...] es por el ideal que se desanudan las aporías del inconsciente y de lo social. Es por este concepto que advertimos el destino social del inconsciente" (p. 59).

El Ideal del yo es un punto de encuentro entre la dimensión inconsciente y lazo social, puesto que intervienen en la manera en que el sujeto se inscribe en los vínculos con los otros. Esto, implica que el sujeto puede hacer lazo social al alojar las marcas originadas desde el campo del Otro lo que genera la construcción de puntos de identificación compartidos con otros. Así, la pertenencia puede comprenderse como una dimensión del lazo social; el sujeto no pertenece únicamente por encontrarse dentro de un grupo, sino la pertenencia a una comunidad se sostiene por la articulación simbólica con los ideales que circulan en la cultura. Al compartir ciertos ideales le permiten establecer al sujeto coordenadas simbólicas que pueden favorecer la construcción de una posición subjetiva dentro de los vínculos sociales.

Asimismo, el Ideal del yo cumple una función organizadora dentro de la economía psíquica del sujeto. Por medio de esta instancia, el sujeto establece metas, organiza proyectos y dirige esfuerzos en torno a determinados estándares considerados deseables, permitiendo asignar un sentido a las acciones. De esta manera, el ideal del yo no solo forma una referencia para evaluar al sujeto, sino que también encamina aquello que aspira a llegar a ser. Puesto que, estas aspiraciones aparecen atravesadas por los ideales que han tomado importancia en la historia particular del sujeto, motivo por el que esta instancia se encuentra implicada en la organización de los proyectos de vida en la cultura.

En definitiva, el Ideal del yo es fundamental en la organización psíquica del sujeto, es la instancia que permite la evaluación a sí mismo, orientar las aspiraciones, buscar reconocimiento y establecer vínculos con los otros. Esta última función posibilita las experiencias de pertenencia que permiten al sujeto inscribirse en un determinado campo simbólico. Sin embargo, durante la adolescencia las identificaciones y los ideales que se construyeron en la infancia atraviesan por transformaciones como consecuencia de diversos

cambios corporales y psicológicos. Por ello, resulta necesario examinar los cambios que esta instancia experimenta durante la adolescencia y las funciones que desempeña en este momento del desarrollo.

CAPÍTULO 3

Identificaciones, lazo social y banda criminal en la cultura contemporánea.

El despertar adolescente y la búsqueda de referentes

Hasta este punto se ha señalado que la adolescencia supone una reorganización de la posición subjetiva frente al cuerpo, el deseo y las figuras de autoridad. Estos cambios también hacen que el adolescente empiece a buscar nuevas personas o espacios con los que pueda identificarse. A medida que deja atrás algunas referencias propias de la infancia, necesita encontrar otros puntos de apoyo que le ayuden a comprender lo que está viviendo y a darle sentido a esta nueva etapa. Por esa razón, los referentes empiezan a ocupar un lugar importante en su vida.

Durante la infancia, esas primeras referencias suelen ser los padres. Es con ellos que el niño aprende las primeras normas, construye sus ideales y empieza a entender la forma en que funciona el mundo que lo rodea.

No obstante, la adolescencia introduce una modificación progresiva en esta relación. El joven empieza a reconocer que los adultos poseen límites, contradicciones e incluso dudas similares a las suyas. Aquellas figuras que antes parecían responder a todas las preguntas dejan de ocupar un lugar absoluto y aparece la necesidad de buscar otras personas con quienes identificarse.

Freud (1909) ya había señalado este movimiento en *La novela familiar de los neuróticos*. Allí sostiene que “en el individuo que crece, su desasimiento de la autoridad parental es una de las operaciones más necesarias, pero también más dolorosas, del desarrollo” (p. 217). Esta separación no implica romper el vínculo afectivo con la familia, sino modificar el lugar que esta ocupa dentro de la vida psíquica. El adolescente continúa necesitando a sus padres, pero ya no exclusivamente como modelos de identificación. Poco a poco comienza a buscar fuera del ámbito familiar otras figuras capaces de orientar su deseo. Para profundizar en el origen de este movimiento psíquico, Freud (1993) precisa lo siguiente:

El desasimiento respecto de la autoridad de los padres es uno de los actos más necesarios, pero también más dolorosos, del desarrollo del

individuo. Se trata de un proceso imprescindible para la evolución del sujeto y de la sociedad misma, en tanto permite la renovación de los ideales. (p. 217)

Esta búsqueda no responde únicamente al interés por conocer personas nuevas. En realidad, expresa una necesidad subjetiva de reorganizar la identidad. Cuando el adolescente se encuentra con alguien cuya manera de pensar, actuar o enfrentar la vida despierta admiración, puede producirse una identificación que contribuya a responder, aunque sea de forma parcial, a la pregunta sobre quién quiere llegar a ser. Por ello, las nuevas figuras de referencia cumplen una función que va mucho más allá de la simple convivencia cotidiana.

Durante la adolescencia es normal que algunos jóvenes empiezan a fijarse en personas que les despiertan admiración. Puede ser un profesor al que respetan, un entrenador, un familiar o incluso alguien conocido. Lo que realmente influye no es la persona por sí sola, sino aquello que el adolescente encuentra en ella. Tal vez admire su seguridad, la manera en que enfrenta los problemas o la forma en que se relaciona con los demás. Poco a poco va tomando algunas de esas características y las hace parte de su propia manera de verse y de actuar.

Lacan (1962) explica que la identificación se encuentra relacionada con la constitución del sujeto, señalando que “lo que está en juego debe ser propiamente, en la identificación, la relación del sujeto con el significante” (p. 4). Desde esta perspectiva, las identificaciones no pueden entenderse solamente como elementos que definen al sujeto de manera total, sino como procesos vinculados con los significantes mediante los cuales este mismo se constituye. Esto permite comprender el por qué, durante la adolescencia, algunas referencias de la infancia pueden perder importancia mientras aparecen nuevas figuras y referentes con los que el joven establece mediante los procesos de identificación.

Este movimiento también explica el lugar privilegiado que adquieren los pares durante esta etapa. Compartir experiencias semejantes facilita la construcción de vínculos donde el adolescente se siente comprendido sin necesidad de justificar constantemente aquello que le ocurre. Las dudas relacionadas con el cuerpo, la sexualidad, la autonomía o el futuro encuentran

eco en otros jóvenes que atraviesan situaciones parecidas. De esta manera, el grupo de amigos deja de ser únicamente un espacio de entretenimiento para convertirse en un escenario donde circulan identificaciones, ideales y formas de reconocimiento.

No obstante, sería un error pensar que todos los adolescentes buscan los mismos referentes. La elección de determinadas figuras depende de múltiples factores relacionados con la historia de cada sujeto. Las experiencias familiares, las condiciones sociales, el contexto cultural e incluso los acontecimientos traumáticos pueden influir en aquello que el adolescente considera digno de admiración. Por esta razón, dos jóvenes que viven en un mismo barrio o asisten a la misma institución educativa pueden construir identificaciones completamente diferentes.

Rassial (1999) sostiene que la adolescencia representa un momento en el que el sujeto necesita producir nuevas referencias para responder a las transformaciones propias de este periodo. El autor señala que “esta dificultad vuelve a poner en cuestión las identificaciones infantiles” (p. 99). Asimismo, el autor plantea que se pasa “de la identificación restringida o familiar a la identificación general en lo social” (p. 99). Esta reorganización implica que algunas identificaciones infantiles dejan de resultar suficientes y que el adolescente debe encontrar nuevas referencias para situarse frente a los otros. Esta conmoción subjetiva es descrita por Gutton (1993), autor que sostiene que “el advenimiento de la pubertad impone un rompimiento con el saber infantil, exigiendo al adolescente el hallazgo de nuevos objetos que amortigüen la irrupción de lo pulsional y de lo inédito en su cuerpo” (p. 82).

Es precisamente durante este recorrido cuando determinados grupos comienzan a ejercer una influencia significativa. Durante la adolescencia no basta con encontrar personas que tengan los mismos gustos o intereses. También aparece la necesidad de sentirse parte de un grupo, de saber que hay un lugar donde es aceptado y donde su presencia tiene importancia para los demás. Cuando el adolescente encuentra ese espacio, muchas de las dudas e inseguridades propias de esta etapa pueden hacerse más llevaderas. Por esta razón, entender el papel de los grupos implica mirar más allá de la idea de que solo sirven para relacionarse con otras personas. También

cumplen una función importante en la forma en que el joven va construyendo su identidad y su sentido de pertenencia.

Desde el psicoanálisis, los grupos constituyen escenarios donde el sujeto reorganiza sus identificaciones y construye nuevas formas de relacionarse con el deseo, aspecto que será desarrollado en el siguiente apartado.

El Ideal del Yo en la adolescencia

Freud no desarrolló una teoría de la adolescencia como una etapa independiente, pero sí otorgó un lugar importante a la pubertad dentro de su teoría de la sexualidad. En *Tres ensayos de teoría sexual*, cuestionó la creencia de que la sexualidad aparece por primera vez durante esos años. Para Freud la vida sexual tiene antecedentes infantiles y la pubertad introduce una nueva organización de procesos que ya estaban presentes. Al iniciar el apartado dedicado a las metamorfosis de la pubertad, afirma "Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva" (Freud, 1978, p. 189). Esta afirmación resulta importante porque evita pensar la pubertad como una reorganización de la sexualidad infantil y no como el punto de inicio de la sexualidad.

Las pulsiones parciales, las primeras formas de satisfacción y las elecciones de objeto construidas durante la niñez atraviesan modificaciones que conducen al sujeto hacia una nueva forma de relación con los otros. Al respecto, Freud (1979) sostiene "La pulsión sexual se pone ahora al servicio de la función de reproducción; se vuelve, por así decir, altruista." (p. 200). La transformación puberal introduce una diferencia en las pulsiones que se encontraban fragmentadas, en esta etapa se subordinan y organizan bajo una nueva meta siendo la genitalidad y la reproducción. En este sentido, Freud (1979) "La pulsión sexual era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla al objeto sexual." (p. 189).

Estas formulaciones permiten comprender que la pubertad implica una reorganización de las experiencias previamente constituidas en la infancia. Esta perspectiva permite introducir una distinción entre pubertad y adolescencia; mientras la primera se remite a las transformaciones corporales

y pulsionales descritas por Freud, la segunda se comprende como el trabajo subjetivo que se produce frente a la irrupción con la pubertad.

En esta línea, Alexandre Stevens argumenta "la adolescencia es el síntoma de la pubertad" (Stevens, 2019 p. 1). Esto permite reforzar la idea de cómo la adolescencia no es una etapa evolutiva ni puede reducirse a una crisis, la pubertad introduce un encuentro con algo nuevo frente a lo cual el sujeto no posee una respuesta establecida, entendiendo el síntoma como una respuesta singular del sujeto frente a la irrupción. Sin embargo, esta respuesta no es estandarizada para los adolescentes, más bien, cada sujeto debe encontrar una manera singular de hacer frente a este encuentro y estas formas de responder se articulan a las referencias construidas durante la infancia que pueden ser cuestionadas.

Esta reorganización que caracteriza a la adolescencia tiene efectos sobre las referencias establecidas en la infancia, pues durante este periodo las figuras parentales son fundamentales para la identificación, la autoridad y la transmisión de ideales. La pubertad introduce nuevas preguntas frente a las cuales estas referencias pueden perder parte de su consistencia, dado que las posiciones infantiles no resultan suficientes para responder a las nuevas experiencias que atraviesa el sujeto. Entonces, los referentes infantiles no desaparecen, solo se transforma la relación con estos ideales porque se encuentran inscritos en la historia del sujeto, por lo tanto, se abre la posibilidad de establecer nuevas referencias.

En este punto, los desarrollos de Mitre permiten articular la transformación propia de la adolescencia con el Ideal del yo (2011) "La relación a los Ideales parentales vacila; la posición infantil de creer en el Otro vacila" (párr. 18) Esta formulación permite comprender cómo la renuncia de la posición infantil que estaba marcada por la dependencia y la garantía que le ofrecía las figuras parentales, para asumir una nueva postura frente a sus propios actos. Por último, para transitar hacia la salida al campo social es necesario reconocer que la figura de los padres como ideales perfectos ni una autoridad absoluta no son realistas, por lo tanto, la investidura afectiva que era dirigida a ellos se desplace hacia referentes externos.

Es fundamental comprender esta transformación puesto que tiene efectos sobre el Ideal del Yo, como se desarrolló con anterioridad, esta

instancia permite al sujeto orientarse respecto aquello que considera deseable y conformar un lugar desde el cual espera ser reconocido. Por lo tanto, se modifica el campo por medio del cual el sujeto podía construir y sostener sus ideales. Este proceso puede entenderse como una búsqueda renovada de reconocimiento en el campo del Otro, en el *Seminario 10: La angustia* Lacan (1962-1963/2006) sostiene que “el deseo del hombre es el deseo del Otro” (p. 32). Por ello, cuando las referencias culturales cambian, también operan en la producción de ideales que orientan aquello que cada época considera valioso se ve afectado.

Durante la adolescencia, esta demanda de reconocimiento adquiere una intensidad particular debido a que las referencias que anteriormente garantizaban un lugar para el sujeto ya no resultan suficientes. El adolescente busca entonces nuevos espacios donde ser reconocido, valorado e inscrito simbólicamente. En el texto *El síndrome de la adolescencia normal* Knobel et al. (1988) sostiene que:

Por otro lado, figuras parentales no muy estables ni bien definidas en sus roles, pueden aparecer ante el adolescente como desvalorizadas y obligarlo a buscar identificaciones con personalidades más consistentes y firmes, por lo menos en un sentido compensatorio o idealizado (p. 99)

Así, la destitución de los ideales parentales como referencias únicas constituye la condición necesaria para que el Ideal del Yo se articule con nuevas insignias en el espacio social, abriendo la vía para la adscripción al grupo de pares y la elección de nuevos referentes en la cultura. Por esta razón, la adolescencia puede comprenderse como un momento privilegiado de reconfiguración del Ideal del Yo. Los ideales infantiles son revisados, algunos son abandonados y otros son reformulados a partir de nuevas identificaciones y experiencias. En este proceso, el sujeto intenta construir referencias capaces de orientar sus aspiraciones, sostener su autoestima, favorecer el reconocimiento y ofrecer un lugar dentro del lazo social. De este modo, el Ideal del Yo continúa desempeñando una función organizadora fundamental, aunque bajo nuevas coordenadas acordes a las transformaciones propias de la adolescencia.

La función de los grupos en la adolescencia

La búsqueda de referentes conduce, de manera casi inevitable, al encuentro con otros adolescentes, con la llegada de la adolescencia, el lugar que antes ocupaban casi exclusivamente los padres comienza a compartirse con otros vínculos. Los grupos de pares adquieren una importancia particular porque ofrecen un espacio donde el joven puede sentirse reconocido, compartir experiencias y encontrar nuevos referentes con los cuales identificarse. Considerando esto, Bohórquez López y Rodríguez-Cárdenas (2014) señalan que “a través de los grupos de amigos, los adolescentes buscan construir y reconstruir su identidad, un sentido de pertenencia, la posibilidad de compartir estilos de vida y la presencia de empatía emocional” (p. 329). La familia sigue ocupando un lugar importante en la vida del adolescente, aunque ya no es el único espacio desde el cual construye su manera de verse a sí mismo y de relacionarse con quienes lo rodean, en esta etapa, acercarse a un grupo de pares es parte de un proceso esperable del desarrollo, estar con otros jóvenes que atraviesan cambios similares le permite sentirse comprendido y acompañado en un momento de muchas preguntas e incertidumbres, temas como las transformaciones del cuerpo, la sexualidad, los vínculos o el futuro dejan de vivirse únicamente en soledad, porque encuentran un lugar donde pueden ser hablados y compartidos con quienes están pasando por experiencias parecidas, por ello, el grupo ofrece un espacio en el que el adolescente puede expresar lo que siente, poner en palabras sus inquietudes y descubrir que muchas de sus dudas también forman parte de la experiencia de otros. En esos encuentros no solo encuentra compañía, también empieza a probar distintas formas de relacionarse y, poco a poco, va descubriendo aspectos de sí mismo que antes no reconocía.

Sobre este aspecto, Freud (1921/1979), en *Psicología de las masas y análisis del yo*, explica que la vida psíquica del individuo se encuentra vinculada con sus relaciones con los demás. Para el autor, “en la vida anímica individual, aparece integrado siempre, efectivamente, «el otro», como modelo, objeto, auxiliar o adversario” (p. 67). Esta idea permite comprender por qué, durante la adolescencia, los vínculos con los pares son muy importantes y de

hecho pueden convertirse en una parte relevante de los procesos de identificación y construcción subjetiva.

Esta idea permite comprender que el grupo no representa únicamente un conjunto de individuos reunidos por afinidades, sino un escenario donde se producen identificaciones que participan activamente en la constitución de la subjetividad.

La adolescencia intensifica esta necesidad de reconocimiento. El sujeto comienza a otorgar un valor creciente a la opinión de quienes pertenecen a su mismo grupo, ya que dicha valoración contribuye a consolidar una imagen relativamente estable de sí mismo. Ser aceptado por los pares produce un efecto diferente al reconocimiento proveniente de los padres. Mientras este último se encuentra ligado a los vínculos construidos durante la infancia, el reconocimiento entre semejantes aparece asociado a la posibilidad de ocupar un lugar propio dentro del mundo social.

No resulta extraño, entonces, que muchas decisiones tomadas durante esta etapa se encuentren relacionadas con el deseo de pertenecer. La manera de vestir, los gustos musicales, el lenguaje utilizado o las actividades compartidas suelen convertirse en formas mediante las cuales el adolescente expresa su integración a un determinado grupo. Estas manifestaciones no deben interpretarse únicamente como intentos de imitación. En numerosas ocasiones constituyen recursos que permiten fortalecer el sentimiento de pertenencia y disminuir la incertidumbre propia de este momento de la vida. Como fundamenta Kaës (1996) a partir de la perspectiva del psicoanálisis grupal, “el grupo de pares funciona como un apuntalamiento indispensable donde el sujeto encuentra una matriz de intersubjetividad que le permite sostener el tambaleo de su propia identidad” (p. 115)

No obstante, formar parte de un grupo no significa dejar de lado la propia forma de ser, cada adolescente encuentra una manera distinta de ubicarse dentro de ese espacio y de relacionarse con quienes lo integran. Algunos suelen asumir un papel de liderazgo, otros prefieren mantenerse más reservados y hay quienes logran sentirse valorados por sus capacidades o por la forma en que se vinculan con los demás, esto permite comprender que, aunque compartan un mismo grupo, cada adolescente vive esa experiencia de manera diferente y construye un lugar propio dentro de él. Cada uno vive

esa experiencia de forma distinta y encuentra su propia manera de relacionarse con quienes lo rodean, construyendo así un lugar particular dentro del grupo.

En relación con esto, Kaës (1995) explica que un grupo no puede entenderse únicamente como la reunión de varias personas. Cuando alguien pasa a formar parte de un grupo, también entra en contacto con formas de pensar, normas, valores e ideales que son compartidos por sus integrantes. Para explicar esto, el autor señala que “este contrato está fundado sobre identificaciones mutuas, sobre representaciones e ideales comunes, sobre alianzas conjuntas y sobre renunciamentos recíprocos” (p. 13). Estas características influyen, de una u otra manera, en cómo cada persona interpreta lo que vive, se relaciona con los demás y construye su propia experiencia.

Desde esta perspectiva, la pertenencia grupal no transforma únicamente las relaciones sociales del adolescente, sino también la manera en que organiza su mundo interno, esta observación resulta especialmente importante para comprender el lugar que ocupan los grupos durante la adolescencia. El joven no encuentra únicamente compañía; encuentra una narrativa compartida sobre quiénes son sus integrantes, qué valores los identifican y cuál es el lugar que ocupan frente a otros grupos. Dicho de otro modo, el grupo proporciona una identidad colectiva que facilita la construcción de una identidad personal. Esta función es precisa en la teorización de Kaës (1996), quien afirma que “el grupo constituye un aparato psíquico común que ofrece las garantías necesarias para la inscripción del sujeto en el conjunto social, aportando certezas e ideales en momentos de reestructuración identitaria” (p. 89).

Al mismo tiempo, el grupo funciona como un espacio donde pueden ponerse a prueba distintas formas de ejercer la autonomía. Las decisiones ya no dependen exclusivamente de los padres, sino que comienzan a negociarse entre los propios adolescentes. Organizar actividades, resolver conflictos o establecer acuerdos permite desarrollar experiencias diferentes a las vividas dentro del ámbito familiar. Estas situaciones favorecen el aprendizaje de responsabilidades y fortalecen progresivamente la capacidad para tomar decisiones propias.

No obstante, la influencia del grupo no siempre se orienta hacia experiencias que favorezcan el desarrollo subjetivo. La función que éste desempeñe dependerá, en gran medida, de los ideales que compartan sus integrantes y del lugar que otorguen a quienes forman parte de él. Existen grupos que promueven la cooperación, el respeto y la participación comunitaria, mientras que otros encuentran cohesión alrededor de la violencia, el poder o la oposición a las normas establecidas. En ambos casos existe un sentido de pertenencia, pero la forma en que cada grupo influye en la vida del adolescente puede ser muy distinta.

Desde el psicoanálisis, el interés no está en decir si pertenecer a un grupo es bueno o malo. Lo importante es comprender qué representa ese grupo para quien forma parte de él. ¿Qué encuentra allí que no logra encontrar en otros espacios? ¿Por qué decide quedarse? ¿Qué lugar siente que ocupa dentro del grupo? Responder a estas preguntas permite entender que una misma experiencia puede tener significados diferentes para cada adolescente, porque depende de su historia, de sus necesidades y de la manera en que vive sus vínculos con los demás. Al respecto, Rassial (1999) enfatiza la singularidad de este pasaje al señalar que “el adolescente no cae en el actuar delictivo por simple determinación del entorno, sino como una respuesta subjetiva ante la imposibilidad de tramitar por la vía del lenguaje la ruptura con el orden infantil” (p. 104).

Responder estas preguntas permite comprender por qué algunos adolescentes desarrollan vínculos protectores a través de grupos deportivos, culturales o comunitarios, mientras que otros establecen identificaciones con organizaciones cuya cohesión se sostiene mediante prácticas violentas o delictivas.

La pertenencia grupal constituye, entonces, una pieza fundamental para comprender la adolescencia. No solo facilita la construcción de nuevas identificaciones, sino que también ofrece un espacio donde el sujeto intenta responder a las preguntas abiertas por la pubertad. Esta función explica que determinados grupos adquieran una enorme importancia dentro de la vida del adolescente y permite introducir el análisis de aquellas organizaciones donde la identidad colectiva se construye alrededor de la criminalidad y la violencia. Comprender por qué algunos jóvenes encuentran allí un lugar de

reconocimiento constituye el siguiente paso para el desarrollo de esta investigación.

Adolescencia y vinculación a bandas criminales

La participación de adolescentes en bandas criminales es un fenómeno que ha adquirido una creciente relevancia en distintos países de América Latina debido al incremento de organizaciones dedicadas al narcotráfico, al sicariato, la extorsión y otros delitos que incorporan cada vez con mayor frecuencia a jóvenes entre sus integrantes. Aunque este problema suele abordarse desde perspectivas jurídicas, criminológicas o sociológicas, el psicoanálisis propone una lectura diferente. Su interés no se centra exclusivamente en el delito cometido, sino en comprender qué función llega a ocupar la organización criminal dentro de la vida psíquica del adolescente.

Reducir este fenómeno a la pobreza o a la violencia social conduciría a explicaciones incompletas. Si bien estos factores aumentan las condiciones de vulnerabilidad, no permiten comprender por qué dos adolescentes expuestos a circunstancias similares pueden construir trayectorias completamente distintas. No todos los adolescentes encuentran ese sentido de pertenencia en los mismos lugares. Algunos lo construyen en la escuela, practicando un deporte o a través de un trabajo. Otros, en cambio, terminan encontrándose dentro de una banda. Allí sienten que alguien los toma en cuenta, que ocupan un lugar y que forman parte de algo más grande que ellos. En este caso, Cerbino (2009) señala que “aquella misma pertenencia significa una manera de evitar que el niño o adolescente vea anulada la oportunidad de concretar una necesidad: que como un ser social construya relaciones por medio de las cuales reciba afecto y encuentre el tanto ansiado reconocimiento” (p. 150). Por eso, entender por qué un joven ingresa a una organización delictiva implica mirar más allá de las condiciones del entorno. También es necesario preguntarse qué estaba buscando y por qué ese grupo llegó a tener tanto significado en su vida.

Desde el psicoanálisis, el interés no está puesto únicamente en el delito. La pregunta va un poco más allá: ¿qué encontró ese adolescente dentro de la banda que no pudo encontrar en otros espacios? En muchos casos, el grupo le ofrece algo que antes le hacía falta. Allí puede sentirse

reconocido, escuchado o importante para otros. También encuentra un lugar desde donde relacionarse con los demás y construir una forma de verse a sí mismo. Esto se sustenta con lo que mencionan Cerbino y Rodríguez (2008) señalan que “se trata de una pertenencia de hecho y no de derecho pues es posible en la medida en que los miembros se circunscriben a una dimensión cotidiana dentro de un mundo sensible y de afectos, que los hace mutuamente reconocibles” (p. 49). Esa es una de las razones por las que, para algunos jóvenes, abandonar la banda puede resultar mucho más difícil de lo que parece, ya que, la pertenencia ofrece una identidad relativamente estable en un momento de la vida caracterizado precisamente por la incertidumbre.

Este aspecto resulta especialmente significativo si se considera que la adolescencia constituye una etapa de intensa búsqueda de reconocimiento. Cuando la familia, la escuela u otros espacios no logran acompañar ese proceso, algunos adolescentes encuentran en las organizaciones delictivas un lugar donde sentirse reconocidos y valorados, su incorporación no responde únicamente al interés por el dinero o el poder, en muchos casos también está relacionada con la necesidad de pertenecer, de ser vistos por otros y de encontrar un lugar desde el cual construir una identidad.

Freud (1979), en *El malestar en la cultura*, sostiene que la vida en sociedad exige que el sujeto renuncie a una parte de sus satisfacciones pulsionales para hacer posible la convivencia con los otros. Como afirma el autor, “lo que llamamos nuestra cultura está construido, en buena parte, sobre la sofocación de pulsiones” (Freud, 1979, p. 96). Esta renuncia, sin embargo, nunca se produce sin consecuencias, ya que da lugar a un malestar permanente en la relación entre el sujeto y la cultura. Desde esta perspectiva, cuando la familia, la escuela u otras instituciones dejan de ofrecer al adolescente un lugar de referencia y reconocimiento, este puede buscar esos puntos de apoyo en otros espacios. En algunos casos, las organizaciones delictivas llegan a ocupar parcialmente esa función, al proporcionar normas, formas de pertenencia y figuras de autoridad que les permiten a sus integrantes sentirse reconocidos y encontrar un lugar dentro del grupo. Para comprender cómo opera la quiebra institucional en este punto, Freud (1930/1993) profundiza al respecto sosteniendo:

Frente al estado original de desamparo (*Hilflosigkeit*) y a la insuficiencia de las instituciones para asegurar la protección del sujeto, la cultura exige sacrificios pulsionales que, de no ser retribuidos con amparo y reconocimiento, empujan al individuo a buscar sustitutos defensivos fuera de la ley. (p. 85)

Las bandas criminales poseen precisamente estas características. Suelen estructurarse alrededor de jerarquías definidas, rituales de ingreso, formas particulares de comunicación y normas internas cuyo cumplimiento resulta indispensable para permanecer dentro del grupo. Para quienes observan estas organizaciones desde fuera, una banda suele verse únicamente como un grupo dedicado a cometer delitos. Sin embargo, para muchos de los adolescentes que forman parte de ella, la experiencia es diferente. Dentro del grupo encuentran reglas, responsabilidades y un lugar que les da la sensación de pertenecer a algo. En algunos casos, esa estabilidad es justamente lo que no han logrado encontrar en otros espacios de su vida.

Sentirse reconocido también tiene un peso importante. Muchos jóvenes cuentan que antes de ingresar a una banda pasaban desapercibidos en su familia, no se sentían valorados en la escuela o pensaban que no tenían un lugar donde realmente importan. Al incorporarse al grupo, esa experiencia cambia. Se les asignan responsabilidades, sus habilidades son tomadas en cuenta y empiezan a sentirse parte de una comunidad. Aunque ese reconocimiento está relacionado con actividades delictivas, responde a una necesidad que ya existía mucho antes de su ingreso. Como sostiene Krauskopf (2006) “el ingreso del adolescente a la agrupación armada responde primordialmente a una búsqueda de visibilidad e inclusión en una estructura social que previamente lo ha marginado y despojado de significación” (p. 77)

Por otro lado, Kaës (2000) ayuda a comprender este proceso al explicar que los grupos no se mantienen unidos únicamente porque sus integrantes persigan un mismo objetivo. De hecho, Kaës sostiene que los grupos no solo reúnen personas, sino que también van construyendo formas compartidas de pensar, de relacionarse y de comprender lo que viven quienes los integran.

En este sentido, el autor señala que “es en esos grupos donde se establecen y transmiten los contratos que organizan los saberes comunes, los ideales compartidos, los sistemas de defensa y de protección mutuos” (p. 14). A partir de ello se fortalecen los vínculos y el sentido de pertenencia entre sus miembros. Esta idea ayuda a entender por qué algunos adolescentes permanecen dentro de una banda incluso cuando hacerlo implica riesgos, más allá del dinero o del miedo a salir, muchas veces lo que los mantiene allí es haber encontrado un lugar donde sienten que son reconocidos, donde su presencia tiene valor y donde, de alguna manera, han comenzado a construir parte de su identidad.

De igual manera, Philippe Gutton (1993) señala que la adolescencia implica un proceso de elaboración frente a las transformaciones introducidas por la pubertad. En este sentido, sostiene que “la pubertad impone una discontinuidad o, mejor dicho, una continuidad en desconstruir/reconstruir” (p. 31). A partir de esta perspectiva, puede considerarse que el adolescente requiere espacios donde pueda elaborar las transformaciones propias de este momento. Cuando aquellos espacios no son encontrados en instituciones protectoras, la búsqueda puede orientarse hacia grupos que ofrecen pertenencia inmediata, aunque esta se encuentre sostenida sobre grupos que realicen comúnmente actos violentos. Asimismo, cabe considerar que esto no significa que toda dificultad adolescente conduzca inevitablemente a la delincuencia, sino que la necesidad de encontrar un lugar dentro del lazo social puede ser respondida de maneras muy diferentes según las condiciones particulares de cada sujeto y del contexto donde el mismo se desarrolla.

En coherencia con esto, Gutton (1993) agrega que “cuando la trama familiar o social no provee el soporte para simbolizar el cambio del cuerpo puberal, el joven puede recurrir a actos y agrupaciones violentas para hacer consistir su existencia mediante la fuerza del colectivo” (p. 118).

Mirar este fenómeno de esa manera ayuda a evitar explicaciones demasiado simples. No todos los adolescentes ingresan a una banda por las mismas razones. En algunos casos influyen las dificultades económicas, en otros los conflictos familiares, el entorno o las experiencias que cada uno ha vivido. Ninguno de estos factores, por sí solo, explica por qué un joven decide

permanecer dentro de una organización de este tipo. Cada historia es diferente y necesita ser comprendida en su propio contexto.

Desde el psicoanálisis, el interés está precisamente en escuchar esa singularidad. Más que buscar una única causa, propone preguntarse qué lugar ocupa la banda en la vida de ese adolescente y qué encuentra allí que no ha podido construir en otros espacios. Solo a partir de esas preguntas es posible comprender la función que esa organización llega a tener dentro de su historia.

En consecuencia, analizar la vinculación de adolescentes a bandas criminales exige considerar que estas organizaciones no sólo reclutan personas para la comisión de delitos. También ofrecen identidad, reconocimiento, ideales compartidos y una forma de pertenecer. Estos elementos ayudan a comprender por qué algunos jóvenes permanecen en ellas incluso cuando conocen los riesgos que implican. A partir de esta comprensión, el siguiente capítulo profundizará en los procesos de identificación, la constitución del Ideal del Yo y la psicología de las masas desarrollados por Sigmund Freud, conceptos que permitirán explicar con mayor detalle los mecanismos psíquicos que sostienen la cohesión grupal y la permanencia de los adolescentes dentro de organizaciones criminales.

El líder como figura de autoridad en el grupo

La existencia de un líder hace de por sí uno de los elementos más constantes en la organización de los grupos humanos. Independientemente de su tamaño, finalidad o contexto, las agrupaciones usualmente se establecen en posiciones diferenciadas en las cuales las responsabilidades se distribuyen además de regular las relaciones entre sus integrantes y orientarse a acciones colectivas. Por eso, ante esta perspectiva, el liderazgo no se debe de entender como una función de autoridad solamente que permite organizar el funcionamiento del grupo, sino además forma parte de ese sostén que hace posible sostener una estructura jerárquica reconocida por quienes forman parte de ella.

En el caso de las bandas criminales, esta organización tiene mucha importancia, ya que su duración como tal depende de la existencia de estas normas internas además de cadenas de mando y las formas en la que ocurre la distribución del poder. Tal como se desarrolló en el capítulo anterior, estas

agrupaciones no se componen solamente por personas que participan en actividades de índole ilegal, sino por sujetos que ocupan diferentes rangos y posiciones en una estructura ya organizada. Algunos miembros cumplen funciones de ser los que dirigen, otros ejecutan tareas específicas dentro del propósito de la organización y otros responden a decisiones provenientes de quienes ocupan los niveles superiores de esta jerarquía. Como consecuencia a esto, comprender la función del líder implica analizar a su vez el cómo se constituye una posición de mando capaz de ordenar el vínculo entre los integrantes y garantizar cierta estabilidad dentro de la organización.

Esta lectura exige distinguir el concepto de autoridad de otros conceptos con los que suele confundirse generalmente, como la violencia o la coerción. Pues si bien numerosas organizaciones criminales utilizan mecanismos de intimidación para controlar a sus miembros, la obediencia no se puede explicar solamente por el hecho de temerle al castigo. La autoridad como tal supone, además, un reconocimiento simbólico por parte de quienes integran el grupo visto más allá de solo ser alguien jerárquicamente superior. Es decir, el líder ocupa un lugar que resulta legítimo para los demás, siendo que, precisamente por ello, sus decisiones son valiosas para organizar la estructura colectiva. Entonces, la jerarquía no se sostiene solamente porque exista la posibilidad de ejercer violencia, sino porque los integrantes reconocen una posición desde la cual se establecen normas, se distribuyen funciones y hace que se regulen las relaciones internas. Esta distinción entre violencia y autoridad legítima es precisada por Arendt (1970), quien sostiene que “la autoridad requiere siempre del respeto hacia la persona o hacia el cargo; el mayor enemigo de la autoridad, por ende, es el desprecio, y el medio más seguro de minarla es la risa o la imposición por la sola fuerza” (p. 60).

Aquella diferencia permite comprender que en toda organización es necesaria de algún principio de estos. En las instituciones educativas, por ejemplo, existen autoridades que coordinan el funcionamiento institucional; otro ejemplo puede ser en las familias, donde aparecen figuras responsables de establecer determinados límites; además que en los grupos sociales suelen surgir personas que asumen tareas de guía o de ejemplo para el resto. Del mismo modo, las bandas criminales desarrollan formas particulares de liderazgo que organizan la participación de sus miembros y delimitan los

lugares que cada uno ocupa dentro de la agrupación. Por ello, el interés de este apartado no consiste netamente en describir las características psicológicas del líder individualmente solo como el cargo que ocupa, sino en comprender qué función cumple la autoridad en la organización grupal y por ende la función simbólica que posee para el grupo

Desde el punto de vista de la psicología social, Sigmund Freud fue uno de los primeros autores en proponer que la cohesión de una masa depende de la presencia de una figura de conducción. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, el autor sostiene que los grupos no solamente es la suma de sus individuos, sino una formación colectiva y organizada alrededor de determinados vínculos que hacen posible su permanencia. Dentro de esta organización, el conductor o el líder ocupa un lugar privilegiado porque actúa como punto de referencia para coordinar las acciones del conjunto y hacer que el grupo pueda seguir unido. Freud (1979) expresa esta idea cuando afirma que:

“La masa es un rebaño obediente que jamás podría vivir sin amo; posee un ansia tan intensa de obedecer que instintivamente se somete a cualquiera que se erija en su señor.” (p. 116).

La importancia de esta formulación radica en que desplaza la explicación de la autoridad hacia una dimensión mayormente estructural. En este caso, el autor no afirma que los sujetos obedezcan única y exclusivamente por la fuerza ni que el conductor posea un poder natural o instintivo sobre los demás. Más bien señala que la propia forma en la que se organiza la masa favorece la constitución de un lugar desde el cual alguien puede ejercer el mando. Dicho de otra forma, la autoridad aparece entonces como una posición necesaria para mantener la cohesión del grupo y orientar el comportamiento colectivo hacia su propósito subjetivo. Freud (1992) profundiza en esta condición estructural al plantear que “Una masa primaria [...] es una multitud de individuos que han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su ideal del yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo” (pp. 109-110)”

Esta propuesta resulta especialmente importante al momento de analizar las bandas criminales, ya que permite comprender que la jerarquía constituye un elemento organizador de la vida grupal más allá de solo servir

como algo que el grupo debe de respetar. Esto indica que la existencia de un jefe, un dirigente o un líder no responde únicamente a la distribución práctica de funciones, sino a la necesidad de establecer un punto de coordinación desde el cual circulen las decisiones y se regulen las relaciones entre los miembros. De este modo, la autoridad tiene una función que va más allá de la individualidad de quien ocupa ese lugar, pues incluso cuando un líder es reemplazado, la estructura jerárquica permanece y otro integrante puede asumir la posición de mando, haciendo de esta manera que se mantenga la continuidad de la organización.

Esta continuidad hace posible pensar que el liderazgo pertenece, antes que nada, al orden de la estructura como tal. Los grupos sobreviven porque las posiciones pueden ser ocupadas por diferentes sujetos sin que desaparezca la lógica que se encarga de organizar las relaciones entre ellos. En consecuencia, el análisis de la autoridad debe dirigirse hacia la función que cumple el lugar de mando dentro del grupo y no únicamente hacia las características personales de quien lo ejerce. Será precisamente esta distinción la que permitirá, en el siguiente apartado, comprender cómo esa posición de autoridad puede transformarse posteriormente en una referencia ideal para los miembros de la masa.

Considerando lo anteriormente dicho, la autoridad que ejerce un líder dentro de un grupo no surge de manera espontánea o simplemente porque sí, sino más bien se construye a partir de una organización jerárquica que distribuye posiciones y responsabilidades entre sus propios integrantes. Toda estructura colectiva necesita establecer diferencias entre quienes dirigen y quienes ejecutan determinadas funciones mandadas por estos líderes pero que son igual de importantes al representar una función grupal. Esto ya que aquella diferenciación permite coordinar las acciones del grupo y garantizar su continuidad. En este sentido, la jerarquía constituye un principio organizador que delimita los lugares ocupados por cada miembro y establece un orden interno que posibilita que el grupo funcione gracias al ámbito colectivo.

En las bandas criminales, aquella distribución adquiere una forma particularmente visible debido a la existencia de lo que se conoce como cadenas de mando, rangos y funciones claramente diferenciadas. Cómo se

desarrolló anteriormente, algunos integrantes asumen tareas de vigilancia, otros participan en actividades operativas y un grupo reducido ocupa posiciones desde las cuales se toman decisiones y se asignan responsabilidades a otros miembros del grupo. Estas diferencias no representan sólo una organización a la hora de realizar parte del trabajo grupal, sino que configuran una estructura de autoridad mediante la cual cada sujeto pueda reconocer el lugar que ocupa dentro de la organización.

Desde esta perspectiva, la obediencia no debería de interpretarse exclusivamente como una respuesta automática frente al poder. La masa desarrolla una disposición particular hacia la organización, justo donde la presencia del conductor permite unificar voluntades y orientar las acciones de los individuos. Aquella misma obediencia responde a la existencia de un orden compartido que organiza la vida grupal y hace posible que múltiples sujetos actúen como un solo colectivo relativamente cohesionado. De esta manera, la autoridad posee mayormente una función reguladora más allá de que permite disminuir la dispersión de los miembros y favorecer la permanencia del grupo.

Aquella idea resulta especialmente importante ya que permite diferenciar dos fenómenos distintos. Por un lado, el uso de la violencia como mecanismo de coerción. Por otro lado, el reconocimiento de una autoridad como principio de organización. Aunque ambos pueden coexistir dentro de una misma agrupación, no son necesariamente equivalentes. La violencia obliga mientras que la autoridad organiza. Es decir, el castigo busca imponer una conducta mediante el temor, la autoridad en cambio establece un lugar desde el cual las normas adquieren legitimidad para quienes han de participar en la estructura grupal. En consecuencia, el liderazgo no se sostiene solo porque exista la posibilidad de sancionar y ya, sino porque los integrantes realmente reconocen una posición capaz de coordinar el funcionamiento del grupo.

Aquella dimensión del reconocimiento ha sido ampliamente desarrollada por Mauro Cerbino en sus investigaciones sobre pandillas juveniles en Ecuador. El autor sostiene que la organización de estos grupos se da mediante las relaciones de honor, respeto y prestigio, elementos que regulan la convivencia diaria entre sus integrantes. En este sentido, afirma

que “el honor, el respeto y el reconocimiento constituyen principios que organizan las relaciones entre los miembros de la pandilla” (Cerbino, 2004, p. 43).

De ahí que la importancia de esta formulación consista en comprender que el respeto no aparece únicamente como una consecuencia de la violencia, sino como una forma de legitimación de la autoridad. Por ende, para estos grupos, un líder conserva su posición porque los demás integrantes reconocen su capacidad para dirigir, resolver conflictos, distribuir funciones y representar al mismo grupo frente a otras organizaciones. De esta manera, el reconocimiento colectivo fortalece la estabilidad de la jerarquía y contribuye a mantener el orden interno de toda la agrupación. Complementando esto, se puede tomar la visión de Reguillo (2012) que explica que en las agrupaciones juveniles “el prestigio y el respeto no se imponen por un decreto abstracto, sino que son el resultado de un capital simbólico que el líder administra y que el colectivo válida en la cotidianidad de la calle” (p. 114).

A partir de ello, puede afirmarse que la autoridad también forma parte de una relación social. Pues ningún sujeto puede ocupar el lugar de líder de manera aislada, ya que su posición depende de la existencia de otros que reconozcan ese lugar dentro de la estructura grupal. Esto significa que el mando necesita ser sostenido constantemente mediante prácticas cotidianas de legitimación. Algunas de ellas podrían ser el cumplimiento de normas, la resolución de conflictos o la capacidad de organizar las acciones colectivas. Por ende, la autoridad no pertenece exclusivamente al individuo, sino más bien a la relación que se establece entre quien dirige y quienes aceptan ser dirigidos.

Esta lectura encuentra un desarrollo importante en los enunciados de Jacques Lacan cuando introduce la noción del *discurso del amo* como una modalidad de organización del vínculo social. En lugar de comprender el poder únicamente como una propiedad individual. Considerando esto, Lacan (1992) señala que “lo que hace el discurso del amo es situar el significante amo en la posición de mando, desde donde interpela al saber para producir la regulación del lazo social y la distribución de los lugares” (p. 21). El discurso del amo entonces no describe simplemente a una persona autoritaria y ya,

sino a una estructura donde un lugar simbólico ordena las posiciones de quienes participan en el lazo social.

Desde esta perspectiva, la autoridad forma parte de una dimensión fundamentalmente simbólica. Pues quien ocupa el lugar del amo no ejerce el mando únicamente por sus características personales, sino porque representa realmente a una posición reconocida dentro de una determinada organización. El poder circula precisamente porque los integrantes responden a ese lugar y organizan sus acciones en función de él. Por eso, esta idea resulta especialmente útil para comprender a las bandas criminales, ya que ahí es donde la jerarquía se sostiene mediante normas, códigos y posiciones previamente establecidas que continúan existiendo incluso cuando cambian las personas que ocupan los niveles superiores de la estructura de este grupo.

En resumen, la función del líder puede entenderse como la ocupación de un lugar desde el cual se articulan las relaciones de autoridad, se distribuyen responsabilidades y se preserva la organización colectiva. Aquí es cuando el liderazgo aparece como una condición estructural para el funcionamiento del grupo antes que como una cualidad psicológica del individuo.

Considerando esto, la organización jerárquica de un grupo no depende solo de la existencia de un individuo que ejerza autoridad, sino además de una estructura que sea capaz de distribuir lugares y establecer relaciones de mando entre sus integrantes. A partir de esta perspectiva, el líder representa entonces a una posición simbólica que permite articular el funcionamiento colectivo y otorgar coherencia a las acciones del grupo. La función del líder consiste en organizar, coordinar y sostener un orden interno que haga posible la permanencia de la agrupación, independientemente de las características personales de quien ocupe ese lugar.

Esta idea puede comprenderse con mayor profundidad a partir del discurso del amo propuesto por Jacques Lacan. El discurso del amo no describe simplemente a una persona dominante, sino el modo en el que se relaciona el significante ocupa en el lugar de mando y cómo se organizan las posiciones de quienes participan en el lazo social. En consecuencia, la autoridad entonces se sostiene ya que existe una estructura simbólica que reconoce ese lugar y orienta las relaciones entre los miembros del grupo.

Desde esta lectura, el poder no solo debe entenderse exclusivamente como una capacidad individual para imponer la voluntad sobre los demás. La eficacia del mando depende de que los integrantes puedan reconocer la legitimidad de la posición ocupada por quien la dirige. Esto significa que la autoridad necesita del Otro para poder sostenerse, por eso un líder aislado, sin sujetos que respondan a su palabra o a las normas que representa, pierde esta función organizadora que define su lugar dentro de la estructura colectiva. La autoridad, por tanto, forma parte de una relación y no una propiedad exclusivamente personal.

Con esto dicho, cabe considerar que el significante de autoridad establece un orden, distribuye funciones y determina quién puede o no puede enunciar las reglas que regulan el funcionamiento del grupo. Esta propuesta resulta especialmente útil para comprender a las bandas criminales, pues en ellas es donde las jerarquías no dependen únicamente del prestigio de un sujeto, sino de una estructura previamente constituida que continúa operando aun cuando cambian quienes ocupan los puestos superiores.

En las mismas organizaciones criminales, esta estabilidad puede observarse en la continuidad de las cadenas de mando. Esto se ve mayormente cuando un líder es capturado, abandona la agrupación o pierde su posición. Al hacerlo, otro integrante suele asumir ese lugar sin que desaparezcan las normas, los códigos o la organización interna. Este fenómeno demuestra que la autoridad pertenece fundamentalmente a la estructura y que los individuos ocupan posiciones previamente definidas por la lógica del mismo grupo. La jerarquía entonces funciona como un dispositivo que puede garantizar la continuidad institucional de la banda más allá de la permanencia de sus miembros.

Esta observación permite establecer una diferencia importante entre liderazgo y dominación. Pues mientras la dominación puede sostenerse exclusivamente a través del uso de la fuerza, el liderazgo implica algo más allá, siendo esto la existencia de un reconocimiento que otorga legitimidad a quien ocupa la posición de autoridad. Incluso, esto mismo se puede notar en contextos donde existen prácticas violentas, ya que aquí, la estabilidad del grupo requiere algo más que el temor, necesita normas compartidas, distribución de responsabilidades y un orden jerárquico que haga posible

coordinar y planificar las acciones de los integrantes. De esta manera, la obediencia aparece como un fenómeno social organizado alrededor de una estructura de autoridad y no solo como la respuesta de un castigo frente a las acciones que hace o no el grupo o algún integrante de este.

En el caso de los adolescentes vinculados a bandas criminales, es sumamente importante pensar en lo anteriormente dicho, ya que el ingreso a la organización implica también aprender el funcionamiento de esa jerarquía. En este caso, el nuevo integrante reconoce progresivamente quiénes ocupan posiciones de mando, cuáles son las normas que regulan la convivencia dentro del grupo y qué responsabilidades corresponden a cada lugar dentro de la misma estructura. Por ello, antes de identificarse con determinados valores o de admirar a un líder específico, el adolescente busca incorporarse a un orden grupal donde la autoridad se organiza en cuanto a las relaciones cotidianas y asimismo pueda delimitar a los lugares posibles de participación. Acerca de este proceso de inserción, Krauskopf (2006) explica que “la adopción de las jerarquías por parte del joven en la banda ofrecerá un principio de ordenamiento frente a la desestructuración de su entorno, actuando la cadena de mando como un andamiaje que otorga certidumbre a sus conductas” (p. 91).

Por eso es importante comprender la función del líder desde la organización grupal, ya que al hacerlo es posible explicar cómo las bandas criminales se logran sostener en una estructura relativamente estable mediante jerarquías, normas y posiciones de autoridad. De esta forma, el liderazgo aparece como una condición necesaria para coordinar varias funciones, siendo que algunas de estas son el funcionamiento colectivo, la acción de distribuir funciones y el hecho de mantener la cohesión interna del grupo.

El líder como sustituto del Ideal del yo

La unión entre los miembros de los grupos no surge por coincidir en una actividad o espacio juntos, sino, porque los sujetos se reconocen como semejantes al compartir una misma referencia simbólica, que organiza los modos de vínculos y orienta las acciones dentro del grupo. En concordancia

con esta propuesta, según Freud (1921/1979), “Mientras más significativa sea esa comunidad, tanto más exitosa podrá ser la identificación parcial y corresponder [...] una nueva ligazón [...] la ligazón recíproca entre los individuos de la masa tiene la naturaleza de una identificación de esa clase” (pp. 101). En otras palabras, la cohesión grupal se sostiene por la percepción de un elemento compartido entre los individuos. No basta con compartir un espacio o función en común; es necesario que aquello que se comparta tenga un gran valor subjetivo para los miembros. De esta forma, la nueva ligazón denominada como identificación horizontal reduce las diferencias individuales donde los integrantes se someten a los mismos imperativos, favoreciendo la experiencia de semejanza entre los miembros de la masa, generando pertenencia y reconocimiento en los miembros.

Dentro de este vínculo, el Yo se reconoce en el otro; por lo tanto, se anulan temporalmente las rivalidades narcisistas que normalmente fragmentan las relaciones humanas. Por medio de la identificación horizontal, los miembros se convierten en pares dado que comparten una igualitaria posición de subordinación estructural y dicha comunidad se encuentra medida por la relación que cada integrante posee con el mismo ideal. Esto crea el sentimiento de hermandad y soporte mutuo que caracteriza la vida interna de la masa. No obstante, la identificación no implica una coincidencia total entre los miembros, sino el reconocimiento de un rasgo común que funciona como punto de unión.

La identificación entre los integrantes constituye uno de los mecanismos que favorecen la unión de la masa, sin embargo, esta cohesión se articula alrededor de una referencia común hacia la cual se dirigen las investiduras de sus miembros. La figura del líder adquiere una función particular para los integrantes, pues la masa solicita además una referencia común capaz de concentrar las investiduras libidinales del conjunto y encaminar sus ideales. Es justamente esta función la que será ocupada por la figura del líder, Freud argumenta “El conductor de la masa sigue siendo el temido padre primordial [...] El padre primordial es el ideal de la masa, que gobierna al yo en reemplazo del ideal del yo” (Freud, 1921/1979, p.121).

La alusión al padre primordial no se compone de una simple analogía histórica, sino que es una manera de explicar la lógica psíquica que sostiene

el liderazgo dentro de la masa y cómo éste moviliza formas de autoridad consolidadas. Freud recurre a esta figura para evidenciar cómo el conductor ocupa un lugar privilegiado respecto a los demás miembros, similar a la posición que el padre de la horda mantenía frente a sus hijos. El líder está investido de atributos que evidencian su lugar de autoridad dentro de la masa y lo ayudan a distinguirse de los otros.

Por ende, como la identificación horizontal no es suficiente para sostener el vínculo entre miembros, lo que posibilita la continuidad de la masa es la identificación vertical con el líder. Esta segunda línea no se rige por la simetría, más bien, por una desigualdad absoluta. Mientras que los integrantes se identifican entre sí en sus respectivos yo, todos los seguidores dirigen su libido en una sola dirección hacia la figura del líder. Todos los miembros admiran y obedecen de forma indiscutible al líder, puesto que el sujeto desprende de su propio Yo sus características críticas para transferir al líder total estimación y colocándolo en una posición de infalibilidad

Este argumento permite comprender cómo el líder no desempeña solamente una posición jerárquica dentro del grupo. Carrión (2025) en su artículo *El líder y su discurso sin palabras* menciona “El éxito del líder no depende solo de sus atributos, sino de la proyección colectiva del ideal del yo en su figura” Su papel consiste en encarnar el ideal compartido por los integrantes de la masa, convirtiéndose en un modelo desde el cual organiza los ideales y criterios de pertenencia en el grupo. La autoridad del líder proviene tanto de su poder efectivo, como del lugar simbólico que ocupa para los miembros del grupo, porque es investido de cualidades que lo distinguen y que pueden convertirlo en una referencia para las aspiraciones de los sujetos. Más adelante argumenta “Pero, en todos los colectivos, la pertenencia demanda la proyección mayor o menor, aunque siempre inconsciente, del ideal del yo en la persona del líder o conductor” (Carrión, 2025, p. 37). Con esta premisa, se puede afirmar que la cohesión grupal no se explica únicamente por la identificación horizontal entre los integrantes. Entonces, la masa funciona en tanto existan ideales compartidos, pero también la figura de una referencia en común que organice los vínculos. La figura del líder cumple esta función al considerarse como punto de orientación

para las identificaciones, los valores y los ideales que circulan dentro de la colectividad.

Este fenómeno responde a una transformación en la economía de la libido, puesto que el sujeto otorga parte de su soberanía yoica en compensación de las sensaciones experimentadas como protección por la pertenencia al colectivo. Esto posibilita que los grupos logren una consistencia simbólica e imaginaria capaz de regular los comportamientos de los integrantes de la masa. La consistencia grupal se organiza a partir de una doble línea de investidura, donde la primera pieza es la identificación horizontal entre los integrantes. Este enlace se fundamenta en la tercera identificación que planteó previamente Freud, la identificación de un rasgo o interés común.

El Ideal del Yo y las transformaciones contemporáneas de la autoridad

Las referencias ideales del sujeto se encuentran en estrecha relación con las transformaciones sociales y culturales, estas modificaciones han tenido efecto en las formas tradicionales en las que se construían. El Ideal del yo, aunque, desempeña una función orientadora en la vida psíquica, las figuras y valores que ocupan dicho lugar son moldeables a las condiciones históricas y culturales de cada época. Esta contemporaneidad se caracteriza por una reconfiguración de las formas de autoridad y de los modos de reconocimiento que anteriormente ofrecían estabilidad a los procesos de identificación.

En la obra de Miller y Laurent denominada *El Otro que no existe y sus comités de ética*, los autores argumentan “En esta decadencia o minusvalía del ideal entra ciertamente la desconfianza contemporánea, el malestar con el significante amo, la promoción de la forma de la red, el ocaso de las figuras de autoridad” (Miller & Laurent, 1996/2005, p. 364). Esta formulación, permite pensar en cómo los referentes universales que funcionan como organizadores de la experiencia colectiva atraviesan por una pérdida de confianza. Por lo tanto, estas referencias actualmente ya no operan como una orientación simbólica.

En esta línea Bernal (2004) en su artículo *La caída de los ideales o el Otro que no existe* retoma los planteamientos de Miller y Laurent argumentando que “Hoy en día, nos dice Miller, el Otro se nos revela en su ruina. La Idea mayúscula, la tradición y hasta el sentido común han dejado de brindarnos seguridad” (párr. 1). Al debilitarse esta garantía simbólica, el Ideal del Yo pierde parte de sus funciones como guiar el sujeto, causando que frente a esta falta de certeza el sujeto se encuentre desorientado al no tener aquello que ordene su lugar en el mundo. Por lo que, puede conllevar al sujeto una búsqueda esta restitución de certeza en planos más reducidos e inmediatos. El mismo autor, más adelante señala “los ideales universales establecidos sobre certidumbres identificatorias milenarias, son entonces desmentidas por la actual globalización” (Bernal, 2004, párr. 6). Las transformaciones ideales repercuten en las formas de identificación de los sujetos, pues ya no encuentran en las instituciones clásicas como el estado, la escuela y la familia los puntos de orientación que a diferencia de otros momentos históricos. Más que una desaparición de los ideales, lo que se observa es una reconfiguración de las referencias que orientan la vida subjetiva. El sujeto al encontrarse con esta fragmentación comenzará a construir agrupamientos que se sostienen en rasgos identificatorios comunes encontrando cohesión en las formas compartidas de satisfacción y pertenencia, en palabras del autor “cuando las identidades se fragmentan, tienden a reagruparse en torno a una serie de rasgos identificatorios mínimos, cuya consistencia proviene de alguna forma de satisfacción o de goce que se tiene en común, con un grupo posible de individuos” (Bernal, 2004, párr. 22)

Entonces, cómo los ideales se encuentran atravesados por las condiciones discursivas de cada época, la transformación de las formas de autoridad también implica una modificación de aquello que adquiere valor para ser considerado como referencia para los sujetos. Sin embargo, la transformación de la autoridad no implica la ausencia de regulación, sino la modificación de los lugares desde los cuales esta puede ser ejercida. Esto tiene efecto sobre las dinámicas institucionales como lo señala Duscharzky et al. (2002) en su obra *Chicos en banda*:

La impotencia instituyente habla entonces de la caída no solo de estos referentes o patrones de identidad, sino de la propia autoridad

simbólica, es decir de discursos que interpelen, nombren, convoquen a los sujetos, les asignen un lugar en la trama social y los habiliten para la constitución de sus propios discursos (p. 33).

Las transformaciones de las instituciones y de las formas de subjetivación, describen un escenario en el que las referencias institucionales tradicionales pierden la capacidad de organizar las experiencias juveniles. Resulta relevante para pensar la relación del sujeto con sus referentes ideales, cuando estas determinadas figuras institucionales pierden parte de su capacidad para funcionar como referentes comunes, otros vínculos pueden adquirir un valor particular para los sujetos. El Ideal del Yo, en este punto, puede ser situado en relación con un escenario contemporáneo en el que las referencias de autoridad no se sostienen en la ley, sino en la inmediatez de la presencial grupal

Cuando la autoridad simbólica tradicional declina, las figuras que encarnan reconocimiento pueden llegar a ocupar el lugar del Ideal del yo para un grupo. La fragmentación de los ideales origina el surgimiento de nuevos espacios grupales y nuevas figuras referenciales que adquieren valor para el colectivo. Esto permite comprender cómo la figura del líder en una agrupación como una banda emerge donde el Otro institucional falla, percibiendo al líder como un soporte de ideales, identificaciones y capaz de restituir el ordenamiento subjetivo de los integrantes.

CAPÍTULO 4

Metodología

Enfoque de la investigación

Para indagar sobre la relación entre el sentido de pertenencia a las bandas criminales y el Ideal del Yo en los adolescentes es pertinente realizarla desde un enfoque cualitativo, a partir del análisis de materiales documentales. Este enfoque permite aproximarse a la complejidad del fenómeno subjetivo privilegiando la comprensión de significados a diferencia de la estandarización de resultados, mediante la interpretación de discursos, relatos y producciones simbólicas. De acuerdo con Hernández et al. (2018) “se enfoca en comprender los fenómenos, explorándolos desde la perspectiva de los participantes en un ambiente natural y en relación con su contexto” (p. 358). El interés se centró en analizar cómo se configuran las experiencias de pertenencia y los ideales en adolescentes vinculados a bandas criminales. Del mismo modo, este abordaje metodológico no pretendió controlar variables, por el contrario como argumenta Denzin & Lincoln (2012) “los investigadores cualitativos estudian las cosas en sus escenarios naturales, tratando de entender o interpretar los fenómenos en función de los significados que las personas les dan” (p. 49). Es así, como este enfoque brindó las herramientas conceptuales para explorar cómo los relatos articulan la vivencia de los sujetos en función con los ideales y pertenencia.

Paradigma

La investigación se inscribió dentro del paradigma interpretativo, el cual concibe la realidad social como una construcción de significados producidos por los sujetos, concordando con el enfoque. Martínez (2013) señala:

La base epistemológica de este paradigma es el construccionismo de Seymour Papert que se detona a partir de la concepción de aprendizaje según la cual, la persona aprende por medio de su interacción con el mundo físico, social y cultural en el que está inmerso. Así que el conocimiento será el producto del trabajo intelectual propio y resultado de las vivencias del individuo desde que nace (p. 4).

En este sentido, el conocimiento pretende comprender el sentido que organizan los fenómenos estudiados y no relaciones causales universales. Por ello, el análisis se realizará a partir de categorías teóricas relacionadas con el Ideal del Yo, la pertenencia grupal y la función del líder.

Alcance

La investigación se registra en un alcance descriptivo, puesto que su interés central es caracterizar las bandas criminales, las formas de pertenencia que se producen en su interior y la función que adquieren determinadas figuras de liderazgo dentro de estas agrupaciones junto con la constitución del Ideal del Yo. Desde esta perspectiva, Hernández et al. (2014) señala que los estudios descriptivos tienen como propósito “especificar las propiedades, las características y los perfiles de personas, grupos, comunidades, procesos, objetos o cualquier otro fenómeno que se someta a un análisis” (p. 92). Por lo tanto, se pretendió describir las particularidades presentes en los fenómenos abordados como sus características y significados que adquieren dentro del análisis documental, favoreciendo una comprensión ordenada de las categorías que estructuran el problema de investigación.

Técnica de recolección de información e instrumento

La técnica principal de recolección de información será el análisis documental audiovisual de carácter cualitativo, esto permitió examinar una producción cinematográfica pertinente para el análisis del fenómeno estudiado. Este análisis se orientará hacia las representaciones presentes en la película en relación con el sentido de pertenencia, el Ideal del Yo y la figura del líder.

Se considera pertinente la utilización de documentos dentro del enfoque cualitativo, para Hernández et al. (2014) “Una fuente muy valiosa de datos cualitativos son los documentos, materiales y artefactos diversos. Nos pueden ayudar a entender el fenómeno central de estudio” (p. 415). El foco de estudio está dirigido al discurso, significados y representaciones que surgen alrededor del sentido de pertenencia, la figura del líder y el Ideal del

Yo. Como instrumento se plantea una matriz que permita el análisis documental elaborada a partir de categorías teóricas que permitan cruzar las variables.

Tabla de operacionalización de variables

Categorías	Subcategorías	Definición conceptual	Preguntas
Sentido de pertenencia	Conceptualización de la banda criminal	Cerbino (2004) “las pandillas deben comprenderse como espacios donde el protagonismo de la palabra permite dar cuenta de las subjetividades juveniles, más allá de las cifras de delitos y arrestos” (p. 5) Observatorio Ecuatoriano de Crimen Organizado y la Fundación Panamericana para el Desarrollo (2025) señalan que “diferentes bandas criminales han incrementado progresivamente su presencia mediante el control territorial y su participación en actividades relacionadas con la extorsión, el tráfico de drogas, el secuestro y otras prácticas violentas, esta expansión también ha favorecido la incorporación de niños y adolescentes dentro de sus estructuras” (p. 22)	¿Cuáles son las funciones en las que se hallan relacionados los adolescentes en la estructura interna de una banda criminal?

	Estructura y organización de la banda criminal	Alvarado (2019) señala que las organizaciones criminales pueden presentar estructuras internas distintas: “La división de tareas y jerarquías tiene principios burocráticos; Puede ser centralizada, una federación, o sistema de redes. Tiene una estructura laboral extensa con gerentes, empleados, contadores, abogados, trabajadores; tiene mecanismos de reclutamiento y membrecía” (p. 26).	
	La función del líder en las bandas criminales	Kaës (1996), quien sostiene que “el lugar de la función del líder en la estructura grupal es, antes que nada, la de garantizar un principio de consistencia y ley interna que evite el estallido pulsional entre sus miembros” (p. 112).	¿Cuál es la función del líder en la estructura grupal de las bandas criminales?
	Sentimiento de pertenencia a la banda criminal	Cerbino (2004) señala que “entre los miembros de los grupos pandilleros, se exige reconocimiento por medio de lo que designan como respeto” (p. 56). Cerbino (2004) En este sentido, señala que “la pandilla, como comunidad emocional que ampara, apoya y da	¿Qué tipo de reconocimiento considera usted que los adolescentes buscan por parte de los miembros de las bandas criminales?

		protección, al mismo tiempo brinda la posibilidad de ‘tener un norte’, un sentido de la vida” (p. 56).	
	La función de los grupos en la adolescencia	Ramírez (2012) analiza la dimensión afectiva de estas agrupaciones al señalar que “ante la quiebra o fragilidad de los lazos primarios, la banda opera como un refugio de contención afectiva donde los códigos de hermandad suplen las carencias del amparo familiar” (p. 94).	¿Considera usted que la banda criminal opera como un refugio de contención afectiva, donde los códigos de hermandad suplen las carencias del amparo familiar, en adolescentes? Explique
Ideal del Yo	Origen del Ideal del yo	Laplanche et al. (2004) lo definen como un “término utilizado por Freud en su segunda teoría del aparato psíquico: instancia de la personalidad que resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las Identificaciones con los padres, con sus substitutos y con los ideales colectivos.” (p. 204)	

	La constitución del Ideal del Yo.	Así es planteado por Freud (1914/1979) en su obra <i>Introducción al narcisismo</i> donde sostiene que el sujeto "no quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia [...] procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido" (p. 91) En el <i>Seminario 1: Los escritos técnicos de Freud</i>, Lacan (1953-1954/1981) se plantea que "el ideal del yo dirige el juego de relaciones de las que depende toda relación con el otro. Y de esta relación con el otro depende el carácter más o menos satisfactorio de la estructuración imaginaria" (p. 214).	¿Qué papel juega el Ideal del Yo en las relaciones dentro de la estructura de la banda criminal?
	El Ideal del Yo en la adolescencia	"Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva" (Freud, 1978, p. 189)	

	Adolescencia y vinculación a bandas criminales	El adolescente busca entonces nuevos espacios donde ser reconocido, valorado e inscrito simbólicamente. En el texto <i>El síndrome de la adolescencia normal</i> Knobel et al. (1988) sostiene que: Por otro lado, figuras parentales no muy estables ni bien definidas en sus roles, pueden aparecer ante el adolescente como desvalorizadas y obligarlo a buscar identificaciones con personalidades más consistentes y firmes, por lo menos en un sentido compensatorio o idealizado (p. 99) Carrión (2025) en su artículo <i>El líder y su discurso sin palabras</i> menciona “El éxito del líder no depende solo de sus atributos, sino de la proyección colectiva del ideal del yo en su figura” Su papel consiste en encarnar el ideal compartido por los integrantes de la masa, convirtiéndose en un modelo desde el cual organiza los ideales y criterios de pertenencia en el grupo. “Pero, en todos los colectivos, la	¿Por qué considera usted que el adolescente busca en las bandas criminales personalidades consistentes y firmes?
--	--	--	---

		pertenencia demanda la proyección mayor o menor, aunque siempre inconsciente, del ideal del yo en la persona del líder o conductor” (Carrión, 2025, p. 37)	
	El líder como sustituto del Ideal del yo	Es justamente esta función la que será ocupada por la figura del líder, Freud argumenta “El conductor de la masa sigue siendo el temido padre primordial [...] El padre primordial es el ideal de la masa, que gobierna al yo en reemplazo del ideal del yo” (Freud, 1921/1979, p.121).	¿Por qué considera usted que el líder de la banda criminal es situado como sustituto del Ideal del Yo?

CAPÍTULO 5

Presentación y análisis de resultados

Presentación de Resultados

La investigación se llevó a cabo con base en el análisis de la película llamada “Ciudad de Dios” (2002). El argumento de la película se desarrolla en la favela de Río de Janeiro y aborda el proceso de incorporación de diversos adolescentes a organizaciones criminales, visibilizando las dinámicas de violencia, reconocimiento, pertenencia grupal y liderazgo que estructuran la dinámica interna de estos grupos. La película es llevada a cabo por la narración de Buscapé, un joven de escasos recursos que procura distanciarse de actos delictivos; su narración reconstruye las transformaciones de la favela junto con los pobladores que crecieron en ella. Exhibe, paralelamente, la construcción de Zé Pequeno como líder criminal y referente de poder dentro de la favela; además, se observa cómo algunos niños y adolescentes encuentran formas de reconocimiento, protección y ascenso social como miembros de una banda. Por medio de estos personajes es posible identificar el proceso de construcción del sentido de pertenencia, la constitución de ideales y la función que adquieren las figuras de liderazgo especialmente en contextos de precariedad social y ausencia de referentes tradicionales de autoridad.

Justificación:

La elección de la película “Ciudad de Dios” se realizó por ser una representación cinematográfica que expone las dinámicas de vinculación de adolescentes a grupos criminales, así como los procesos de pertenencia y construcción de ideales que se configuran en la banda. En el desarrollo de la película se exponen relaciones de lealtad, jerarquías grupales y cómo la figura del líder criminal es revestida de reconocimiento y autoridad, constituyéndose como referente para los adolescentes. Desde el psicoanálisis, la película adquiere relevancia porque ofrece elementos para analizar el sentido de pertenencia que pueden articularse con la constitución del Ideal del yo y cómo

ciertas figuras de poder ocupan una posición privilegiada en la subjetividad de los adolescentes miembros.

Presentación

Película: “Ciudad de Dios”

Año: 2002

Plataforma: IMDb

Directores: Fernando Meirelles y Kátia Lund

Análisis de Resultados

CATEGORÍA 1: Sentido de pertenencia

Para el desarrollo del análisis de contenido se ha establecido como una de las categorías principales el sentido de pertenencia, debido a que esta permite conocer la relación que los adolescentes construyen con las bandas criminales a partir de una perspectiva que va más allá de la participación en actividades delictivas. En este caso, se han establecido cinco subcategorías: conceptualización de la banda criminal; estructura y organización de la banda criminal; la función del líder en las bandas criminales; sentimiento de pertenencia a la banda criminal; y la función de los grupos en la adolescencia.

Estas subcategorías permitirán delimitar diferentes elementos relacionados con la pertenencia grupal para que luego puedan servir como un punto de partida para analizar las situaciones representadas en la película *Ciudad de Dios* (2002).

Conceptualización de la banda criminal

Para abordar el sentido de pertenencia es necesario conocer inicialmente qué se comprende cuando se habla de una banda criminal. Para entender esto, se considera que su funcionamiento no puede ser reducido exclusivamente a las actividades delictivas que realizan sus integrantes. En este caso, Cerbino (2004) señala que:

“Las pandillas deben comprenderse como espacios donde el protagonismo de la palabra permite dar cuenta de las subjetividades juveniles, más allá de las cifras de delitos y arrestos” (p. 5).

Por eso, considerando lo que piensa el autor, las pandillas pueden ser comprendidas como espacios en los que toman relevancia las experiencias subjetivas de los jóvenes que las integran. Aquella perspectiva permite desplazar más la mirada de las acciones delictivas hacia las relaciones y experiencias que se producen al interior del grupo y de esta forma se podría evitar reducirlo hacia lo más general.

En este sentido, la banda se puede constituir como un espacio de interacción en el que los jóvenes establecen vínculos con otros sujetos y hallan determinadas formas de expresión y reconocimiento. Debido a esto, su comprensión requiere considerar eso que representa para quienes forman parte de ella y no reducirse sólo a los actos que la banda hace o no hace.

Es importante conservar estos aspectos en conjunto con la presencia y expansión de las organizaciones criminales y a su vez la incorporación de población adolescente. Al respecto de esto, el Observatorio Ecuatoriano de Crimen Organizado y la Fundación Panamericana para el Desarrollo (2025) señalan que:

“diferentes bandas criminales han incrementado progresivamente su presencia mediante el control territorial y su participación en actividades relacionadas con la extorsión, el tráfico de drogas, el secuestro y otras prácticas violentas, esta expansión también ha favorecido la incorporación de niños y adolescentes dentro de sus estructuras” (p. 22).

Es posible observar en la cita que las bandas criminales pueden constituirse como estructuras con una presencia determinada dentro de un territorio, además de que, dentro de su proceso de expansión, incorporan también a niños y adolescentes. Por ende, es importante que el análisis de estas agrupaciones tenga que considerar su dimensión estructural y a las condiciones subjetivas que puedan estar relacionadas con la incorporación de los jóvenes.

De esta manera, para la presente investigación, la conceptualización de la banda criminal va a permitir considerar a estas agrupaciones no solo desde las actividades delictivas que desarrollan, sino también desde los vínculos, relaciones y formas de reconocimiento que pueden establecerse entre sus integrantes y lo que realmente puedan significar para sus miembros.

ESCENA:

Una de las escenas que permite relacionar lo planteado anteriormente con la película aparece en los primeros momentos, más específicamente en la escena que se presenta al Trío Ternura, conformado por Cabeleira, Marreco y Alicate, mientras los niños de la comunidad, siendo que entre ellos estaban Dadinho y Bené, se encuentran próximos a ellos. La escena permite observar que la relación de los niños con el grupo no se establece solamente gracias a la participación directa en sus actividades, sino que también mediante la observación, el acercamiento y la admiración hacia quienes ocupan un lugar reconocido dentro de su propia comunidad. En esta parte de la película, los niños se encuentran alrededor de los integrantes del grupo y pueden ver las características que los diferencian del resto de habitantes de Ciudad de Dios. Incluso, la presencia de Cabeleira llama la atención de los niños. Esto muestra cómo los integrantes del grupo pueden adquirir una posición significativa para quienes son más jóvenes.

Esta escena permite articularse con lo señalado por Cerbino (2004), quien plantea que las pandillas se deben entender como espacios que permiten dar cuenta de las subjetividades juveniles más allá de solo pensar en los delitos y arrestos. En la película, el Trío Ternura no aparece únicamente como un grupo que realiza actividades delictivas, sino como un grupo que posee una presencia distinta ante toda la comunidad y que además despierta interés en los niños gracias a lo que estos observan en sus integrantes. Esto permite considerar que la banda tiene una dimensión social y subjetiva para quienes se relacionan con ella vista más allá de solo lo superficial. Por eso, la incorporación posterior de los personajes jóvenes permite observar además

cómo esta cercanía puede transformarse progresivamente en participar y tener una posición dentro de la estructura criminal.

Ilustración 1

Escena del grupo Trio Ternura y los niños atracando al camión del gas



Nota. Captura de pantalla de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002).

Estructura y organización de la banda criminal

La comprensión de una banda criminal también requiere considerar la manera en que se encuentra organizada por dentro de esta. Alvarado (2019) señala:

“La división de tareas y jerarquías tiene principios burocráticos; Puede ser centralizada, una federación, o sistema de redes. Tiene una estructura laboral extensa con gerentes, empleados, contadores, abogados, trabajadores; tiene mecanismos de reclutamiento y membrecía” (p. 26).

A partir de lo señalado por Alvarado (2019), las organizaciones criminales pueden entonces presentar diferentes formas de estructuración ya establecidas y tener posiciones diferentes entre sus integrantes. La división de tareas hace posible distribuir algunas de estas funciones, mientras que a su vez las jerarquías ponen las diferencias entre quienes ocupan las distintas posiciones dentro de la organización.

Asimismo, la referencia a los mecanismos de reclutamiento y membrecía hace posible tener en cuenta que el ingreso a una organización criminal trae consigo la incorporación a una estructura previamente

establecida. En consecuencia, pertenecer a una banda no implica únicamente encontrarse junto a otros sujetos sin más, sino también ocupar una posición determinada y participar de las funciones que corresponden al grupo, siendo y sintiendo ser parte de este.

Considerando esto, la estructura organizativa adquiere así importancia para comprender el sentido de pertenencia, esto gracias a que permite establecer lugares distintos para sus integrantes. El reconocimiento como miembro de la organización se encuentra acompañado por una posición y por determinadas funciones que hacen posible que el grupo funcione como un todo en lugar de ser vista como varios integrantes, haciendo que cada sujeto se sienta perteneciente a ese grupo y por ende adquiera aquella identificación en base al rol que posee dentro de este.

ESCENA:

Para esta subcategoría, una escena a tomar en consideración es en la cual se observa a Zé Pequeño ya convertido en líder de su organización, el cual está acompañado por otros jóvenes que forman parte de su grupo. En este momento de la película se hace evidente que la organización ya no funciona como un simple conjunto indiferenciado de sujetos, sino que existen diferentes posiciones entre cada uno de sus integrantes. Zé Pequeño, en este caso, ocupa la posición central y los demás jóvenes se relacionan con él desde lugares distintos, siguiendo sus decisiones y participando en las actividades que corresponden a la organización de una manera grupal más allá de verse solo como algo individualizado. La película permite observar de esta forma una estructura en la que la posición que cada sujeto ocupa se encuentra relacionada con su función dentro del grupo.

Esta representación se articula directamente con lo señalado por Alvarado (2019), quien sostiene que las organizaciones criminales pueden presentar división de tareas, jerarquías y distintos mecanismos de reclutamiento y membresía. Regresando a la escena, lo que se observa en la película permite comprender entonces que la pertenencia a la organización no consiste solo en estar junto a los demás integrantes, sino en formar parte del grupo donde existen posiciones diferenciadas. Esta distribución permite que

el grupo funcione como una organización y que cada miembro pueda ser reconocido desde el lugar que ocupa dentro de ella. En este mismo sentido, la estructura de la banda también puede ligarse con el sentimiento de pertenencia, ya que el sujeto no solamente es reconocido como un integrante más, sino que adquiere una función que lo diferencia de quienes se encuentran fuera del grupo.

La organización se vuelve aún más evidente en las escenas que le siguen, cuando los jóvenes más pequeños comienzan a aparecer vinculados con la estructura dirigida por Zé Pequeno. En esta parte de la película se muestra progresivamente cómo la organización incorpora nuevos integrantes y cómo estos pasan a ocupar determinadas posiciones dentro del grupo. Esto permite observar que la pertenencia se construye dentro de una estructura previamente establecida, donde existen códigos y posiciones que se deben de asumir para formar parte del colectivo.

Ilustración 2

Escena de Zé Pequeno acompañado de su grupo



Nota. Captura de pantalla de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002).

La función del líder en las bandas criminales

Dentro de la estructura de las bandas criminales, la figura del líder constituye un elemento de suma importancia para comprender la organización de las relaciones entre sus integrantes. Teniendo esto en cuenta, se puede

analizar la perspectiva de la dinámica grupal según Kaës (1996), el cual sostiene que:

“el lugar de la función del líder en la estructura grupal es, antes que nada, la de garantizar un principio de consistencia y ley interna que evite el estallido pulsional entre sus miembros” (p. 112).

Esta consideración de Kaës (1996) permite comprender que la función del líder dentro de un grupo no radica solamente en ejercer su autoridad ante el resto del grupo. Sino que su posición se encuentra relacionada con la posibilidad de establecer una organización interna que permita regular las relaciones entre sus integrantes.

En este sentido, el líder se representa ocupando una posición alrededor de la cual se organiza el grupo y mediante la cual se establecen determinadas reglas en base a cómo este lleve consigo al resto de los miembros, además del establecimiento de las formas de relación. La existencia de esta figura permite marcar un límite a las diferentes posiciones y establecer determinados criterios que orientan las acciones de quienes forman parte de la organización.

Por esta razón, analizar la posición del líder permitirá posteriormente observar cómo su autoridad interviene en la organización del grupo y cómo los demás miembros se relacionan con dicha posición.

ESCENA:

Una escena bastante importante y que posee mucha relación con esta subcategoría es aquella en la que Zé Pequeno se encuentra con integrantes de su grupo y establece las condiciones bajo las cuales deben actuar. En estas situaciones se observa que su posición no depende solo de que los demás reconozcan su autoridad, sino además de que alrededor de él se organiza la dinámica de la banda. Los demás integrantes esperan sus decisiones y a su vez actúan teniendo como referencia aquello que establece desde su posición de ser el líder de todos.

Esta escena en particular se puede relacionar con lo planteado por Kaës (1996), pues hace ver que la función del líder consiste en garantizar su consistencia, además de una ley interna que permita evitar el estallido entre

los mismos miembros del grupo. En esta película, Zé Pequeno concentra una función organizadora al momento en el que establece reglas, delimita posiciones y determina las formas en que los integrantes deben relacionarse entre sí. Por esta razón, su liderazgo no puede ser entendido únicamente como una posición de poder individual, sino como un lugar alrededor del cual se estructura el funcionamiento del grupo.

Esta dimensión es sumamente importante para el análisis porque permite comprender que la figura del líder cumple una función dentro de la propia organización en base a la estructura del grupo. En este caso, la presencia de Zé Pequeno proporciona una referencia común para los integrantes y establece una determinada forma de funcionamiento grupal. Aquello permite analizar entonces una dimensión diferente y entonces es cuando se comienza a pensar en cómo esa misma figura puede pasar de ser reconocida como autoridad a convertirse en un referente para los adolescentes.

Ilustración 3

Escena de Zé Pequeno y su banda yendo a buscar a Galinha para matarlo



Nota. Captura de pantalla de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002).

Sentimiento de pertenencia a la banda criminal

El sentimiento de pertenencia es uno de los elementos más importantes a la hora de comprender la relación que los sujetos establecen con las bandas criminales. Respecto a esto, Cerbino (2004) señala:

“entre los miembros de los grupos pandilleros, se exige reconocimiento por medio de lo que designan como respeto” (p. 56).

Este planteamiento hace posible considerar el reconocimiento como un elemento importante dentro de las relaciones que se establecen entre los integrantes del grupo. En este caso, el respeto constituye una forma mediante la cual los sujetos pueden obtener reconocimiento y además establecer una determinada posición frente a los demás miembros.

Por tanto, pertenecer a una banda no es solo encontrarse incorporado al grupo como tal, sino también adquirir un lugar que sea reconocido por los demás. El respeto puede convertirse en uno de los elementos mediante los cuales el sujeto confirma su pertenencia al grupo y puede establecer una posición en base a este mismo.

Respecto a esta misma dimensión, se añade la función de protección y apoyo que puede adquirir la agrupación. Ante esto, Cerbino (2004) señala que:

“la pandilla, como comunidad emocional que ampara, apoya y da protección, al mismo tiempo brinda la posibilidad de ‘tener un norte’, un sentido de la vida” (p. 56).

En esta segunda afirmación se introduce entonces a una dimensión afectiva de la cual yace una comprensión de la pertenencia. Es decir, la pandilla puede constituirse como un espacio en donde el sujeto puede encontrar apoyo, protección y vínculos con otros integrantes, adquiriendo a su vez una referencia que puede orientar su posición al formar parte del grupo.

Desde esta perspectiva, el sentimiento de pertenencia se puede comprender como algo que involucra tanto el reconocimiento proporcionado por los otros como la experiencia de formar parte de una comunidad. Siendo que entonces el grupo puede ofrecer al sujeto un espacio en el que es reconocido y en el que puede establecer vínculos con los otros miembros.

En consecuencia, la pertenencia no se limita a tener una membresía formal dentro de la banda como tal, sino que implica más bien una relación

subjetiva con el grupo que se sostiene por el reconocimiento, el respeto, la protección y los vínculos que se establecen entre sus integrantes.

ESCENA:

Para esta subcategoría, una de las escenas más útiles es la que demuestra la relación que hay entre Zé Pequeno y Bené, particularmente en aquellos momentos en que se denota que ambos poseen un vínculo que se extiende desde la infancia hasta su posición que cada uno ocupa dentro de la organización. La película presenta más que nada a ambos como dos personas que han compartido una trayectoria dentro de la Ciudad de Dios. Esta relación resulta relevante porque permite observar que la pertenencia a la banda no se sostiene únicamente mediante la posición que cada uno tiene, sino que también se da mediante los vínculos que están contruidos entre sus integrantes.

Un momento especialmente significativo es la despedida de Bené, cuando Zé Pequeno manifiesta su malestar ante la posibilidad de que su compañero pueda abandonar el grupo. En la escena se puede observar que la relación entre ambos no se encuentra determinada solamente por la organización criminal, sino que de verdad existe un vínculo afectivo contruido durante los años que han podido permanecer juntos. Existen también referencias a su infancia compartida, lo que permite observar que la pertenencia al grupo se encuentra ligada a una historia en común además de con los vínculos establecidos entre sus integrantes.

Esta representación puede articularse con lo que dijo Cerbino (2004), pues se denota más que en otras escenas que dentro de estos grupos se exige reconocimiento mediante el respeto y que la pandilla puede funcionar como una comunidad emocional que brinda apoyo, protección y un sentido de orientación al sujeto que está dentro de ella. De ahí que en la relación entre Zé Pequeno y Bené pueda observarse precisamente una dimensión que excede la pertenencia formal, pues más allá de solo eso, ambos han contruido un vínculo que se encuentra asociado a una historia compartida y al reconocimiento mutuo.

Por ende, la película permite observar que la pertenencia puede de hecho adquirir un componente afectivo. El grupo entonces puede representar para sus integrantes una comunidad en la que existen relaciones de amistad, reconocimiento y compañerismo. Esto resulta muy importante para poder comprender por qué la salida de uno de sus miembros puede representar una ruptura significativa, incluso para quien ocupa la posición de líder.

Ilustración 4

Escena de Zé Pequeno y Bené discutiendo previo a su separación de la banda



Nota. Captura de pantalla de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002).

La función de los grupos en la adolescencia

Finalmente, para comprender el sentido de pertenencia es importante tener en cuenta la función que adquieren los grupos durante la adolescencia. Para analizar esto, Ramírez (2012) plantea que:

“ante la quiebra o fragilidad de los lazos primarios, la banda opera como un refugio de contención afectiva donde los códigos de hermandad suplen las carencias del amparo familiar” (p. 94).

La afirmación de Ramírez (2012) considera que el grupo puede tener una función importante dentro de la vida del adolescente cuando existen dificultades o fragilidades en los vínculos primarios. Bajo estas circunstancias, la banda puede constituirse como un espacio de contención en el cual el adolescente encuentra vínculos con otros sujetos y por ende más formas de acompañamiento distintas a aquel acompañamiento dificultoso o frágil que puede tener en su vida externa al grupo.

Por eso, los códigos de hermandad mencionados por el autor permiten comprender que dentro del grupo se establecen determinadas formas de solidaridad y reconocimiento entre sus integrantes. Estos códigos ayudan a establecer una manera particular de relacionarse con los demás y de identificarse como parte del grupo.

De esta manera, el grupo puede adquirir relevancia durante la adolescencia al proporcionar vínculos y referencias que permiten al sujeto posicionarse frente a los otros. En el caso de las bandas criminales, esta función adquiere especial importancia ya que la pertenencia puede encontrarse muy relacionada con la búsqueda del reconocimiento, protección y un lugar dentro de una estructura colectiva.

En consecuencia, la función de los grupos en la adolescencia permite entender que la pertenencia a una banda criminal no necesariamente se encuentra ligada con las actividades que realiza la organización, pues también puede estar relacionada con los vínculos que se establecen entre aquellos que la componen y con la función simbólica que el grupo adquiere para el adolescente.

ESCENA:

Para esta subcategoría, es muy llamativo una de las escenas que permite establecer una relación más directa con lo planteado por Ramírez (2012) es aquella en la que Bené se relaciona con los demás integrantes de su grupo y además aparece como una figura que establece vínculos diferentes a los que mantiene Zé Pequeño. Pues a diferencia de la posición predominantemente autoritaria de Zé Pequeño, Bené es representado en distintos momentos como un personaje que tiene mayor cercanía con los integrantes de la organización y con otros jóvenes de la comunidad. Esta diferencia permite observar que dentro de un mismo grupo pueden existir formas distintas de vinculación entre sus propios miembros.

Por eso, la escena de la despedida de Bené resulta nuevamente pertinente, porque en esta se muestra la importancia que su presencia tiene para quienes permanecen en el grupo. Su salida no es presentada solo como la pérdida de un integrante más de la organización, sino como la separación

de una persona con quien los demás han construido vínculos que fueron reforzados con el pasar de los años. De esta forma, la relación entre Bené y Zé Pequeno, particularmente, muestra cómo los lazos contruidos desde la infancia pueden adquirir un peso bastante importante dentro de la experiencia grupal.

Esta situación puede articularse con lo que menciona Ramírez (2012), ya que, ante la fragilidad de los lazos primarios, la banda puede funcionar más como un refugio de contención afectiva en el que los códigos de hermandad cumplen una función respecto del amparo. Esto aparece en la película al momento de mostrarse la relación entre los jóvenes, ya que permite observar que la banda constituye un espacio donde se establecen vínculos que pueden adquirir una importancia significativa para sus integrantes. No obstante, esto no significa afirmar en su totalidad que la película demuestra que todos los personajes hayan ingresado a la banda debido a una carencia familiar más específica, sin embargo, lo que sí se puede observar es que el grupo puede funcionar como un espacio de relaciones y reconocimiento durante la adolescencia.

Ilustración 5

Escena de Bené relacionándose con otros integrantes del grupo.



Nota. Captura de pantalla de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002).

CATEGORÍA 2: Ideal del Yo

El ideal del yo forma parte de los conceptos centrales para comprender la construcción subjetiva de los adolescentes representados en el filme. Esta instancia se configura a partir de las identificaciones que el sujeto establece con figuras significativas en la familia y los ideales que se difunden en su entorno social durante la infancia y adolescencia.. En el marco de la película, la construcción de ideales se produce en un contexto caracterizado por la precariedad social, las figuras familiares fragmentadas y la existencia de organizaciones criminales violentas.

Frente a este escenario los personajes encuentran modelos de identificación en figuras de poder vinculadas al narcotráfico. Por lo que, para el análisis de esta categoría se crearon 5 subcategorías: El origen del ideal del yo, la constitución del Ideal del Yo, el Ideal del Yo en la adolescencia, adolescencia y vinculación a bandas criminales, y el líder como sustituto del Ideal del yo. Esto posibilita comprender cómo se construyen estos ideales, de qué manera se transforman durante la adolescencia y su función dentro de la banda.

Origen del Ideal del yo

Una de las funciones del Ideal del Yo es orientar las metas, elecciones y formas de relación del sujeto con los otros, pero, es necesario establecer cómo se origina en el sujeto. Para, Laplanche et al. (2004) refieren al Ideal del Yo como una “instancia de la personalidad que resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las identificaciones con los padres, con sus substitutos y con los ideales colectivos” (p. 204). De esta forma, la construcción de los ideales dependen tanto de las figuras parentales y de los referentes sociales que pueden sostener una función identificatoria para el sujeto. Pero, surge de la renuncia al narcisismo primario en la que se construye un Yo Ideal, pero conforme el desarrollo del infante al percatarse que la imagen de perfección no existe, sus investiduras libidinales que antes se dirigen al propio sujeto, las direcciona a la imagen que aspira ser en el futuro.

ESCENA:

La escena que permite relacionar lo anteriormente propuesto es aquella donde se exhibe un barrio marginado por el gobierno y las figuras familiares se encuentran debilitadas o poco representadas. Este es el caso de Dadinho (Ez pequeño), que la película lo retrata sin un núcleo familiar, pues se omite cualquier escena de su vida doméstica y solo se muestra su convivencia en la calle, como fumar con el grupo Trio Ternura. Ante esta falta de referentes identificatorios, construye sus ideales en el espacio comunitario de la favela y no en el ámbito familiar, siendo el “Trío Ternura” y criminales locales sus únicos modelos a seguir. Esto se articula con lo propuesto por Lapache et al. (2004) que menciona el Ideal del Yo como una “instancia de la personalidad que resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las Identificaciones con los padres, con sus substitutos y con los ideales colectivos.” (p. 204).

En la escena se puede visualizar cómo estas identificaciones se encuentran sostenidas por los ideales colectivos que surgen del entorno criminal. Dadinho (Ez Pequeño) observa a los delincuentes desde la admiración y respeto, lo que constituye el comienzo de cómo los ideales colectivos relacionados al poder, reconocimiento y dominio territorial ocupan un lugar privilegiado en la construcción subjetiva del personaje. Es así como propone participar en un robo a un motel y no como observador, sino buscando incorporarse a la actividad de los mayores para demostrar que puede ocupar un lugar idéntico al de ellos. Este punto, puede interpretarse como una forma de superar la posición infantil que ocupaba y acercarse a la imagen idealizada.

En relación con la idealización del yo, se muestra la imagen glorificada de sí mismo que tenía el personaje e intenta superar su rol infantil. Sin embargo, no coincide con el reconocimiento de los otros, ya que los mayores rechazaron su participación. Esta diferencia demuestra cómo el Ideal del yo no es una instancia que se instaura de inmediato, sino que funciona como una guía que orienta las aspiraciones y le permite direccionarse hacia determinada imagen. La película permite observar este movimiento de la admiración de un modelo criminal externo hacia la aspiración de encarnar ese lugar de poder.

Ilustración 6

Escena de Dadinho fumando con el grupo Trio Ternura



Nota. Captura de pantalla de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002).

La constitución del Ideal del Yo

La constitución de este concepto implica una referencia que enfoca las metas del sujeto como resultado del narcisismo infantil. Así es planteado por Freud (1914/1979) que sostiene que el sujeto "no quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia [...] procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido" (p. 91). A continuación, tiempo después Lacan (1953-1954/1981) amplía esta noción y argumenta que "el ideal del yo dirige el juego de relaciones de las que depende toda relación con el otro. Y de esta relación con el otro depende el carácter más o menos satisfactorio de la estructuración imaginaria" (p. 214).

ESCENA:

La constitución del Ideal del yo se puede relacionar con la escena donde el personaje de Dadinho, ya siendo Ze pequeño, llega al punto de droga que le pertenecía a Neguinho; mediante el uso de la violencia, le dice que desde aquel momento él controlará la zona y lo obliga con un disparo a seguir trabajando para él bajo amenaza, pidiéndole al Rocket que informe a los demás pobladores que ahora es él quien controla la zona. La escena permite visualizar cómo los ideales en la infancia fueron incorporados y organizan la posición que el sujeto busca encarnar en su entorno; ya no son referencias externas. La escena coincide con lo planteado por Freud (1914) "no quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia [...] procura recobrar en la

nueva forma el ideal del yo. Lo que él proyecta frente, así como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido" (p. 91).

Para Ze pequeno, ya no es el niño que admiraba a quienes poseen autoridad, sino que intenta encarnar personalmente esa imagen. Proyecta frente a sí un ideal que se relaciona con el control absoluto del territorio y con el reconocimiento de su superioridad por parte de la favela, llegando a matar a sus rivales para ser el único dueño de todo el territorio. Sin embargo, el Ideal del yo requiere el reconocimiento del entorno. Al exigir que los habitantes lo reconozcan como nuevo dueño, permite observar cómo le es insuficiente el control del territorio y exige el reconocimiento social de su superioridad.

Como argumenta Lacan (1953-1954/1981), "el ideal del yo dirige el juego de relaciones de las que depende toda relación con el otro. Y de esta relación con el otro depende el carácter más o menos satisfactorio de la estructuración imaginaria" (p. 214). Significa que el Ideal del Yo opera como una referencia que dirige la forma en que se vincula con quienes lo rodean; Zé pequeno establece con el vendedor un vínculo organizado por el lugar ideal que busca sostener. En este caso, el otro no aparece como un semejante, sino como alguien que debe obedecer y confirmar el lugar que asume el personaje. Así, los atributos de poder y autoridad se transforman en una exigencia interna que orienta las aspiraciones de Ze pequeno, pero también regula su lazo social al exigir ser reconocido.

Ilustración 7

Dadinho se adueña del territorio de Neguinho



Nota. Captura de pantalla de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002).

El Ideal del Yo en la adolescencia

Una de las etapas importantes en la construcción del Ideal del Yo es la adolescencia, a pesar de que esta instancia comienza a armarse en la infancia, el sujeto al atravesar la pubertad implica una reorganización a nivel subjetivo y vincular. Los ideales construidos durante la infancia se ven reformulados y el sujeto se encuentra en una búsqueda de diferentes formas de reconocimiento. Freud (1978) detalla que “con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva” (p. 189). Mientras que Stevens sostiene “La constitución decisiva del ideal del yo se produce en la adolescencia, y es central para pensar su salida. Conviene aclarar que puede no producirse; se trata, de una opción del sujeto” (2001, citado en Mitre, 2009, párr. 8)

ESCENA:

Esta subcategoría puede observarse en dos escenas, la primera ocurre cuando Dadinho atraviesa por un ritual religioso realizado por un chamán que también le da el nombre de Ze pequeño, antes de este ritual observó a los narcotraficantes y determino que el verdadero poder y dinero se encuentra en la venta de droga y no en los robos que realizaban, terminando de convencer a su amigo. La escena del ritual marca un punto significativo en su trayectoria. Desde que adoptó el sobrenombre, la película explica que comenzó con las muertes de sus rivales y terminó convirtiéndose en el principal traficante con mayor control territorial.

Esta escena puede articularse con lo propuesto por Freud: “con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva” (Freud, 1978, p. 189). La adolescencia implica una reorganización en el sujeto porque se confronta con la redefinición de sus referentes e ideales. En el caso del personaje, el tránsito a ser pequeño constituye una modificación en la posición que ocupaba frente a sí mismo y los demás. Los ideales que durante la infancia estaban relacionados con el robo y la admiración por figuras como el Trío Ternura son sustituidos por el nuevo ideal vinculado a la figura del narcotraficante que posee dinero, dominio territorial y prestigio de la favela. Esta transformación

simboliza la aceptación de una identidad organizada alrededor de los nuevos ideales que ha elegido como referencia para sí mismo.

El Ideal del Yo adquiere mayor estructura durante la adolescencia, Dadinho ya no imita a otros delincuentes y comienza a construir su propia dirección a partir de lo que identifica como una posición de poder.

Desde la perspectiva de Stevens menciona “La constitución decisiva del ideal del yo se produce en la adolescencia, y es central para pensar su salida. Conviene aclarar que puede no producirse; se trata, de una opción del sujeto” (2001, citado en Mitre, 2009, párr. 8). Esto permite pensar como la adolescencia no es una trayectoria estandarizada, sino que existe una toma de posición frente a los ideales disponibles, como en la escena de Bené cuando decide retirarse, pues compartieron un similar contexto e ideales durante la infancia.

El reorienta sus ideales a una vida fuera de la violencia por su relación con Angélica y el propio deseo de abandonar el crimen; mientras que Zé pequeno consolida los ideales alrededor del poder a través del crimen, adoptándolos como una guía para sus decisiones, vínculos y lugar dentro del barrio. Así se ilustra cómo en la adolescencia los ideales infantiles se reorganizan y son asumidos desde una elección propia.

Ilustración 8

Ritual de transformación de Dadinho a Ze pequeno



Nota. Captura de pantalla de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002).

Ilustración 9

Bené avisa sobre su salida de la banda a Zé Pequeno



Nota. Captura de pantalla de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002).

Adolescencia y vinculación a bandas criminales

El adolescente durante esta etapa, se encuentra en la búsqueda constante de reconocimiento, pertenencia e inscripción simbólica. Sin embargo, en aquellos contextos donde las figuras tradicionales de referencia aparecen debilitadas, los grupos como las bandas pueden ocupar un lugar fundamental para la construcción subjetiva de los miembros. De acuerdo a Knobel et al. (1988) sostiene que:

Por otro lado, figuras parentales no muy estables ni bien definidas en sus roles, pueden aparecer ante el adolescente como desvalorizadas y obligarlo a buscar identificaciones con personalidades más consistentes y firmes, por lo menos en un sentido compensatorio o idealizado (p. 99).

En la misma línea, Ramirez (2007) "La banda es no sólo un agrupamiento de jóvenes a partir de un interés común criminal, sino también un mecanismo de socialización para estos jóvenes, alternativo a la familia y a la escuela, de la que generalmente han desertado" (p. 83).

ESCENA:

Las escenas que permite describir la forma en que los adolescentes se vinculan a la banda de narcotráfico, es cuando Rocket narra la forma en que los niños se incorporan al grupo, se visualiza como la integración a los grupos

es un proceso gradual en la que cada adolescente adquiere funciones, responsabilidades y tienen un lugar específico dentro de la organización.

Rocket explica que con el tráfico se puede hacer carrera, los niños más pequeños inician realizando mandados para los traficantes y son bien recompensados, luego pueden ocupar la posición de vigía quienes se encargan de alzar cometas para advertir de la policía y solo ocupando ese cargo lograban llegar a ser vendedores; dentro de otras funciones hay soldados responsables de defender el territorio si hay tiroteo y el encargado del territorio que era el brazo derecho del líder.

Esta representación permite ver cómo la banda no es únicamente un espacio donde se cometen crímenes, sino una organización que asigna roles, distribuye funciones y reconoce a los integrantes. La escena se enlaza con la propuesta de Ramírez (2007) "La banda es no sólo un agrupamiento de jóvenes a partir de un interés común criminal, sino también un mecanismo de socialización para estos jóvenes, alternativo a la familia y a la escuela, de la que generalmente han desertado" (p. 83). La banda se muestra en la película como una instancia estructurante en la vida de los jóvenes que formaban parte de un núcleo familiar problemático, además, no todos podían acceder al derecho a la educación. Les enseñaban códigos y formas de relacionarse con los demás, siendo un espacio donde los adolescentes encuentran pertenencia y oportunidades de ascenso dentro de la jerarquía.

La otra escena que permite observar con mayor claridad es la protagonizada por los Petardos, en la que roban una tienda y, al reunirse entre ellos, hablan de querer alcanzar el poder de Zé Pequeño. Dentro de la banda, los integrantes desean alcanzar ideales de prestigio que, dentro de la sociedad, al ser marginados por el mismo gobierno y la policía, son difíciles de alcanzar. Según Knobel et al. (1988) señalan:

Por otro lado, figuras parentales no muy estables ni bien definidas en sus roles, pueden aparecer ante el adolescente como desvalorizadas y obligarlo a buscar identificaciones con personalidades más consistentes y firmes, por lo menos en un sentido compensatorio o idealizado (p. 99).

Hay que recordar que las familias de la favela se encontraban en situaciones vulnerables y muchos, al no tener hogar, eran enviados por el gobierno a la comunidad. Por lo tanto, los líderes criminales surgen como referentes visibles de autoridad ante la falta de modelos, los adolescentes encuentran en la banda nuevos espacios donde pueden ser reconocidos, valorados e inscritos simbólicamente; el líder puede ser una figura desde la cual el sujeto pueda construir su identidad. El análisis de este filme muestra cómo el ingreso de las bandas criminales no solo responde al ámbito económico o delictivo, sino que se presenta como una alternativa frente a la fragilidad de referentes significativos que probablemente su entorno primario no les pudo proporcionar, construyéndose como un espacio desde donde pueden ser vistos y valorados.

Ilustración 9

Cargo inicial dentro de la banda



Nota. Captura de pantalla de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002).

Ilustración 10

Segundo cargo dentro de la banda.



Nota. Captura de pantalla de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002).

Ilustración 11

Reunion de nueva banda Petardos hablando



Nota. Captura de pantalla de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002).

El líder como sustituto del Ideal del yo

La figura del líder ocupa una posición central en la organización de vínculos grupales, no sólo ejerce la autoridad sino que puede convertirse en el representante de los ideales que comparten entre los integrantes de la banda. Carrión (2025) afirma “El éxito del líder no depende solo de sus atributos, sino de la proyección colectiva del ideal del yo en su figura” (p. 37). Por su parte, Ramirez (2015) menciona como “la sumisión humillada al líder se realiza cuando cada miembro de la banda ha reemplazado la conciencia moral por la ligazón al líder.” (p. 76). Asimismo, el autor refiere que “los miembros del grupo ambicionan el lugar del líder, por el reconocimiento y los privilegios que allí se obtienen” (Ramirez, 2007 p. 77).

ESCENA:

La función del líder como sustituto del Ideal del Yo, puede observarse en varias escenas entre la banda delincriminal Petardos y la relación que tienen con Zé Pequeno. La escena inicial es cuando esta banda está reunida después de robar y uno de los integrantes expresa el deseo de alcanzar la posición de poder que ocupa Ze pequeno, que piensa matar a todos como lo hizo el personaje hasta llegar a ser el general, sin necesidad de ocupar una jerarquía baja en la banda. Esto permite exhibir cómo los Petardos no aspiran a solo obtener ganancias, sino que desean alcanzar el lugar que Ze Pequeno representa en el barrio. En este sentido, Carrión (2025) afirma: “el éxito del líder no depende solo de sus atributos, sino de la proyección colectiva del ideal del yo en su figura” (p. 37). La figura de Ze pequeno concentra los atributos

que los jóvenes valoran y desean alcanzar. Su papel consiste en encarnar el ideal compartido por los integrantes de la masa, convirtiéndose en un modelo desde el cual organiza los ideales y criterios de pertenencia en el grupo.

Otra escena que permite evidenciar la función de la figura de Zé Pequeno como líder, es cuando ordena a Bistec, un adolescente, a matar a uno de los integrantes de los Petardos, que aunque duda termina haciéndolo. En esta situación la voluntad del líder puede imponerse sobre las decisiones individuales. Ramírez (2007) explica: "La sumisión humillada al líder se realiza cuando cada miembro de la banda ha reemplazado la conciencia moral por la ligazón al líder" (p. 76). El acto que comete Bistecca puede interpretarse como la subordinación al mandato del líder que suplanta el juicio propio con el fin de sostener la pertenencia al grupo.

Por último, la paradoja que presenta la película en la escena es cuando los Petardos asesinan a Zé Pequeno; este acto no representa un rechazo a la figura que anteriormente admiraban y obedecían, sino que adquiere otro sentido, porque de forma inmediata comienzan a planificar cómo continuar el control de la favela. "Los miembros del grupo ambicionan el lugar del líder, por el reconocimiento y los privilegios que allí se obtienen." (Ramírez, 2007, p. 77). Los integrantes no eliminan aquello que Ze pequeño representaba; eliminan al sujeto que encarnaba esa posición para intentar ocupar ellos mismos, demostrando en la escena que el lugar del líder permanece como objeto de aspiración aun cuando la persona que lo encarna ha muerto.

Ilustración 12

Miembro de los Petardos desea ocupar el lugar de Ze



Nota. Captura de pantalla de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002).

Ilustraciones 13

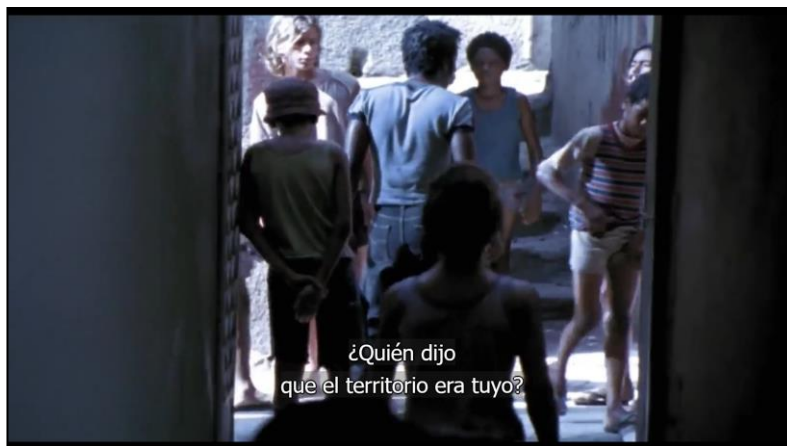
Zé Pequeno le ordena a Bistec matar



Nota. Captura de pantalla de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002).

Ilustración 14

Caída y muerte de Zé Pequeno por los Petardos



Nota. Captura de pantalla de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002).

CONCLUSIONES

A partir de esta investigación, se concluye que el sentido de pertenencia a las bandas criminales y el Ideal del Yo en adolescentes pueden encontrarse relacionados a través de los procesos de identificación, reconocimiento y búsqueda de referentes que adquieren particular relevancia durante la adolescencia. El análisis de *Ciudad de Dios* (Meirelles, 2002) hizo posible comprender de mejor manera la incorporación de los adolescentes a las agrupaciones criminales no se puede comprender únicamente desde la participación en actividades delictivas o desde la obtención de beneficios materiales, ya que el grupo también puede constituirse como un espacio en el que el sujeto encuentra reconocimiento, protección, vínculos y además una posición frente a los demás. De esta forma, la pertenencia adquiere una dimensión subjetiva que permite comprender por qué el vínculo con la banda puede sostenerse más allá de solamente la actividad ilícita o criminal que el grupo se encarga.

Asimismo, se comprende que la figura del líder ocupa un lugar bastante importante frente al grupo, ya que concentra características que pueden ser valoradas e idealizadas de manera subjetiva por cada uno de los integrantes del grupo. En el análisis de la película, Zé Pequeno representa una figura alrededor de la cual se organizan las relaciones grupales de su propio grupo criminal, pero también forma parte de un referente que algunos adolescentes buscan imitar o incluso sustituir. La escena en la que los petardos más que nada expresan su intención de ocupar el lugar de Zé Pequeno permite observar que aquello que se busca no es únicamente el beneficio asociado a la actividad delictiva, sino que también hacia la posición de reconocimiento, autoridad y poder que representa el líder. De este modo, el sentido de pertenencia y el Ideal del Yo se pueden ver articulados cuando el grupo y, particularmente, la figura del líder ofrecen al adolescente referentes a partir de los cuales puede organizar sus identificaciones y construir una determinada posición subjetiva de cómo tiene que vivir, al formularse esta misma pregunta al pasar por esta etapa de su vida, siendo entonces el grupo o sus integrantes tomados como un referente y siendo además un sitio simbólico donde

encontraría todo aquello que el adolescente busca y que otro tipo de funciones fracasaron en darle.

En relación con el primer objetivo, se concluye que el sentido de pertenencia dentro de las bandas criminales se da a partir de diferentes dimensiones que va más allá de considerar la forma en la que se organizan estos grupos. El análisis permitió identificar que la pertenencia a estas bandas en los adolescentes implica ocupar un lugar dentro de una estructura organizada, establecer vínculos con otros integrantes, compartir códigos y obtener el característico reconocimiento que el grupo les brinda mediante la posición que cada uno adquiere dentro del grupo. En este sentido, la banda puede funcionar como un espacio en el cual el adolescente encuentra una forma de inscripción grupal además de ganarse el reconocimiento y realizar una construcción de vínculos con sus pares. Esta comprensión coincide con el planteamiento desarrollado en la investigación, donde los grupos de pares pueden asumir una función de contención emocional, haciendo que de esta forma se puedan restituir experiencias de pertenencia y legitimidad que el sujeto no encuentra en otros espacios cotidianos.

El análisis de *Ciudad de Dios* permitió observar estas características mediante la organización de los grupos criminales y las relaciones que se fueron estableciendo entre sus integrantes a lo largo de la película. La división de las funciones, las jerarquías, la existencia de códigos internos y el reconocimiento otorgado a determinados miembros muestran que esta pertenencia se encuentra sostenida porque a su vez sirve para darle un lugar al sujeto. Por tanto, desde la perspectiva psicoanalítica, pertenecer no significa únicamente formar parte de una banda, sino serían otro tipo de procesos, como establecer una relación subjetiva con el grupo mediante la cual el adolescente puede sentirse de verdad reconocido, adquirir una posición y construir identificaciones compartidas con el resto de los integrantes.

Respecto al segundo objetivo, se concluye que la adolescencia es un proceso donde, emocional y simbólicamente, ocurre la reorganización de las identificaciones y la búsqueda de nuevos referentes. Por eso, el desarrollo

teórico permitió comprender que, durante este periodo, las figuras previamente significativas pueden perder parte como las figuras de referencia para el adolescente, lo que lo incita a buscar en su contexto a otras figuras que puedan suplir lo consistentes, firmes o idealizadas que el adolescente ha perdido. En este proceso, el Ideal del Yo funciona como una instancia vinculada a aquello que el sujeto interpreta como un modelo y con las referencias desde las cuales establece la relación con los otros. En el documento se retoma precisamente la posibilidad de que el adolescente busque nuevas identificaciones ante figuras parentales percibidas por él mismo como inestables, lo cual lo incita a recurrir a personalidades que puedan adquirir un carácter compensatorio o idealizado.

De igual forma, a partir del análisis realizado, se comprende que esta búsqueda de referentes no pasa de manera aislada, sino que se puede desarrollar dentro de los grupos de pares. En el caso de las bandas criminales, algunas características del líder pueden tener un valor idealizado y convertirse en modelos a seguir o imitar compartidos por los integrantes. Así, Zé Pequeño no hace la función únicamente como una figura de autoridad, sino como alguien que concentra atributos asociados al poder, reconocimiento y posición dentro de la comunidad, llegando de esta forma a convertirse en objeto de aspiración para otros jóvenes.

En relación con el tercer objetivo, se concluye que la figura del líder tiene un lugar que articula dos cosas, las cuales serían pertenencia grupal y el Ideal del Yo. Esto ya que concentra simultáneamente una función organizadora y una función identificatoria. Por una parte, el líder es aquel que establece reglas, distribuye posiciones y orienta las acciones de los integrantes, proporcionando una referencia que contribuye a mantener la consistencia del grupo. Mientras que, por otra parte, cuando sus características son valoradas e idealizadas por los adolescentes, puede transformarse en un referente a partir del cual estos organizan sus propias aspiraciones e identificaciones. En el caso del análisis de Zé Pequeño permitió observar ambas dimensiones, ya que su autoridad organiza el funcionamiento de la banda a su vez que su posición se convierte posteriormente en un lugar que otros integrantes desean alcanzar.

Esta articulación se evidencia con mayor claridad en la relación entre Zé Pequeño y los Petardos. Los integrantes primero reconocen su autoridad y posteriormente buscan ocupar el lugar que él representa. Por eso, la muerte de Zé Pequeño habiendo sido el líder no genera la desaparición del lugar que ocupaba dentro de la organización, ya que los demás jóvenes buscan proyectarse todavía en aquella posición a pesar de que el líder ya no esté. Esto permite comprender que aquello que se mantiene como objeto de aspiración no es necesariamente la persona que ocupa en ese momento el lugar del líder, sino más bien es el lugar como tal y los atributos que este representa para el grupo. En consecuencia, la figura del líder puede constituirse como un punto del cual derivan la necesidad de pertenecer a un grupo y la búsqueda adolescente de referentes con los cuales identificarse.

REFERENCIAS

- Aberastury, A., & Knobel, M. (1988). *La adolescencia normal: Un enfoque psicoanalítico*. Paidós.
- Alvarado, A. (2019). Organizaciones criminales en América Latina: Una discusión conceptual y un marco comparativo para su reinterpretación. *Revista Brasileira de Sociologia*, 7(17), 11–32. <https://doi.org/10.20336/rbs.539>
- Arendt, H. (1970/2005). *Sobre la violencia* (G. Solana, Trad.). Alianza Editorial.
- Barba Guerra, A. E. (2024). *Jóvenes y delincuencia organizada en Ecuador: Un análisis a través de la teoría de las subculturas delictivas* [Tesis de maestría, Universidad de Las Américas]. Repositorio Digital Universidad de Las Américas. <http://dspace.udla.edu.ec/handle/33000/17003>
- Bazzano, B. E. (2009). Las paradojas de los ideales en el lazo social. En *I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XVI Jornadas de Investigación y Quinto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- Bernal Zuluaga, H. A. (2004). La caída de los ideales o el Otro que no existe. *Poiésis*, 4(8). <https://doi.org/10.21501/16920945.546>
- Bohórquez López, C., & Rodríguez-Cárdenas, D. E. (2014). Percepción de amistad en adolescentes: El papel de las redes sociales. *Revista Colombiana de Psicología*, 23(2), 325–338. <https://doi.org/10.15446/rcp.v23n2.37359>
- Carpio Mosquera, C., & Salamea-Nieto, R. (2024). *Psicoanálisis y criminalidad: El reverso de la psicología forense*. Editorial UTMACH. <https://doi.org/10.48190/9789942241955>
- Cerbino, M. (2004). *Pandillas juveniles: Cultura y conflicto de la calle*. Editorial El Conejo & Abya-Yala.
- Cerbino, M., & Rodríguez, A. (2008). La nación imaginada de los Latin Kings: Mimetismo, colonialidad y transnacionalismo. En M. Cerbino & L. Barrios (Eds.), *Otras naciones: Jóvenes, transnacionalismo y exclusión* (pp. 41–74). FLACSO Ecuador.

- Cerbino, M., & Crespo-Berti, L. (2009). *Gangs, identidades urbanas y violencia juvenil*. FLACSO Ecuador. <http://hdl.handle.net/10469/1152>
- Crespo-Berti, L. A. (2024). Adolescentes infractores inmersos en las bandas criminales en el Ecuador. *Iustitia Socialis. Revista Arbitrada de Ciencias Jurídicas y Criminalísticas*, 9(16), 18–33. <https://doi.org/10.35381/racj.v8i16.3149>
- Denzin, N. K., & Lincoln, Y. S. (Eds.). (2012). *El campo de la investigación cualitativa: Manual de investigación cualitativa* (Vol. 1). Gedisa.
- Duschatzky, S., & Corea, C. (2002). *Chicos en banda: Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Paidós.
- Freud, S. (1905/1978). *Tres ensayos de teoría sexual*. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 7, pp. 109–224). Amorrortu.
- Freud, S. (1909/1993). *La novela familiar de los neuróticos*. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 9, pp. 213–220). Amorrortu.
- Freud, S. (1914/1979). *Introducción del narcisismo*. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 14, pp. 65–98). Amorrortu.
- Freud, S. (1921/1979). *Psicología de las masas y análisis del yo*. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 18, pp. 63–136). Amorrortu.
- Freud, S. (1923/1979). *El yo y el ello*. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19, pp. 1–66). Amorrortu.
- Freud, S. (1930/1992). *El malestar en la cultura*. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 21, pp. 57–140). Amorrortu.
- Gutton, P. (1993). *Lo puberal*. Paidós.
- Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C., & Baptista Lucio, M. del P. (2014). *Metodología de la investigación* (6.^a ed.). McGraw-Hill Education.
- Hernández-Sampieri, R., & Mendoza Torres, C. P. (2018). *Metodología de la investigación: Las rutas cuantitativa, cualitativa y mixta*. McGraw-Hill Education.
- Kaës, R. (1996). *Las teorías psicoanalíticas del grupo*. Amorrortu Editores. <https://amorrortueditores.com/catalogo/las-teorias-psicoanaliticas-del-grupo-rene-kaes/>

- Krauskopf, D. (2006). *El estado del arte en juventud y violencia urbana en América Latina*. Organización Panamericana de la Salud. <https://iris.paho.org/handle/10665.2/41198>
- Lacan, J. (1953-1954/1981). *El seminario. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Paidós.
- Lacan, J. (1957-1958/1999). *El seminario. Libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Paidós.
- Lacan, J. (1961-1962/2007). *El seminario. Libro 9: La identificación*. EFBA.
- Lacan, J. (1962-1963/2006). *El seminario. Libro 10: La angustia*. Paidós.
- Lacan, J. (1969-1970/1992). *El seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Paidós.
- Laplanche, J., Pontalis, J.-B., Lagache, D., & Pujó, M. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós.
- León Quinteros, D. C. (2024). *Sobre el reclutamiento de adolescentes en el Ecuador por grupos de delincuencia organizada: Una evaluación crítica* [Tesis de maestría, Universidad de Las Américas]. Repositorio Digital Universidad de Las Américas.
- Martínez Godínez, V. L. (2013). *Paradigmas de investigación: Manual multimedia para el desarrollo de trabajos de investigación. Una visión desde la epistemología dialéctico crítica*. https://pics.unison.mx/wp-content/uploads/2013/10/7_Paradigmas_de_investigacion_2013.pdf
- Mejía Correa, M. P. (1999). El ideal del yo bajo la tutela del superyó. *Affectio Societatis*, 2(3).
- Miller, J.-A., & Laurent, É. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética* (N. González, Trad.; G. Brodsky, texto establecido). Paidós.
- Mitre, J. (2011, 7 de junio). *El ideal del yo en la adolescencia*. elSigma. <https://www.elsigma.com/colaboraciones/el-ideal-del-yo-en-laadolescencia/12249>
- Naciones Unidas. (2004). *Convención de las Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional y sus protocolos*. Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito.
- Observatorio Ecuatoriano de Crimen Organizado. (2025). *Boletín semestral sobre homicidios intencionales en Ecuador: Análisis estadístico, primer*

- semestre de 2025 (Boletín N.º 4). Fundación Panamericana para el Desarrollo.
- Paez Cadavid, J. E. (2023). *La delincuencia juvenil, una mirada desde el discurso psicoanalítico* [Trabajo de grado, Corporación Universitaria Minuto de Dios]. Repositorio Institucional UNIMINUTO.
- Ramírez, M. E. (2007). *Órdenes de hierro: Ensayos de psicoanálisis aplicado a lo social*. La Carreta Editores.
- Ramírez, M. E. (2012). *Psicoanálisis y subjetividad en la cultura contemporánea*. Fondo Editorial Universidad de Antioquia. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/2415>
- Rassial, J.-J. (1996/1999). *El pasaje adolescente: De la familia al vínculo social* (E. Rippa, Trad.). Ediciones del Serbal.
- Reguillo, R. (2012). *Culturas juveniles: Formas políticas del desencanto*. Siglo XXI Editores.
- Rodgers, D., & Baird, A. (2016). Entender a las pandillas de América Latina: Una revisión de la literatura. *Estudios Socio-Jurídicos*, 18(1), 13–53. <https://doi.org/10.12804/esj18.01.2016.01>
- Sandoval Carrión, I. (2025). El líder y su discurso sin palabras. *Andina*, 12, 35–40. Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.
- Santillán, A., & Varea, S. (2008). Estrategias y políticas de inclusión (¿asimilación?) de pandillas en Ecuador: Dos modelos de ciudades, dos visiones sobre las potencialidades de los/as jóvenes pandilleros/as. *Urvio. Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana*, (4), 81–99. <http://hdl.handle.net/10469/1493>
- Stevens, A. (2019). La adolescencia, síntoma de la pubertad (S. Vassallo, Trad.). *Fort-Da*, 13.
- Vergara Figueroa, A., & Condori Castillo, C. (2007). *Pandillas y pandilleros : juventud, violencia y cultura*. Comisionado Para la Paz y Desarrollo de Ayacucho. <http://books.google.com/books?id=BeJHAAAYAAJ>
- Vergara Figueroa, C. A. (2010). *En los túneles de sentido: Violencia, imaginarios, organización social, rituales y lenguaje en las pandillas juveniles de Ayacucho*. Escuela Nacional de Antropología e Historia.

DECLARACIÓN Y AUTORIZACIÓN

Nosotras, **Álvarez Venegas, Lizbeth Alejandra**, con C.C: # **1726379702** y **Piedra Maldonado, Krusckaya Daniela**, con C.C: # **1104304587** autoras del trabajo de titulación: **El sentido de pertenencia a las bandas criminales y su relación con el Ideal del Yo en adolescentes**. Previo a la obtención del título de **Licenciadas en Psicología Clínica** en la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil.

1.- Declaramos tener pleno conocimiento de la obligación que tienen las instituciones de educación superior, de conformidad con el Artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de titulación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizamos a la SENESCYT a tener una copia del referido trabajo de titulación, con el propósito de generar un repositorio que democratice la información, respetando las políticas de propiedad intelectual vigentes.

Guayaquil, a los 24 del mes de agosto del año 2026

LAS AUTORAS



f. _____
Álvarez Venegas, Lizbeth Alejandra
C.C: # 1726379702



f. _____
Piedra Maldonado, Krusckaya Daniela
C.C: # 1104304587

REPOSITORIO NACIONAL EN CIENCIA Y TECNOLOGÍA

FICHA DE REGISTRO DE TESIS/TRABAJO DE TITULACIÓN

TEMA Y SUBTEMA:	El sentido de pertenencia a las bandas criminales y su relación con el Ideal del Yo en adolescentes.		
AUTORAS	Álvarez Venegas, Lizbeth Alejandra Piedra Maldonado, Krusckaya Daniela		
REVISOR/TUTOR	Psic. Cl. Torres Gallardo, Tatiana Aracely, Mgs.		
INSTITUCIÓN:	Universidad Católica de Santiago de Guayaquil		
FACULTAD:	Facultad de Psicología, Comunicación y Educación		
CARRERA:	Psicología Clínica		
TÍTULO OBTENIDO:	Licenciado en Psicología Clínica		
FECHA DE PUBLICACIÓN:	26 de agosto de 2026	No. DE PÁGINAS:	111
ÁREAS TEMÁTICAS:	Psicoanálisis, método clínico, Psicología Clínica		
PALABRAS CLAVES/ KEYWORDS:	Sentido De Pertenencia; Ideal Del Yo; Adolescencia; Bandas Criminales; Psicoanálisis, Identificación.		
RESUMEN/ABSTRACT (150-250 palabras): Esta investigación tuvo como objetivo analizar el sentido de pertenencia a las bandas criminales y la relación de estas con el Ideal del Yo en los adolescentes mediante la perspectiva psicoanalítica. La investigación se desarrolló con un enfoque cualitativo y un alcance descriptivo-exploratorio y orientación interpretativa. Además, se utilizó la revisión bibliográfica y el análisis del contenido de la película <i>Ciudad de Dios</i> (2002). El presente estudio abordó el sentido de pertenencia en adolescentes tomando en cuenta varios conceptos como la conceptualización, estructura y organización de las bandas criminales, la función del líder, el sentimiento de pertenencia y la función de los grupos durante esta etapa. Asimismo, se analizó la constitución del Ideal del Yo y los procesos de identificación que se pueden establecer con figuras representadas como significativas durante esta etapa. El análisis permitió comprender que la pertenencia a una banda criminal no se reduce solo a la participación en actividades delictivas, sino que puede constituirse como un espacio de reconocimiento, protección, vínculos y de posicionamiento subjetivo. De igual forma, se identificó que la figura del líder puede adquirir una función organizadora dentro del grupo a su vez de convertirse en un referente susceptible a ser idealizado por los adolescentes. En este sentido, el líder puede articular el sentido de pertenencia con el Ideal del Yo al representar atributos y posiciones que los integrantes de la banda buscan alcanzar mediante procesos de identificación.			
ADJUNTO PDF:	SI ☒	NO ☐	
CONTACTO CON AUTORAS:	Teléfonos: +593-99-484-3349 +593-97-876-7370	E-mails: lizbeth012.sm@gmail.com kruspiedra@gmail.com	
CONTACTO CON LA INSTITUCIÓN (COORDINADOR DEL PROCESO UTE)::	Nombre: Psic. Cl. Marcia Ivette, Colmont Martinez, Mgs. Teléfono: + 593-99 943-2417 ext. 1413 - 1419 E-mail: marcia.colmont@cu.ucsg.edu.ec		
SECCIÓN PARA USO DE BIBLIOTECA			
Nº. DE REGISTRO (en base a datos):			
Nº. DE CLASIFICACIÓN:			
DIRECCIÓN URL (tesis en la web):			